

LA COMEDIA DEL YO

Páginas autobiográficas

Enrique González Rojo Arthur

2017

“Todo hombre abriga deseos que no quisiera comunicar a los demás ni aun siquiera confesarse a sí mismo”.

Sigmund Freud

UNO

AUTORRETRATO

Ahí está el poeta, sentado frente a su escritorio. La lámpara finge ser el primero y más entusiasta de sus lectores. Él sacude la pluma y derrama una gota de tinta. Se queda viéndola sin pestañear. Y poco a poco, en el interior de ella, después de nubes y nubes disipadas por la atención inquisitiva, se mira a sí mismo frente a su escritorio con una lámpara que finge ser el primero y más entusiasta de sus lectores...El poeta se dispone a dar término a su poema y dar inicio al otro escrito. Ya se halla merodeando, en actitud seductora, los litorales del punto final. Se encuentra en el último canto, la estrofa agonizante, la palabra con estertor de letras, imaginando la forma en que debe bajar el telón o meditando en cómo pastorear a sus últimas respiraciones. Se ve, en la gota de tinta, caminando

apresuradamente hacia el silencio, bosquejando la coda final de sus aullidos. Pero no deja el laúd. Cambia de tema. Hace aletear en los aires un acorde. Ensarta notas en el pentagrama. Canta. Escribe

...

¿Cuándo escribí esto? No puedo recordarlo. Hoy, a los 77 años de edad, me pregunto: ¿cuándo comencé a redactar estas memorias? ¡Qué extraño que no las haya fechado! ¿A qué se debe este descuido? Quizás lo descubra (o descubramos) si me adentro (o adentramos) en estas páginas inéditas. Si lo hacemos, curioso lector, estas páginas tendrán dos lectores: tú y el que esto escribe.

Mis requerimientos físicos, mi idiosincrasia, me han conducido a sentirme, a clasificarme, a hablar de mí mismo con los otros o con mi propia persona como un ente sensorial. Los sentidos no sólo son la vía para comunicarme con mi entorno (las puertas, ventanas o rendijas corporales) sino también lo que me separa del mundo, lo que me encierra en mi intimidad, en los cuatro muros de mi fuero interno, en mis odios, mis indiferencias y mis amores. Cada sentido exige permanentemente que sean satisfechas sus demandas, sus inquietudes, sus sueños. Y no ceso de ir de un lado a otro, demencialmente, tratando de responder al quíntuple balar, o aullar, de mis sentidos.

El oído ha jugado en mi vida, y sigue jugándolo, un papel esencial. No sólo tengo, a partir de él, cierta pericia para esculpir versos musicales y frases armoniosas, cuando verdaderamente me lo propongo; sino que le debo mi flirteo primero, mi amor después y mi pasión finalmente por la música. A mi abuelo le agradaba, a no dudarlo, un buen concierto u, ocasionalmente, una brillante función de ópera. No pocas veces lo sorprendí en el sillón rojo de la biblioteca silbando melodías de Rossini, Donizetti, Meyerbeer y, desde luego, Verdi. Mi padre fue más allá: a diferencia de su padre, él amaba no de modo superficial sino entrañablemente la música. De ahí que Torres Bodet, en su autobiografía *Tiempo de arena*, diga que González Rojo –mi padre- gustaba tararear el Sexteto de Lucia (tratando de reproducir cada una de las seis voces que intervienen en este famoso y espléndido concertante) y otras muchas arias, dúos, cuartetos. Tengo la impresión, sin embargo, de que superé la afición de mi abuelo y el amor de mi padre por la música, porque, cargándola hasta los tuétanos, es necesidad imperiosa, refugio y sufrimiento, alegría e incertidumbre, acopio de fuerzas y el espacio-tiempo en que suelo hacerme las preguntas primordiales de la existencia.

Mi descubrimiento de la música se la debo a un puñado de discos de 78 revoluciones (propiedad de mi abuelo, de mi padre o de mi tío Héctor) que descubrí, como quien halla un tesoro, en la calle de Mayorazgo 715 (colonia del Valle), a la que fui a vivir recién fallecido mi padre (en 1939). Se la debo también a Graciela, la madre de mis hijos. Nuestro largo noviazgo fue en efecto el cálido, entusiasta y perseverante conservatorio que me educó el oído. No sólo aprendí a su lado a degustar los platillos ligeros (danzas, caprichos, valeses), sino también los más ambiciosos y condimentados (misas, oratorios, sinfonías). Recuerdo que para nosotros la semana santa era una época de celebración y de goce, pero no por razones religiosas sino musicales. Era la temporada en que se difundía por radio la Pasión según San Mateo o la Misa en si menor de Bach, El Mesías de Händel, La Misa en re menor de Beethoven o los Requiem de Mozart, Berlioz, Brahms o Fauré, en una palabra, una época en que disfrutábamos durante horas y horas de ese banquete de sonoridades.

Desde muy joven caí en cuenta de la vinculación estrecha que existe entre la memoria y el goce estético de la música. *Alicia dice machaconamente que ella descubrió tal vínculo. Yo le digo que no, que a mí se me ocurrió pensar en ello antes que ella. La verdad es que se trata de un hecho registrado, desde tiempos*

inmemoriales, por tanta gente. Estoy convencido de que para gustar de verdad de una obra musical, para asimilar su “mensaje” sonoro, hay que sabérsela de memoria. Sabérsela de memoria significa que, al descubrir un determinado pasaje instrumental o vocal, se conoce lo que va a venir a continuación; se recuerda, por así decirlo, el desarrollo futuro de la pieza; se disfruta al ir reencontrando lo preestablecido en el recuerdo. Sabérsela de memoria significa también tener presente el pasaje o los pasajes melódicos o rítmicos que preceden al que se está escuchando. Parafraseando la divisa platónica de que “saber es recordar”, me gustaría señalar que, para mí, si hablamos del goce de la música, “gozar es recordar”. La música es tiempo. Tiempo de dioses, pero tiempo. Esta es la razón por la cual nuestra manera de aprehenderla, de interiorizarla y de ser uno con ella es hacerlo en y por el tiempo. En el presente musical sé el futuro de su desarrollo y retengo los “episodios” sonoros de donde viene. Constriño las tres dimensiones de la temporalidad. Y me hallo en disposición de gozar estéticamente la fluidez del discurso sonoro. De ahí mi costumbre de escuchar muchas, pero muchas veces la misma obra. Bach, Mozart, Beethoven, Wagner, Brahms y tantos otros me han acompañado durante todas las vicisitudes y etapas de mi vida consciente. Mucho les debo por llenar mis tímpanos de luz y hacer crecer en mi espíritu la flora y la fauna del milagro artístico.

Pero también soy un hombre asomado permanentemente a sus ojos como un niño a la ventana. Verdad es que mi gusto por las artes plásticas no iguala al que mantengo por la música y la poesía; pero una buena pintura, una bella composición escultórica o una espléndida muestra de arquitectura, del mismo modo que cualquiera de esos fenómenos magnificentes e inefables que encarna o hace estallar la naturaleza, saben conmoverme, recordarme la insignificancia de nuestro hormiguero humano, impresionar hasta la última fibra de mi cuerpo y dejarme temblando de emoción. A veces gusto de quedarme a solas con mis ojos. Prescindir de mis otros sentidos. Darme verdaderos atracones de miradas. Soy un lector incansable. Mis pupilas están manchadas más por la tinta de la letra impresa que por el festival de colores que vuelan por el cielo o que permanentemente gusta de conjugar el mar. Mi vista se ha ido debilitando con los años. Mi ojo izquierdo padece presbicia y mi derecho de miopía. Soy contradictorio hasta en esto. Pero mis lentes¹ han venido, pacientes y misericordiosos, en mi ayuda. He sido siempre un ratón de biblioteca. Puedo

¹ Con un cristal empañado en ver lejanamente lo que no puede contemplar sino en su entorno inmediato, y con otro esforzado en disipar la niebla que rodea a lo que, aunque pueda tutearse con los puntos cardinales, vive circundado por la oscuridad.

imaginar que al interior de los ojos poseo dos polillas capaces de devorar las letras y palabras, las oraciones y los párrafos de alguna de mis adicciones literarias. “Enrique es una licuadora de libros”, le dijo a mi abuelo, en alguna ocasión, un amigo de familia. Y así era. Soy un lector infatigable de todo tipo de libros: literatura, filosofía, economía, ciencias sociales, historia, psicoanálisis. En el momento en que escribo estas líneas soy amante además no sólo de la lectura sino de la relectura. A diferencia de la primera, que nos abre un mundo desconocido donde el valor supremo es la sorpresa, la relectura nos hace retornar a paisajes, anécdotas y estados de ánimo ya vividos. Pero en este viaje no deja de existir el asombro, porque, respecto a lo leído en un remoto pasado, no sólo opera el recuerdo sino también el olvido. Releer es, por así decirlo, releernos. Recordarnos en el momento de la primera lectura, preguntarnos por qué no supimos olvidar algo que tal vez hoy nos parece que no valía la pena, y por qué no pudimos recordar lo que quizás, de acuerdo con nuestro actual punto de vista, era más digno de retenerse en la memoria. Releer es, pues, además de ubicarnos en la posibilidad de reevaluar nuestros viejos gustos y pasiones, un juicio existencial sobre nosotros mismos. La relectura es una forma fácil, amena y productiva de hacer, si no nuestra autobiografía, sí de echar una mirada rápida e inquisitiva

a lo que fuimos y a las reacciones que producía en nosotros la creación literaria.

...

No me cabe la menor duda de que la soledad es el estado constitutivo y originario del hombre. El alumbramiento no es otra cosa, a mi entender, que el acto por medio del cual se nos arroja al mundo del oxígeno, los pañales y la soledad. No tengo el menor empacho en proponer esta ecuación: cuerpo=soledad. La soledad es la conciencia de nuestros límites. Pero una conciencia dolorosa porque el ser entes con fronteras, orillas, volumen no significa autonomía, autocomplacencia, libertad metafísica, sino necesidad –nunca satisfecha- del otro, de la compañía, del alter ego. La soledad demandante –demandante de alteridad- es no sólo una vivencia psíquica, una tremenda ocupación del espíritu, sino un requerimiento físico. La soledad tiene que ver con el tacto. El tacto que no es tocado o que no toca acaba por convertirse –confesémoslo o no- en uno de los infernales círculos de la soledad demandante.

En este extraño comienzo de mis Memorias (escritas, me parece, allá por los setentas del siglo pasado) llama la atención

de que en vez de arrancar con los hechos consabidos: nací en tal fecha y en tal lugar, mis padres fueron.., empiezo por una descripción de mí mismo a través del “quíntuple balar de mis sentidos”. ¿Me concebía entonces como un ente centrado en la sensualidad?

No sólo soy un ser que tiene necesidad de oír, en la profunda dimensión del escuchar, y de ver, en la radical orientación del contemplar, sino un hombre sensorial, un hombre para quien el tacto, y todas las posibilidades espejeantes que puede desarrollar frente a otro tacto, es la puerta por la que de manera incesante, obsesiva, dolorosa y placentera busco, o alucino, abandonar las pieles de mi nombre personal. Este tercer Enrique que soy, no podría vivir sin escuchar los cuartetos de Haydn o hincar el diente en un poema de Quevedo, Mallarmé o Neruda. Pero tampoco podría hacerlo sin paladear a una mujer, buscar la secreta combinación de sus entrañas y acariciarla, excitarla y “poseerla”, para sentirme acariciado, excitado y “poseído”. El tacto tiene, para mí, una suerte de situación intermedia entre la relación sexual y la ternura: aparece como “poco carnal”, expresión de cariño y simpatía espirituales, frente a la relación física, hormonal, de los cuerpos en el lecho; pero se muestra como demasiado somático, materialista, existencial frente a la vida del espíritu, sus exigencias y manifestaciones. Cuando, en

medio de un intercambio de ideas, interviene el tacto, terrenaliza las disquisiciones y apunta a las necesidades corporales. Cuando, por lo contrario, en medio de una posible relación sexual, gana terreno la caricia –el tocar lo que nos toca-, espiritualiza los apasionamientos y se orienta a la confraternización anímica.

No recuerdo nada de las etapas más infantiles de mi libido. Soy consciente en buena medida, en cambio, de la fase genital de mi erotismo. Mi tacto abrió los ojos muy temprano. Y el Enrique de siete u ocho años no dejaba de reírse, allá en su fuero interno o, diré mejor, allá en su fuego interno, de la impresión de ingenuidad que sembraba en redor suyo. Esta discordancia entre lo que pensaba y sentía y las ideas que los mayores se formaban sobre mí, como es frecuente que suceda entre los hijos pequeños y los padres, asumía una cierta forma de perversidad. Era yo una especie de pequeño monstruo que se atrevía a dirigir miradas sexuales a diestra y siniestra veladas por el parpadeo de la inocencia. La posibilidad de ver y tocar la piel femenina me parecían un equivalente de felicidad paradisíaca. Algo que me atraía y obsesionaba un poco antes de dormirme o un poco después de despertarme. Cuando en un viejo soneto escribo:

“Todos mis pensamientos, desde ahora,

tienen piel de mujer” ...

Aludo a la impresión inquietante que, desde que era púber, la epidermis femenina provocaba en mi materia gris. En varias ocasiones he hablado de mis primeras inquietudes sexuales. Nada he dicho, no obstante, de mi primera relación física. No sé qué diosas del pudor o del buen gusto me han hecho ocultar, en general, mi primera incursión en las delicias del acto amoroso. Aún más. Debo confesar que he dado, en diversas circunstancias, cuatro o cinco versiones distintas –a cuál más increíbles y sofisticadas- de mi primera relación erótica. La verdad es más simple, más vulgar, menos interesante. En estas páginas no quiero, sin embargo, silenciarla. Mi virginidad se esfumó por obra y gracia de una prostituta a quien le pareció probablemente la cosa más gozosa y pintoresca del mundo iniciar a un mozalbete de quince años en los “secretos de la vida”. Una vez terminada la primera experiencia al respecto, el tercer Enrique se sintió extremadamente bien. Recuerdo con toda precisión mis vivencias durante el acto: “se siente -me decía- lo que siempre me imaginé o supe que se sentía, pero mejor y más plenamente”. Traduciendo a lenguaje filosófico platónico la sensación que tuve en ese instante, me pareció sentir que el placer de sumergirme en el cuerpo femenino, y arrancar de ahí el primer orgasmo pleno de mi vida –mi orgasmo niño-, revivían en mi mente, por la vía dialéctica de la anamnesis, algún acto sexual tenido en el mullido tálamo de un espacio tiempo desconocido.

Me sentí entonces tan agradecido con aquella prostituta de buenas piernas, caderas firmes, senos orgullosos y rostro un sí es no es ajado (o en vísperas de asumir las típicas facciones de la tez de quien ha estado durante lustros “en el oficio”) que, sin poderme contener, le tomé la mano y se la llené de besos. Al salir del cuarto lóbrego y sucio del hotel de mala muerte donde había dejado de ser niño, varios amigos –que acudieron, como yo, a rendir sus primeros tributos a la diosa Afrodita- me solicitaron que les narrara mi experiencia. Conté todo, sin omitir los besos en la mano de la prostituta. Mis compañeros de andanzas se burlaron entonces de mí. “¿Le besaste la mano? – me decían. Estás jodido. Se le besa la mano a la mamá, la novia o la esposa, pero no a una puta”. Fui, durante varios días, juguete de burlas, escarnios y cuchufletas de la pandilla de adolescentes erotizados. No obstante, seguí sintiéndome agradecido de la mujer que, a cambio de un exiguo puñado de pesos, me ayudó a pasar el Rubicón del atrevimiento, con amabilidad y dulzura, hasta dejarme en el mundo de la sensualidad en ristre y el tacto en permanente brama.

Poco después me puse de novio con Graciela. Cuando pienso en el decurso de mi vida amorosa, desde mi noviazgo hasta la actualidad -en que tengo sesenta años- no deja de sorprenderme

(como ocurre al parecer con todos los que, después de vivir muchos años, vuelven los ojos al camino recorrido) los cambios profundos que en mis ideas, sentimientos y actitudes sobre las relaciones amorosas he tenido a lo largo del tiempo. Pondré dos ejemplos de la actitud inocente, prejuiciada, convencional que revelan las concepciones que (sobre las relaciones afectivo-sexuales) arrastraba un joven apenas salido de la adolescencia. Graciela y yo fuimos novios durante muchos años. Y en esa etapa, en que fortalecimos nuestra amistad, intercambiamos gustos y puntos de vista, acoplamos sensibilidades y maneras de ser, nunca trascendimos el nivel de los besos ingenuos y las caricias, siempre conscientes del momento en que resultaba necesario meter freno y echar reversa. Lo extraño del caso es que ambos nos sentíamos “liberales” y sin prejuicios. Y yo hasta rebelde y en un descuido nihilista. La razón de nuestra actitud se debía, a no dudarlo, al tipo de educación que se nos había impartido en nuestros hogares.

Mi familia en general, y mi abuelo en particular, eran abiertos, anti-convencionales, libre-pensadores. No recuerdo que González Martínez me haya dicho nunca, a la manera de otros jefes de familia, algo como: “durante el noviazgo la pareja se debe abstener de tener relaciones sexuales” o “la mujer debe ir virgen al matrimonio” o, finalmente, “únicamente después de

firmar el acta matrimonial son permisibles las relaciones físicas”. Nunca escuché de sus labios “orientaciones morales” de tal naturaleza. Pero algo existía en la educación familiar, en la atmósfera que me había rodeado durante toda la adolescencia, que me impidió proponerle a mi novia que cambiáramos la índole de nuestra relación o que intentase empujarla por ese derrotero. Nunca fue para mí un problema que durante los seis años en que fuimos novios, Graciela y yo no hayamos pasado de ciertos límites y convenciones. Para mí, por lo visto, resultaba natural –es decir no cuestionable- suponer que el noviazgo era una institución consagrada a que la pareja se conociese (como dicen las abuelitas), mientras que el matrimonio le da luz verde a la cama para exigir sus secretos. He aquí, entonces, un primer ejemplo de cuáles eran las ideas y sentimientos, el comportamiento y las inquietudes que –sobre lo afectivo-sexual- me caracterizaban en aquellos años.

Otro ejemplo. Después de haber contraído nupcias, y hallándose Graciela embarazada de nuestro primer hijo, conocí en la casa de mi primer profesor de piano (Xavier Meza Nieto) a una estudiante de canto. Desde el momento en que fuimos presentados, caí en cuenta de que mi persona no le resultaba indiferente. Miradas, insinuaciones, aproximaciones físicas sospechosas me revelaron sin lugar a dudas sus requiebros. Me

hice el desentendido. Y no es que me resultara desagradable, ya que, aunque no se podía negar que su cuerpo había sido ganado por cierta robustez, tenía todos los atractivos femeninos puestos en su lugar. Ella no se arredró ante mi conducta, mi fingida indiferencia, mi comportamiento “serio, responsable”. La recuerdo con nitidez ensayando y ensayando, como contralto que era, la espléndida aria *Mon coeur s’ouvre a ta voix* de Sansón y Dalila de Saint-Saëns. No pocas veces trataba de acompañarla al piano, y ella, que lucía una bella voz, gustaba mucho de esas veladas. En cierta ocasión, en que la criticara porque a mi entender su emisión vocal no era correcta y por consiguiente su afinación en cierto pasaje dejaba que desear, se defendió como gato patas arriba y me dijo: “tócame aquí, en el tórax para que sientas la vibración de una voz correctamente impostada”. Llevé la mano a la altura aproximadamente de la boca del estómago. Y ella me murmuró, con un dejo de excitación en sus palabras: “un poco más arriba”. Seguí su consejo –más bien orden- y puse mi mano entre Dimas y Gestas, las “dos cumbres enhiestas” que avanzaban y retrocedían de acuerdo con los avatares de la respiración. Ella fue entonces toda audacia, tomó con su mano la mía, la llevó hacia uno de sus encumbrados secretos y me sugirió: “ponla aquí”. Al llegar a este momento nos habíamos olvidado del piano, del aria, de la gran ópera francesa y mi mano permaneció, pudiéramos decir que

como hipnotizada, en tal sitio algunos instantes eternos. De pronto recapacité en lo que estaba sucediendo, corrí como alma que lleva el diablo a reubicarme en mi papel de hombre serio, recién casado, formal y tras un comentario semejante a: “sí, tu forma de entonar estas notas es justa”, me senté nuevamente al piano como si no hubiera ocurrido nada. Nuestra contralto no desistió, a pesar de la reacción que tuve en aquella tarde, en sus nada veladas intenciones eróticas. A los pocos días tomamos un autobús. Nos sentamos en dos asientos conjuntos. Ella reclinó su cabeza en mi hombro y me hizo –no recuerdo con qué palabras– proposiciones franca y abiertamente “deshonestas”. Sin dejar de ser amable y delicado, me negué rotundamente a ello. Hablé de la fidelidad, de la monogamia, de los “principios éticos” que deben animar a quienes se han casado. Le sugerí que se buscara un hombre soltero. Que no fuera a dar “un mal paso” con un individuo que, como yo, se hallara comprometido, etcétera. Hablé, en verdad, con el mismo lenguaje y la misma actitud con que lo hubiera hecho uno de esos moralistas, generalmente religiosos, que andan por el mundo, olorosos a incienso, señalándoles a las ovejas del rebaño donde se halla el bien y dónde se halla el mal...

...

En alguna ocasión oí hablar de una división de los sentidos humanos que, sin ser correcta del todo, no deja de tener su gránulo de verdad. Los sentidos pueden ser divididos, de acuerdo con dicha clasificación, en sentidos espirituales y sentidos materiales. Los primeros –ojo y oído- son órganos sensoriales necesarios para la realización de las funciones eidéticas, volitivas y sentimentales. Los segundos –olfato y gusto- son sentidos de empleo obligatorio para que tengan lugar actividades más terrenales y somáticas. Es cierto que los sentidos espirituales pueden ser el vehículo de comportamiento e impresiones corporales (ver u oír algo erótico puede excitarnos) y que los sentidos materiales pueden ser el medio de acceso de actividades y sensaciones intelectivas o artísticas (el olfato y el gusto nos pueden producir poderosos efectos anímicos y espirituales); pero, a pesar de esto, la diferenciación propuesta es, en cierto aspecto, válida y digna de recordarse. El tacto ocupa un lugar intermedio porque es muy espiritual frente al olfato y el gusto y muy material delante del ojo y el oído. Uno de mis poemarios, que ostenta el título de El quíntuple balar de mis sentidos, alude a la diversa manera en que los cinco sentidos nos vinculan sensiblemente con nuestro entorno. Cada signo tiene su peculiaridad y signo, sus delirios y necesidades. En alguna parte he hablado, por eso, no ya de “el quíntuple balar de mis sentidos” (que es un endecasílabo de mi abuelo), sino de “el

quíntuple aullar de mis sentidos”. Cada sentido, en efecto, lanza en ocasiones, gemidos diferentes, alaridos inconfundibles, aullidos a la luna.

Los sentidos espirituales han jugado un papel central en mi vida. Y también el tacto. Cuando éramos jóvenes, Eduardo Lizalde y yo concebimos la idea de atraer el tacto al redil de los sentidos espirituales. Si hay manifestaciones artísticas para el ojo y el oído, decíamos, ¿por qué no crear expresamente otras para el tacto? Armados de la consideración que implicaba la respuesta en positivo al anterior interrogante, nos dimos, pues, a la tarea de ennoblecer y espiritualizar el sentido del tacto. Producto de estas inquietudes fue el **artecutismo**, estrambótica denominación que dimos a nuestra pasión renovadora. El artecutismo, o el arte para el tacto (o el cutis), aludía al conjunto de “producciones estéticas”, creadas inicialmente por Eduardo y por mí, que requerían, como vía de acceso sensorial a los sujetos receptivos, no los ojos (como en la literatura o en las artes visuales) ni el oído (como en la música) sino el tacto. Para llevar a cabo nuestra ocurrencia, nos hicimos de varias tablas de cedro rojo, dibujamos, con nuestros lápices y reglas, ductos y canales que recorrían de diferente modo los rectángulos de madera. Con los instrumentos apropiados, escarbamos a lo largo de esos caminos (que tenían aproximadamente el grosor de la yema de

un dedo) de modo tal que, de la misma manera en que una sinfonía clásica se divide en cuatro movimientos, y cada movimiento en diversos “sucesos temáticos”, cada franja sometida a nuestro trabajo terminaba por presentar varios tramos, y cada tramo diferentes “vicisitudes táctiles”. Un tramo, por ejemplo, era liso y resbaloso (porque habíamos derretido un poco de cera en su trayecto), pero además, y de pronto, estaba lleno de estrías perpendiculares al canal. El tramo siguiente, hecho sobre la base de un trazo ondulante, terminaba con un pasaje punteado y misterioso. El tercer tramo, especie de interludio, presentaba una serie de rayos paralelos al ducto que crecían y decrecían como si fuese la respiración de la monotonía. El cuarto tramo, o finale, estaba formado de pequeños montículos seguido de planicies dudosas y descensos vertiginosos que iban a dar en la coda final formada de surcos y puntos con una consistencia que se acercaba a las espinas. El protagonista de este recorrido debía ser, como se comprende, la yema del dedo. En especial del dedo pulgar. Eduardo y yo recomendábamos a quien deseara ser testigo de un goce estético inusitado, de carácter táctil, varias cosas:

1. Cada tramo debe ser recorrido con una medida de tiempo especial. El primer tramo, por ejemplo, debe ser allegro, lento, allegro.

2. Cada obra artecutista debe ser “tocada” no sólo una vez, sino varias. O, dicho de otro modo, debe ser recorrida hasta sabérsela uno de memoria. Por ejemplo, si la yema va en un montículo angustioso del tercer tramo debe prever que a continuación viene una especie de camino de terciopelo que nos reconcilia con el universo mundo.

3. De preferencia, deben cerrarse los ojos y ponerse cera en los oídos para dejar al tacto hablar con plena libertad.

Los sentidos estrictamente materiales –el olfato y el gusto- no han jugado en mi vida, que recuerde, ningún papel decisivo. No soy un individuo que dependa de su nariz ni que viva bajo la dictadura de su paladar. Un buen olor me place, alborozca las papilas del gusto o excita los motores de la imaginación. Y si, de manera reiterada, se da asociado a un hecho significativo o a una vivencia memorable, es seguro que se convierta con el tiempo en la condición placentera que produce la reminiscencia de lo ido. Pero esta capacidad mnémica del olfato ha jugado en mi vida, en verdad, un rol tan secundario que no vale la pena detenerse en ello. Mi prosema “Los juegos de la atmósfera” –del V Canto de Para deletrear el infinito (1972)- dice en su inicio: **“Hay quien lleva a pasear al jardín, más que a sus ojos u oídos, a su olfato”**. Y añade que también hay quien **“sale en persecución de las**

flores erizadas de perfume y desdeña las que se encuentran calvas de aroma, aunque, en su refulgencia, hayan dejado anémicas ignoro qué paletas de pintor". Yo no soy, a decir verdad, una de esas personas. El olfato juega en mi vida un papel irrelevante. O casi. Mis amores no son, como proclama el texto mencionado, *"aspirar los eucaliptos que se adueñan del ambiente hasta dejar sin claros de fragancia el bosque; retener en el tórax un instante la selva en su conjunto o advertir sobre el ocote, aunque se halle apagado, una perfumareda que se yergue*". Y aunque, como es lógico, me desagrada en extremo el mal olor, no podría aceptar que son mis enemigos mortales *"el amoníaco y su aroma estridente, las probetas que ensayan inéditos olores o las flores que se marchitan con todo y olor*". No soy tampoco un buen bebedor y un buen gourmet. Y aunque sé, como dice mi poema en prosa "Catador de alegrías" (del mismo libro) que *"hay quien hace su religión bajo la cúpula del paladar"*, mi idiosincrasia no me empuja por ese lado. No puedo, así, atribuirme, si soy sincero, una frase –como la que cito a continuación- en la que se habla de un individuo que: *"Si gusta del merengue, de los trozos de espuma que el mar hace de azúcar, si de la gelatina, que tiembla incertidumbres de estatua sin reposo, si gusta de la nata, remanso de lo líquido, y del infierno celestial del chile. Si ama estrenar el día con un café con leche, mestizo, entre los labios...o el sabor agridulce, de*

naranja, que tienen los primeros momentos matutinos, nada le gusta más que apurar el alcohol y sentir en el cráneo que todos los deseos rompen filas”.

Ojos y oídos, sí. Tacto, sin duda. Pero los sentidos materiales, salvo alguna que otra situación excepcional, definitivamente no.

Este es el autorretrato que, a sus sesenta años, puede hacer el tercer Enrique tomando como guía el quíntuple balar, o aullar, de sus sentidos.

Las anteriores palabras fueron escritas por mí –que hoy me acerco a paso acelerado al inicio de la octava década de mi vida- cuando me hallaba, como se dice ahí, en los sesentas. La descripción del Enrique sensorial está hecha, lo habrán advertido, en primera persona. Las páginas que vienen a continuación, y que entran –respecto a mi autobiografía- propiamente en materia, emplean en cambio la tercera persona. ¿A qué se debe esto? La verdad no lo sé. No recuerdo qué me hizo transitar de una manera a la otra. Tengo, no obstante, mis sospechas. Tal vez tomé en consideración el hecho de que mientras la mayor parte de las grandes novelas –

desde el Quijote en adelante- se hallan desarrolladas en tercera persona, las grandes autobiografías utilizan la primera. Creo que respeté esta última forma en el arranque de mis memorias, porque ahí la intimidad es poca y ello impide caer en un egocentrismo exacerbado. Pero, a partir de aquí, resulta plausible pensar que me resisto al método que se emplea generalmente en el relato de la propia vida, y opto a veces por la tercera persona no sólo para guardar distancia, sino para vivir, situado en el mismo lugar de mis lectores, la objetivación de mí mismo.

ALBORADA

Enrique González Rojo Arthur nació en la ciudad de México el 5 de octubre de 1928. Sus padres fueron Enrique González Rojo y María Luisa Rice. Se podría decir, y la expresión no carece de exactitud, que, al nacer, más que ver la luz, vio una biblioteca. Puede asentarse que ha vivido siempre más en bibliotecas acompañadas de casa que en casas que disponen de biblioteca. Los libros han sido siempre su pasión, su debilidad, su vida, y también, en cierto momento, su amenaza de muerte. Recién nacido, en efecto, su madre colocó su cuna debajo de unos

anaqueles que sostenían la Enciclopedia Británica. Por suerte lo tomó en brazos, lo llevó a otra pieza y le empezó a dar del pecho. Digo por suerte, ya que en ese preciso momento, tuvo lugar en la ciudad de México uno de esos temblores, tan habituales en esta parte del mundo, que derrumban casas, abren cuarteaduras en las calles, amedrentan a las personas más ecuanímes y valientes e incitan a volar a los ángeles... El temblor de marras se ensañó con los libreros de su casa e hizo que dos o tres ejemplares de la Enciclopedia Británica dieran con todo su peso o sus humanidades en el mullido hueco, apoltronado y dulce, de su cama. Su padre y otras personas, que lo suponían acostado, corrieron asustados hacia la cuna, pero, al hallarla vacía, tornaron a respirar tranquilamente. No se puede negar, por tanto, que Enrique estuvo a punto de ser víctima –lo cual no deja de ser simbólico- de un enciclopedazo.

Nació en la calle de Guadalquivir 100, departamento 5. A quienes le preguntan por la dirección de la casa en que vino al mundo, suele responder que nació en un cine. ¿En un cine? En efecto, el cine Electra –nombre que alude no a la mitología sino a la electricidad, ya que se encuentra en la sede del Sindicato Mexicano de Electricistas- ocupa el sitio donde antes residía el edificio de departamentos en el que, por obra y gracia de una

comadrona –porque el partero no llegó a tiempo- nuestro poeta y filósofo vino, y no sin dificultades, a exigir su cuota de oxígeno en el universo mundo. Por eso, en un poema habla de la edad en que:

***“Tomaba los soldados, las batallas,
el trompo y su mareada cantinela,
los coches de latón, las travesuras.
Mas debo confesar que las sacaba
con temor, porque nunca olvidaré
que al nacer asfixiado, la primera
de todas mis maldades,
me dio la comadrona
mi cuota de nalgadas correctivas”.***

La memoria que guarda –ahora a sus sesenta- de sus primeros diez años es en general nebulosa e incierta: impenetrable y oscura en los cuatro iniciales (con salvedad de alguna circunstancia o suceso salvado quién sabe por qué del olvido) y con algunos raigones de claridad en medio de la bruma en los

seis posteriores. No recuerda nada, como es normal, de sus primeros pasos y de sus primeros gritos. Al parecer, caminó pronto, pero habló tarde. Dejó de andar a gatas con relativa prontitud, para erguirse, pisar tierra, echar dos o tres miradas a su entorno y prepararse, con alguna dificultad, a soltar su primera palabra, ensalivada y tímida. Por eso ha dicho:

***“Recibiendo regalos de estatura
cada vez que un cumpleaños celebraba,
estuve mucho tiempo
sin aprender a hablar, hasta que un día
pude al fin colocar los explosivos
de mi primer vocablo en el recinto
de todo mi silencio y desde entonces
hablo hasta por los codos de mi pluma”.***

24 DE DICIEMBRE

En la pugna, a veces enconada, entre los partidarios de Santa Claus y los amigos de los Santos Reyes, entre el cosmopolitismo del viejo gordo y jovial y la tradición mexicana del nacimiento, su familia, de típica clase media, le confería más importancia al veinticuatro de diciembre que al seis de enero. Para él resultaba un verdadero acontecimiento acompañar a sus padres en la compra del árbol de navidad, el musgo, la escarcha, las esferas y los focos, las confituras y la colación. La ubicación del árbol a la mitad de la sala, la ascensión de la estrella a la parte superior del tronco, la distribución ondulante de la escarcha, la colocación de las esferas en la punta de las ramas, la disposición de la instalación eléctrica en los entresijos del ramaje, constituían un regocijante y regocijado rito familiar. ***El niño que era ya no podía advertir aún que tanto la Navidad como el día de Reyes no son única ni siquiera fundamentalmente fiestas del espíritu. Dicen ser eso. Se les presenta como tales. Pero bien vistas las cosas –y hay anteojeras dedicadas a impedir que veamos estas fiestas con claridad- son carnavales de la oferta y la demanda. Son la gloria y el regocijo orgásmico de los comerciantes, el triunfo de los mercaderes del templo sobre el templo, una de las más claras expresiones, con su retahíla de parabienes, villancicos, posadas y turrone, por un lado, y miseria y más miseria por***

otro, del régimen capitalista en que vivimos. Pero lo más emocionante de todo era el momento en que, dejando a sus espaldas el trineo y una estela de cascabeles, aparecía Santa Claus con un saco repleto de misterios y una sonrisa del tamaño de la felicidad. Este Santa Claus –gordo a fuerza de almohadas, con su consabido traje rojo y blanco, con su bonete puntiagudo- no era sino su tía Rosa, hermana de su madre, la cual recogiendo la costumbre de “papá Rice” –quien se había vestido de San Nicolás durante muchas navidades- se enfundaba en su pintoresco traje y a las doce en punto de la noche aparecía llena de regalos, alegría y felicitaciones. En una de esas navidades, al llegar Santa Claus, fueron a despertar a Enrique para que viera y admirara a ese personaje fantasmagórico y dadivoso. El niño se frotó los ojos, lo miró entre temeroso y fascinado. Sintió que alguien lo levantaba en vilo y lo sentaba en las piernas de ese monstruo sagrado repleto de juguetes, sonrisas y frases en un español norteamericanizado. **“¿Cómo te has portado, Enriquito?,** le dijo con una voz que pretendía ser amistosa, grave y pausada. Para entonces, él había perdido ya los últimos restos de serenidad y valentía con los cuales podría haber hecho frente a la escena. Estaba a punto de llorar como si fuera un bebé –él que ya tenía siete años cumplidos- cuando, haciendo un esfuerzo sobrecogedor y extenuante, le respondió: **“Regular, Santa Claus. Deja los regalos y vete”** La hilaridad general acompañó su

respuesta, al comprobar todos su honestidad moral, su zozobra apenas controlada y su inocultable actitud convenenciera.

PRIMERAS INQUIETUDES SEXUALES

Sus primeras inquietudes sexuales las tuvo en un cuarto de juguetes. En su alcoba de Manzanillo 100, no había sitio en que fijar los ojos que no fuera un juguete: un oso de peluche, un aeroplano de metal, un reloj en que las manecillas de un lobo señalaban la hora, un carro de bomberos y un impresionante etcétera de artefactos, figurillas y adminículos que amueblaban a la perfección la más estricta de las fantasías. Pero además...

Su vecina Esther, de quien no recuerda sino las caderas y el olor a vainilla, y esforzándose algo más, la complicidad y los ojos, era su compañera de juegos y aventuras. Jugar es transfigurarse, dejar de ser lo que se es para ser lo que se juega. El juego es poesía encarnada, magia entre los dedos, imaginación tomada por asalto. Jugaban a ser mayores. Y lo eran, sin la menor vacilación, durante horas. Les crecían las piernas y los brazos. Las palabras dejaban de gatear. Los pantalones cortos se desenrollaban rápida y espontáneamente. Las pequeñas ciruelas de Esther se esponjaban hacia la delicia. Los inocentes ojos de esta aprendiz de nínfula inauguraban, en las fronteras entre la timidez y el descaro, sus primeras miradas sensuales y provocadoras. Iban de un juego al otro. Después de ser durante un buen rato cocineros, cowboys o doctores de muñecas, sacaban de dos cajas (rebosantes de soldados de plomo) la

posibilidad de otra guerra mundial. Como quien no quiere la cosa, transitaban de cualquiera de estos juegos al de las caricias, los besos de lengüita en el ombligo, las yemas de los dedos que navegaban a través de las faldas y los paños menores al descubrimiento de nuevos mundos. En estos juegos Enrique tropezó con su cuerpo, con la topografía de sus zonas más sensibles, con la excitación masculina y su bella manera de colmar de luz todos los poros. Descubrió al mismo tiempo el cuerpo femenino. La tersura de la piel de su vecina era una buena razón para olvidarse de las pálidas normas de moral que tal vez se le habrían enseñado o de las nalgadas de rapiña que podrían flotar en el ambiente. Y su mano, como un pequeño Dante precedido por Virgilio, era guiada por la nerviosa mano femenina hacia recónditos paraísos.

Lo anterior ocurrió antes de que muriera su padre y su madre partiera para EE.UU. Enrique tenía siete y ocho años y su entrañable amiga –la desencadenadora del perpetuo hormigueo de su piel- andaba por la misma edad. Después de fallecido su padre, su encuentro con la sensualidad, la excitación y la complicidad femenina fue más notorio y frecuente. Una niña un poco mayor que él, a la que le unía algún parentesco, empezó a burlarse del muchacho porque, según decía, “se hallaba bien dormido” y, creyéndose ya grande, “era un niño de teta”. Él le

replicaba, ofendido, que estaba bien despierto (como lo demostraban sus ojos) y que hacía un mes había cumplido doce años. Ella, canturreando, insistía en que estaba en el quinto sueño, que era un bebito de brazos y que no conocía uno solo de los secretos de la vida. ***Los secretos de la vida.*** Durante varias semanas se quedó sopesando las palabras de la niña, escudriñando su sentido y entreviendo, como a través del ojo de la cerradura, que alguna relación tendrían con las bellaquerías nada culteranas que en un pasado no muy remoto perpetraran él y su vecina detrás de la puerta. En un viaje de paseo que hizo en compañía de varios familiares al hotel El reloj de Tequisquiapan (no muy lejos de la ciudad de México) lleno de jardines, albercas, pájaros, flores y, en una vieja y semi-abandonada cochera, carrozas y carruajes finiseculares, fue entendiendo poco a poco y de modo más o menos preciso, casi al centavo, qué entendía su nueva compañera de atrevimientos por los secretos de la vida. Se trataba -con no mucha originalidad- de jugar al doctor y la paciente. De agenciarse un maletín, unas gafas y un termómetro de verdad o de mentira, mientras ella esperaba, recostada al interior de la carroza, a que el médico llegara a atender su dolor de cabeza, su padecimiento estomacal, su temperatura y su rosario de toses. La parte más importante del facultativo residía, como se comprende, en el lento proceso exploratorio

indispensable para hacer un buen diagnóstico y extender una receta.

VICISITUDES DE LA ADOLESCENCIA

I. A los diez años, o en cercanías de los once, era un muchacho tímido, atolondrado y tartamudo. La psicología –si es que alguno de sus técnicos y portavoces se interesaran en esto- podría decir o diagnosticar tal vez que ello se debía a la muerte de su padre, a la ausencia de su madre o a su confinamiento en un internado (en el Colegio Franco Español) antes de irse a vivir con su abuelo, su tío Héctor y sus primas. Tal vez se deba a ello o a causas más oscuras que no nos es dable atisbar. Su atolondramiento, cortedad y tartamudez –que era defectos advertidos lúcidamente por su conciencia- lo llevaron casi a hacer votos de silencio: a hablar poco, nerviosa y atropelladamente. Se desquitaba, en cambio, haciendo ruido. Oía música a todo volumen. Acompañaba las piezas de jazz o de blues transmitidas por la radio con tambores improvisados (una regla, por ejemplo, martirizando una mesa) o con chiflidos desafinados que podría haber envidiado cualquier automóvil con sirena. Su salvajismo adolescente se manifestaba también en su desdén por los libros, la cultura, la educación. Su raquítrico afán de lectura era satisfecho por las tiras cómicas, de las cuales le interesaban más los dibujos y personajes que las letras. Leer un artículo periodístico le parecía algo tan irrealizable como el ascenso a una

enorme montaña a quien carece del menor impulso alpinista. Vivía preso, pues, del ruido y el aturdimiento.

Un día, sin embargo, descubrió la música, la gran música. En un viejo mueble halló una colección de discos (de 78 revoluciones). Y en un anciano tocadiscos –de esos que se echaban a andar con manivela como pequeños automóviles sonoros- se dedicó a escuchar lo que guardaban en sus circulares entrañas. Dos cuartetos de Mozart, el concierto de violín y el cuarto concierto de piano de Beethoven, el trío de El Archiduque también de Beethoven, la Scheherezada de Rimsky Korsakov y alguna otra pieza, le despertaron el gusto por la música, gusto que lo ha acompañado durante toda su vida y que al parecer sólo desaparecerá el día en que él desaparezca.

La lectura la descubrió poco después. A los once años cayó un día enfermo y su abuelo decidió que guardara cama. Su tío Héctor le regaló entonces unos libros de Salgari y de Julio Verne para que matara el ocio de manera “amena e instructiva”, como dijo. Al principio le costó cierto esfuerzo hincarle el diente a esas novelas; pero al poco tiempo devoró ***Sandokan, Los estranguladores, La mujer del pirata, Los naufragos del Liguria, Un drama en el Océano pacífico, Los hijos del capitán Grant, Veinte mil leguas de viaje submarino, La isla misteriosa, Cinco semanas en globo, Héctor Servadac, etc.,etc.***

Su madre le obsequió, además, el *Tesoro de la juventud*. Y se pasó horas enteras, casi de “sol a sol”, en la lectura de los cuentos, reseñas, biografías y poemas que forman la riqueza inigualable de estos libros. Cuando terminó de leer todos los tomos de la obra, y sintió su carácter de “cosa conocida hasta la saciedad”, tomó la decisión de venderlo. Pero venderlo en función de la fórmula –que después conocería al leer El capital– del intercambio simple de mercancías (o sea M-D-M) ya que se deshizo del Tesoro de la Juventud a cambio de una suma de dinero que le sirvió para adquirir un tocadiscos. Llevó a su término, pues, la acción de vender para comprar. Cambió la lectura por la música, el ojo por el oído, el Tesoro de la juventud por la juventud de su tesoro. Por la juventud de su tesoro quiere decir la infancia o pubertad de su melomanía, ya que el tocadiscos (un pequeño armatoste eléctrico que adaptó a una gran radio) le abrió, pero en serio, el mundo de los “números concordados” como dice, pitagoriando, el gran fray Luis de León.

De los once a los quince (o dieciséis) años lo apasionaban los deportes. En el jardín de Mayorazgo 715 organizaba grandes olimpiadas personales, en las que competía contra sí mismo. Su especialidad fue, durante varios meses, el salto a la garrocha o, mejor dicho, el salto al palo de escoba. El Discóbolo de Mirón era

algo así como un lejano vislumbre de lo que en el futuro realizaría el tercer Enrique con la rueda de un automóvil de juguete desvencijado. Sus empresas gimnásticas comprendían, además, las carreras, la jabalina, los saltos de anchura o la carrera de relevos en que Enrique le pasaba una antorcha a González, González se la extendía a Rojo y Rojo la depositaba en manos del triunfo, mientras Apolo musageta erguía, esplendoroso, la cabeza, tras de rendir a sus pies la hibris del desordenado Dionisos y Píndaro, echando mano de la mejor máquina de escribir del Parnaso, pergeñaba una oda gonzalítica. No le eran extraños el futbol, el badmington, la natación y todos y cada uno de los juegos en los que, como montes de piedad, los chiquillos empeñan su energía. Pero una mañana sintió no sé qué desarreglos, no sé qué palpitaciones y el doctor –al que lo llevó a toda prisa su abuelo- diagnosticó que padecía su pobre corazón una miocarditis aguda y que lo más conveniente era que el Enrique adolescente cesara de hacer ejercicio del todo durante un buen tiempo. Claro que el diagnóstico era falso –como lo demostró un electrocardiograma que se le hizo posteriormente-; pero la inmovilidad forzada, junto con el caminar pero no correr, el asistir a días de campo en los que, para que no se fatigase se le alquilaba un caballo destinado a ahorrarle a sus piernas el esfuerzo, lo arrojaron de plano a la vida intelectual. El mens sana in corpore sano se hizo trizas. Y Enrique quedó reducido a la

dimensión macrocefálica del permanente y hasta exagerado ejercicio intelectual con su corona de espinas, sus huesos orgullos o torpes vanidades y sus secuelas migrañosas.

En todo este proceso dejó de ser el muchacho atolondrado y tartamudo para convertirse en un joven con cierta seguridad en sí mismo, con facilidad de expresión y a un paso, sólo a un paso, de internarse en el mundo de la pedantería. Se sentía como quien ha pasado de la barbarie a la civilización. Esta fue la época en que se convirtió en “una licuadora de libros”, como dijera un amigo afectuoso de su abuelo.

II. Por entonces atravesó una crisis de pensamiento que le hizo abandonar de una vez por todas el catolicismo. ¿Fue en realidad una crisis religiosa? Sus antecesores –el primero y el segundo Enriques- se caracterizaban por su espíritu liberal, su incredulidad en materia religiosa y un aristocratizante y matizado jacobinismo. Esta atmósfera de libre pensamiento fue el parámetro en que tuvo lugar su educación antes y después de la muerte de su padre. Es posible hablar de una cierta crisis religiosa en el Enrique adolescente ya que, ante la indiferencia de sus padres por su educación religiosa, se hicieron cargo de él y sus creencias las sirvientas de la casa. Y todas ellas eran, como se comprende, católicas practicantes y entusiastas misioneras. La

influencia de sus tías Ana María Contreras (“Nani”) y Rosa, ambas de creencias firmes, fue también sin duda un factor importante para entender por qué se sintió de los 10 a los 13 años creyente apasionado y fervoroso católico. Su abuelo relataba, con tono irónico y regocijado, cómo en cierta ocasión su nieto Enrique fue el hazmerreír de todos por su “devoción y misticismo”. “Hace algunos años –contaba- salí con mi familia – hijos, nietos y algunos amigos- de día de campo. Nuestro automóvil llegó a un bonito y pintoresco pueblo que ostentaba, orgulloso, una no menos hermosa y pintoresca iglesia. Nuestra comitiva, animada no por impulsos piadosos sino por el gusto arquitectónico y la curiosidad, penetró respetuosamente en el recinto sagrado y se puso a examinar el altar, los vitrales, las pinturas, la nave, etc. Estábamos en eso cuando de pronto vimos a mi nieto Enrique, que contaba entonces con siete años, a la mitad del templo, arrodillado, con un rayo de luz que caía directamente de la cúpula a su persona, propinándose, a la voz de ‘por mi culpa, por mi culpa’ tamaños golpes de pecho. Estábamos a la vista, sin lugar a dudas, del nacimiento de un pequeño santo”. La verdad es que en aquel momento, nuestro joven poeta se hallaba bajo la influencia de una muchacha que había sido monja y que había colgado los hábitos con la ayuda de no sé qué panadero...

No sólo algunas personas influyeron en sus creencias infantiles, sino también las instituciones docentes en las que sus padres, primero, y su abuelo después –por influencia de su tía María Luisa, hermana menor de mi padre- le hicieron estudiar. Colegios católicos, confesionales, un si es no es oscurantistas (como el Colegio Franco-Español y, sobre todo, la Preparatoria Francés Morelos de hermanos maristas) fueron las escuelas encargadas de sacar de él, como del conjunto de chiquillos bajo su tutela, un convencido y piadoso creyente. No les fue dable, sin embargo, hacer que el Enrique adolescente deviniera buen católico; ni siquiera que continuase siendo católico. ***Mi rechazo a las creencias impuestas, a la fe introyectada en los pequeños antes de que puedan someter a crítica, y aceptar o rechazar, una concepción religiosa, me llevó a escribir un cuento en 1954, publicado en el número 5 de la revista Ideas de México –uno de los primeros que hice- en que, de un modo un tanto ingenuo, identifiqué la creencia en Santa Claus con la creencia en Dios. Ahí digo, en cierta parte: “El veinticuatro de diciembre de uno de esos años felices, cuando Roberto iba a quitarse la media, como todas las navidades, para colgarla en el pino –esperando que San Nicolás la rellenara con una robusta pierna de juguetes y golosinas-, sus hermanas mayores empezaron a murmurar que Santa Claus no existía... El niño se refugió, corriendo, en el regazo de su madre. Ella hizo una seña indignada a las dos***

niñas que, advirtiendo la falta en que habían incurrido, se retiraron”. Más adelante se dice: “...Santa Claus, confabulado con la autoridad de la progenitora, pudo recobrar la existencia; mas, en un resquicio del alma de Roberto, nació la angustia: en el juego de la fe y la incredulidad, temía advertir que el espejismo (que exaltaba la primera) se evaporara al calor del acercamiento”. Como la inquietud creciera, “más tarde, gritó a su hermana y le preguntó si creía en San Nicolás. Ella balbuceó que sí. Él, enojado, le hizo ver que había dicho que no existía. La niña, ante un insistente interrogatorio, acabó confesándole que los padres eran los que traían los juguetes. Roberto pasó la noche sin dormir. San Nicolás nuevamente se desvanecía”. Pero la fe no se deja vencer fácilmente, y entonces el niño “pidió en sueños a Santa Claus que no dejara de existir” y San Nicolás accedió de buen grado. Roberto, desde ese día, y dejando poco a poco la niñez, “se dedicó a reunir una serie de argumentos, silogismos y entimemas de juguete” –utilizando, en efecto, las vías para demostrar la existencia de Dios de Santo Tomás aplicadas a la existencia de Santa Claus- para defender su creencia. Forma un culto. Se rodea de feligreses y partidarios y, como un mártir más, muere “ahorcado un veinticuatro de diciembre, en un árbol de navidad y encomendando su alma a Santa Claus”. Este cuento, francamente naïve, reflejaba no sólo la convicción de que la creencia en San Nicolás es o puede ser

vista como una metáfora de la fe religiosa, sino que expresa asimismo las reticencias que, salvo de muy pequeño, siempre he tenido con las fiestas decembrinas que, en nombre de una santa conmemoración, despliegan de manera grotesca e infamante los intereses profanos del comercio.

Cuando Enrique cursaba el primer año de la preparatoria en el Francés Morelos, su abuelo adquirió varios libros marxistas – incluyendo El capital- él se dio a leer, con entusiasmo creciente, el Manifiesto Comunista y una biografía de Marx. Como resultado de sus voraces lecturas y sus “opiniones políticas” en ciernes, adquirió dos fotografías: una de Marx y otra de Engels. Se hizo de dos “tachuelas” y fijó ambos retratos en la parte interior de la tabla que cubría su pupitre escolar. Como éste se hallaba en primera fila, cuando levantaba tal rectángulo de madera para sacar o introducir un libro, un lápiz, un borrador o la tinta, todo el salón se veía obligado a echar una mirada a las efigies señeras y barbadas de los clásicos del marxismo. El salón de clase presentaba, entonces, una extraña composición: frente a todos, en la pared, colgaba un crucifijo y, con él, la religión y la concepción del mundo del colegio de hermanos maristas. Pero más acá, al nivel de los escolapios, campeaba de vez en cuando, como en un sacrílego parpadeo, los pacíficos rostros de los creadores de la Primera Internacional. La heterodoxia del

reciente lector de textos marxistas pasó de su fase pasiva a su fase activa cuando se negó rotundamente a unirse al coro de estudiantes que mañana a mañana, y bajo la dirección del maestro titular (López Parra) rezaba siempre la misma oración. Aquella que empieza: “A ti, celestial princesa, virgen sagrada María, te ofrezco en este día alma, vida y corazón, en una palabra, todo mi ser” ...Por cierto que esta plegaria le recordaba a Enrique, siempre que la oía, una anécdota que contaba su abuelo y que a él le parecía verdaderamente chusca. “De muy pequeño –narraba González Martínez- me enseñaron un rezo, dirigido a la virgen María y que se musita generalmente al empezar las labores cotidianas. Yo lo decía en voz baja y sin entender su significado. Un día, mi madre oyó lo que murmuraba entre dientes, me obligó a subir la voz hasta que oyó claramente de mis labios: ‘Atízale, celestial princesa, virgen sagrada María’... Mi madre, sin poder contener la risa, me aclaró: mira, Enrique, no es ‘Atízale, celestial princesa’, sino ‘A ti, celestial princesa’...”. Una mañana, como dije, Enrique dejó de rezar la oración matutina y se dedicó respetuosamente sólo a escucharla. Pero el maestro, después de algunos días, advirtiendo que entre su muchedumbre de chiquillos vociferantes había uno silencioso; interrumpió la oración iniciada y dijo. “Si González Rojo no se une al rezo, no comenzamos la clase”. El estudiante se resistió. El maestro no

dio su brazo a torcer. El grupo permaneció a la expectativa. Y esa mañana no hubo clases.

Los retratos de Marx y Engels en su pupitre y su silencio contrastante y “ofensivo” con el piadoso coro mañanero, no fueron tan graves, ante la mente de los maestros, como el hecho de que a uno de ellos –el encargado del grupo- le cayó en sus manos este breve poema, ingenuamente irreverente, que escribió por entonces y publicó posteriormente en su libro inicial:

Un crucifijo en el pecho

que prueba tu devoción.

Un crucifijo en el pecho

que está entre Dimas y Gestas

-dos blancas cumbres enhiestas-

en una nueva “pasión”.

Los hechos relatados, y otros más que hoy no recuerda, condujeron al Director de la Preparatoria a solicitar su presencia en la Dirección para someterlo a un severo interrogatorio. De

este curioso diálogo en una mazmorra de la inquisición no recuerda sino la siguiente pregunta que el Director le estalló a quemarropa: “¿Crees en la virginidad de María?”. Su negativa – tímida en la voz pero plena de convicción en las entendederas – se unió al legajo de sus herejías, desórdenes y “poemas blasfemos” que fue creciendo hasta convencer a las autoridades máximas de la escuela, al término de aquel año, de la imprescindible necesidad de hacer llegar al abuelo la comunicación de que, por razones de disciplina”, el “joven poeta sacrílego” no podía ser admitido en el segundo año de la Preparatoria.

Más retrocedamos un poco en el tiempo. Su madre, como dije, fue indiferente durante toda su vida en materia religiosa. Fue educada, como su hermana Rosa, dentro del catolicismo. La “Nani”-que fungió como la verdadera madre de ambas- les infundió cuando niñas el credo y la moral católicas. Pero mientras su tía Rosa conservó –y yo diría que corrigió y aumentó- sus creencias religiosas, su madre fue perdiéndolas, paulatina e inexorablemente, en el terreno de la indiferencia. No hablaba de eso. Era un tema que no le interesaba en lo personal. Y si alguna vez se rodeaba de personas creyentes, no tenía el menor empacho en hacerse pasar como una de ellas. Si el problema

religioso le resultaba indiferente, no lo eran las costumbres dominantes, de modo tal que, por el ascendiente que ejercieron algunas amigas en su voluntad, tomó la decisión de que su hijo hiciera la primera comunión. Habló con el abuelo. Él no se opuso. Y Enrique –que andaba por los trece años- se sintió orgulloso pero inquieto con su primer y último acto de teofagia.

Nuestro personaje es, entonces, un individuo bautizado y que realizó su primera comunión. No obstante, es también el autor de un pequeño libro *–parte de Para deletrear el infinito–*, que se intitula *Las huestes de Heráclito*, en el que, al decir de cierto crítico, “anda a las patadas con Dios” *(y de un libro de filosofía llamado En marcha hacia la concreción, que, como lo indica su subtítulo (Hacia una filosofía del infinito))*, lo ubica como un pensador no religioso. Pero estos libros de poemas y de filosofía se llevaron a cabo muchos años después del tiempo al que estoy refiriéndome. Dejaré de lado, pues, lo que sucederá con sus creencias religiosas, para volver a lo ocurrido inmediatamente después de abrir la boca y las entrañas para que lo habitara, por lo menos una vez, el absoluto. El efecto inmediato de su primera comunión fue dejar por primera vez su creencia en Dios, en el más allá, en todo tipo de postulados religiosos y místicos. Parecería que, con la primera comunión, más que ingerir, en el

misterio de la transustanciación, el cuerpo y la sangre de Cristo, devoró la ausencia de Dios, un verdadero manjar de ateísmo condimentado por una incredulidad beligerante y una cruzada a favor del pensamiento libre.

A partir de entonces, se dedicó a leer con apasionamiento todo tipo de libros de religión o de crítica a la religión que caía en sus manos. Se entregó, asimismo, a la tarea de cuestionar las creencias de sus amigos habituales. De los trece a los quince años fue un discutiador peligroso. Echaba mano, como Dios (o la materia) le daba a entender, de la retórica, la heurística y la dialéctica de los sofistas. Sacaba a muchos de sus casillas con argumentos que tomaba de sus lecturas o que -¿por qué no?- inventaba de repente o cuando venían al caso. Llegó a tal grado su pericia en lo que se refiere a poner en entredicho las creencias escolásticas y los principios religiosos, para no hablar del papel de la Iglesia Católica en la historia universal y en la historia patria, que sus amigos, perplejos, angustiados y sin argumentos en el carcaj de su lógica, decidieron conducirlo con un sacerdote para que oyera sus opiniones y les diera la debida respuesta. Aceptó tal cosa. Y allá va la comitiva de chiquillos a la búsqueda del señor cura que, desde el pedestal de sus conocimientos, iluminaría, a no dudarlo, a la oveja descarriada y pondría las cosas en su lugar. Salió el sacerdote. Pidió que los

dejaran solos. Le preguntó qué dudas tenía. Y él, más tartamudo que nunca, soltó toda una retahíla de reservas, críticas, incertidumbres que terminaban con la frase: ¿Por qué permite la Perfección todas las imperfecciones? El sacerdote lo vio como ve la erudición a la ingenuidad y le dijo: “hijo mío, Dios permite todo eso porque es omnipotente. Deja de ser orgulloso. No pienses más en ello. Y pídele a Dios que te arranque esas espinas de la cabeza”. ***Según el sacerdote, mi pérdida de la fe se debía a la soberbia. Guardadas las proporciones, mi “caída”, como la del demonio, basábase en el orgullo, en un orgullo que provenía – tal insinuó el cura- de las intrigas de Satanás. Si Dios nos da la fe, el demonio nos la escamotea. Años después, hacia 1988, escribí este poemita en que aludo al estado de ánimo que me dejó la conversación con el prelado allá en mi remota y atribulada adolescencia.***

Hay quien piensa

que las pruebas de la existencia de Dios

-ese viaje redondo a la esperanza-

no son asumidas unánimemente por los hombres,

dada su soberbia, su vanidad

y su orgullo.

Y que, por eso,

esas “vías” vuelven evidente

no sólo la existencia de la divinidad

sino la del Príncipe de las Tinieblas.

¿Quién me iba a decir, Materia mía,

que mi humilde ateísmo

le iba a servir a alguien

para demostrar la existencia

del demonio?

Enrique se quedó viendo al sacerdote. En los labios de éste descifraba una doble lectura: en primer lugar, lo que estaba arguyendo el padre, el extraño sentido que enhebraban sus palabras; en segundo término, la reafirmación de su incredulidad: Los labios del sacerdote le estaban diciendo que ese mundo, el católico, no era su mundo, que esas creencias,

confianzas, certidumbres, no significaban nada para él. En verdad su primera comunión y su conversación sobre temas teológicos con no sé que prelado fueron el acta de nacimiento de su incredulidad.

Pero no nos es posible seguir adelante sin dejar asentado que, al dejar la religión, dejó los miedos nocturnos. Mientras creyó en el más allá, en la sobrevivencia del alma humana tras de la muerte, se hallaba rodeado de espectros y de ánimas dedicados, en los cuartos oscuros, atrás de las puertas o debajo de la cama, a generar terribles espantos y sudores sin fin en su sentimiento adolescente. Cuando abandonó las creencias religiosas, se deshizo de golpe de esa cohorte de fantasmas y de miedos. Pero le quedaron durante algún tiempo secuelas de temor religioso que su “pudor de materialista” le impedía reconocer y, más que nada, comunicar a los demás. Algo semejante –pero en grado mayor- le ocurrió a su abuelo. Mucho después de haber abandonado sus creencias religiosas infantiles, sentía en ocasiones inquietudes y temores que tenían sin duda un origen en la religión familiar abandonada. ***“En una ocasión –le dijo a su nieto- me dirigía a caballo a atender a una mujer embarazada. Se trataba de la época en que ejercía mi profesión de médico ginecólogo en Sinaloa. En eso estaba, cuando me sorprendió la***

noche. Y de pronto, sin saber por qué, empecé a sentir lo que podría llamarse un escalofriante “pavor religioso”. El corazón empezó a multiplicar sus palpitaciones y la frente se me perló de innumerables gotas. Sentí un enorme temor, en aumento, no de alguien circunscrito al terreno de lo humano y lo terrestre, sino de algo indefinible y desconocido. Hinqué las espuelas de mi caballo, y primero al trote, y después a galope tendido, me acerqué a la primera ranchería que hallé en ese campo desolado y amenazante. Los campesinos, que me conocían, me brindaron una cordial hospitalidad. Puse como pretexto de mi visita y de la desviación del trayecto que me había embargado la sed y que venía a solicitarles que me obsequiaran un vaso de agua. La bebida de un refresco (agua de tamarindo o de piña, no recuerdo) y la conversación con esas amables personas me fueron serenando poco a poco hasta que, plenamente calmado, me despedí de mis anfitriones y pude volver a ponerme en camino de atender a mis obligaciones de facultativo de aldea”. Él fue presa en varias ocasiones, como su abuelo, de lo que podríamos llamar “zarpazos del arcano” más próximos al pavor que produce lo innombrable y “numinoso” (como diría Rudolf Otto) que al *“relámpago negro”* del que habla San Juan de la Cruz. Estos temores fueron desapareciendo poco a poco. Tenían que ver, a no dudarlo, con sus creencias infantiles y con las observaciones malintencionadas que alguna sirvienta dejó caer

en él, recién llegado a la casa de su abuelo. ***“En la cama donde duermes –le dijo- murió tu padre. En la recámara de enfrente falleció tu abuela y en el pequeño cuarto de la derecha se guardan todas las pertenencias de los difuntos familiares – incluyendo las ropas de tu tío Jorgito que murió siendo pequeño”***...Es de imaginarse el efecto que hicieron estas palabras en un muchacho de diez años educado en el catolicismo y abierto a todo tipo de creencias y temores.

El sentido de la existencia ocupa un lugar central en la religión. Los individuos religiosos piensan que nuestra presencia en este mundo responde a algún designio o propósito. Puede ser que este último nos resulte incognoscible, inescrutable, misterioso; pero está ahí, es un hecho consolador. El sentido de la existencia reside, pues, en Dios o proviene de su intención. Dios nos ha creado por algo y para algo. De ahí que, a partir de la fe en Dios, en el más allá, en la revelación, etcétera, todo lo que ha existido, existe y existirá responde a un cierto orden, posee un sentido y entraña un significado teológico. Alguna filosofía ha negado la existencia de Dios, pero, al llevar a cabo su función destructiva y nihilista, se ha quedado con añoranzas por el sentido de la vida humana. Tal el caso de ciertos planteamientos existencialistas. No hay Dios, nos dicen. Y tampoco, por consiguiente, tienen

sentido la vida y el universo. Todo es contingente (Sartre) y absurdo (Camus). Como puede advertirse, se trata de un ateísmo que se mueve aún, por así decirlo, en un contexto religioso. Un ateísmo nostálgico, pleno de añoranzas por la teología reconfortable y la providencia dotadora de orden y sentido.

Su punto de vista es el de que la existencia humana carece de sentido, porque es la realidad a partir de la cual nace o puede nacer éste. Nosotros somos quienes dotamos a la vida de sentido. No hemos sido creados para algo, sino que escogemos – dentro de ciertas condiciones psicológicas y socio-económicas – qué orientación va a tener o está teniendo nuestra vida. Está convencido, entonces, de que ni existe Dios ni la vida tiene sentido, si por sentido entendemos, como lo hace la mentalidad común, la finalidad que ha perseguido un poder trascendente y ultraterreno al crearnos. Nosotros, como producto de la materia altamente organizada, somos resultado de ciertas leyes y condiciones bioquímicas, familiares y sociales. Pero tenemos la capacidad de reaccionar sobre ellas, tomar decisiones y dotar nuestra vida de sentido.

No obstante que su filosofía entra de lleno, como puede verse, en el materialismo, no ha dejado de tener prácticamente nunca ciertos estados de ánimo que tal vez puedan relacionarse con las enseñanzas religiosas de la infancia o con una psicología perturbada por tantos y tan graves misterios que rodean la existencia.

Vestigios, remanentes. No pocas veces ha sentido y sigue sintiendo que, de pronto, se rompe el orden habitual de las cosas, los fenómenos y las situaciones. Ruptura tajante porque no hay nada que conserve su solidez, consistencia, razón de ser. No es que un sujeto viva la contingencia de su entorno, la facticidad de las leyes naturales o la temporalidad y evanescencia de lo dado. No. Es una sensación que abarca no sólo la disolución de la armonía y significado de todo lo anterior, sino también la pérdida de la propia subjetividad. Es un estado de ánimo pre reflexivo que arroja todo –lo externo y lo interior- a los litorales de lo absurdo. No pocas veces, dije, ha sentido y sigue sintiendo tales vivencias. Sentido y no pensado, porque apenas aparece la inteligencia, y su afán discursivo y ordenador, se deshace el caos ínsito en sus entrañas como una pompa de jabón al viento. De pronto, pues, se rompe el orden. Frente a él, se mueve su cuerpo; pero su cuerpo convertido en cadáver. Y él

queda reducido, no a un yo que registra el desvanecimiento del concierto y equilibrio del mundo externo y de su cuerpo, sino a una ráfaga de conciencia o boceto de subjetividad que asume la pérdida de sentido de todo: de lo objetivo y lo subjetivo, del yo y su circunstancia. Se coloca, por así decirlo, en un afuera que, considera al mundo, su cuerpo, y a sí mismo, como ubicados en un adentro: en el adentro de la realidad por él vivida. Este salirse del adentro de la cotidianidad equivale a vivir, a tener el sentimiento en él de la ausencia de sí, de su supresión, de su gratuidad. O, si se quiere, de su muerte. Estas vivencias duran poco: las más de las veces unos segundos; pero no dejan de hacer acto de presencia en su fuero interno y de impresionarlo. ¿Reminiscencia religiosa? No sé. Tal vez pudiera explicarse esos estados de ánimo a partir del paraíso perdido de la fe abandonada. Pero quizás quepan otras explicaciones menos idealistas. En fin...

Durante mucho tiempo fue jacobino y comecuras. Poco a poco, no obstante, prefirió hacer a un lado tales actitudes sectarias e intolerantes. Lo ayudó mucho en su cambio de actitud (aunque a algunos pudiera parecerles paradójico) el estudio del marxismo. En la actualidad, con más de sesenta años, se considera como un hombre profundamente respetuoso de toda creencia en lo

sobrenatural. La intolerancia, venga de quien venga, le parece inaceptable e indicio indiscutible de que brota de un alma vulgar, distorsionada y empequeñecida.

FOTOGRAFÍAS

Por lo que te contaron tus familiares y, más que nada, por lo que te siguen contando las fotografías, naciste y te mantuviste durante tus primeros años con una consistencia física diferente en grado extremo a la que te caracterizó durante tu pubertad, tu adolescencia y tu madurez. Fuiste un bebé, si no recordete, sí entradillo en carnes, acariciable, redondo. Tu pelo –durante años tu madre guardó una de tus guedejas de aquel tiempo- era rubio, ondulado, con una suavidad a prueba de los dedos más estrictos. Ojos no grandes de color café claro, bien dotados de pestañas y enderezando una mirada atenta, curiosa y a la expectativa, bajo cejas que podrán ser comparadas con dos sendos trazos de compás. Nariz pequeña, boca delgada, mejillas discretas, y todo ello ubicado, no sin cierta gracia, al interior de una cara que hoy es un tanto alargada pero entonces era redonda. Tus extremidades, brazos y piernas, francamente robustos, y tus pies –la única parte de tu cuerpo de la que te sientes orgulloso- iniciando los primeros pasos de su gracia. Has de confesar, no obstante, que no estás seguro de haber sido un niño al que se puede calificar sin reservas de hermoso. Fuiste un chiquillo agraciado, alegre, travieso y... distraído. Siempre te hallabas en no sé qué extraños tratos con las musarañas. Tu madre, en un

álbum infantil encabezado por el título My baby's book, escribió la frase siguiente: ***“Mi hijito es un muchachito muy tierno, muy sentimental y de una gran sensibilidad. Ojalá sepa alejar de su vida los dolores que pudieran hacerle demasiado daño...Que los sepa resentir...y será un gran hombre, si no...cuánta amargura llevará en el alma”***. Parece, por consiguiente, que además de ser un muchacho simpático desde el punto de vista físico, en lo psíquico y espiritual emanaba algo de ti, que llevaba a decir a tu madre y en general a tus mayores que eras un niño ***“tierno, sentimental y de una gran sensibilidad”***.

Tu niñez, paso a paso, edad tras edad, se halla profusamente documentada por la pasión de tu padre por la fotografía. Si sonreías, se te retrataba, si te hallabas serio –buscando quizás si tu reciente ingreso al mundo tenía pies y cabeza- se te hacía otro tanto. Risa, tristeza, enojo. Acompañado por papá, por mamá; con el abuelo, con la abuelita Luisa, con el ayo italiano que, después de retratarse en traje de baño junto a ti, se fue al mar para encontrar el final de su existencia... Todo era visto y congelado por la cámara fotográfica. Cuando en tu poema “Sonrisas antiguas” dices:

El rayo se despierta
y miro desatarse
la tormenta de fotografías.
Cuerpos,
miradas barridas por el tiempo,
sonrisas antiguas,
parientes cercanos o tan distantes
que el aire de familia
se adelgaza en suspiro
de alguna analogía evanescente”
o cuando, un poco más adelante, señalas:
“Yo mismo me vislumbro
desde que era un lactante
hasta ser este yo que se ha dejado
la barba y las tristezas”,

Hace alusión, como puede verse, a la afición de tus progenitores –de tu padre en especial- a sacar del tiempo, por así decirlo, imágenes, sucesos, estados de ánimo, de su “retoño en flor”.

Una fotografía que tiene especial significación para ti es la de los **“tres Enriques”** que se ha reproducido en múltiples ocasiones y en diversas revistas. En la sala principal de la Legación de México en España –en una época, 1930, en que la representación diplomática de nuestro país no se había elevado aún al grado de Embajada- miran a la cámara tu abuelo -el Ministro de México en aquel país-, tu padre y tú. González Martínez tiene ligeramente abiertas las piernas para formar un espacio en el que tú, de dos años, te instalas sin dificultad. Con la palma de la mano derecha –en que cabe exactamente la redondez de tu hombro- te retiene por un lado. Por el otro, con la mano izquierda, te toma del brazo y el codo y deja que tu mano descansa en su muslo. Tu abuelo se encuentra sentado en un espléndido sillón con brazos ornamentados y mullidos cojines. En uno de los brazos del sillón –en el del derecho si lo vemos desde la perspectiva del fotógrafo-se halla sentado tu padre, el cual tiene su mano reclinatoria –hecho que no puede advertirse con precisión en la foto- o en el brazo opuesto del sillón o en la espalda de su padre. En el rostro de los dos primeros Enriques campea una sonrisa. Más profunda en el segundo que en el primero. Parecen estar

contentos, complacidos por la situación. En el tercero no hay ninguna sonrisa. Ni tampoco muestras de enojo o de rabieta. Hay, como casi siempre, expectación, preguntas, aturdimiento. Es la única fotografía en que estos tres individuos enamorados de las musas están juntos. Hay varias fotos de tu abuelo y tu padre, de tu padre y tú, de tu abuelo y el tercer Enrique; pero esta fotografía del padre, del hijo y del hijo del hijo, es la única en que aparecen unidas estas diversas etapas de una misma herencia biológica, o en que los senderos ocultos, el estudio en cristal y la pretensión de deletrear el infinito aparecen amorosamente conjugados. Después de ver otra vez, como lo he estado haciendo en este momento, la fotografía de los tres Enriques, y tras de percibir la manera afectuosa y delicada en que el abuelo retiene a su nieto, me viene a la memoria una salida o una puntada que tuviste, por partida doble, en relación con tu parentesco. Tanto en la ciudad de México como en la de Guadalajara, al insinuar alguien, en frases más o menos equivalentes, que descendías de una personalidad señera de la cultura nacional, soltaste la frase: “en efecto, soy nieto de una calle”. Y es que, como se sabe, la antigua calle del Chopo del Distrito Federal se llama hoy Dr. Enrique González Martínez, así como la vieja calle Parroquia de la capital de Jalisco lleva ahora también el nombre del autor de *Silenter*.

La vida política de tu abuelo fue muy accidentada. Como puede leerse en sus memorias (El hombre del búho y La apacible locura), él, producto de una educación provinciana y un medio social cegato y torpe, no supo comprender la lucha anti porfirista, primero, ni el maderismo después, a diferencia de sus compañeros del Ateneo de la juventud como Vasconcelos, Martín Luis Guzmán y Alfonso Cravioto. Como otros importantes intelectuales de su generación, hasta vio al principio con simpatía el acceso al poder y la gestión del patibulario Huerta y durante algún tiempo colaboró –como subsecretario de Instrucción Pública- con su gobierno. Mucho le costó en su vida esta torpeza. Aunque algunos individuos nunca le perdonaron del todo esta profunda equivocación, él se arrepintió de verdad, sinceramente, en la parte más honda y auténtica de su espíritu. Después de este amargo suceso, permaneció durante algún tiempo al margen de la vida pública, y sus relaciones con el Estado emanado de la revolución, y consolidado tras el acta constitucional de Querétaro en 1917, fueron un sí es no es tirantes. Pero a partir de la década de los veinte, tras de la muerte de Ramón López Velarde, hubo un acercamiento del Estado hacia tu abuelo y de tu abuelo hacia el Estado, que posibilitó la entrada de González Martínez al servicio exterior como representante máximo de México en varios países de América del Sur y en España. Cuando naciste –a fines de 1928- tu

abuelo se hallaba en buenas relaciones con el presidente en turno –el general Calles- y te enteraste, ya grande, que tanto tu abuelo como tu padre, se consideraban en alguna medida como obregonistas, veían con simpatía la reelección del manco de Celaya y se sintieron turbados y conturbados por las conspiraciones de León Toral y la madre Conchita.

Abuelo y nieto. Al principio te molestaba en extremo que se te presentase como “nieto de González Martínez”. Te vivías sin personalidad o, si se quiere, dueño sólo de una personalidad refleja. Creo que muchos hijos o nietos de personas importantes, notables o por lo menos conocidas se han de sentir de igual manera. Pienso, además, que encarnabas la segunda edición del mismo problema, ya que, a lo que he sabido, y a lo que puedo deducir, a tu padre le ocurría exactamente igual que a ti. Frases como “¿Con quién viene Torres Bodet?”. “Con Enriquito, el hijo de González Martínez” o “El grupo inicial de ‘Contemporáneos’ estaba formado por José Gorostiza, Jaime Torres Bodet y Enrique González Rojo, el hijo de Enrique González Martínez, el gran poeta mexicano”, eran frecuentes, reiteradas. La primera reacción ante esto, la más natural, es el intento de diferenciarse del ancestro –aunque se le quiera, aprecie o estime de manera irrestricta- y de adquirir, en un espacio propio, una personalidad,

una obra, una forma de ser, una idiosincrasia identificadora y distintiva. Tu padre se firmaba, siendo adolescente, con el nombre de Enrique González Martínez, hijo. Escribía entonces, además, si no bajo las formas y el *modus discendi* directo de su padre y tu abuelo, sí bajo la influencia del modernismo, lo cual, aunque sea de refilón e indirectamente, lo emparentaba con su padre, aunque ahora desde un punto de vista literario. Ante esta situación, en búsqueda de sí mismo, arrojó al cesto de basura la forma habitual de firmar sus escritos y poemas iniciales. Cambió el Martínez jalisciense, que le venía de su padre, por el Rojo sinaloense que, con sus manos blancas y delicadas, le pasaba su madre Luisa, tu bella abuela. Y se lanzó de bruces, en ristre el corazón, al encuentro de sí. Empresa ésta en la que acabó por obtener, y más temprano que tarde, un triunfo total. Los poemas de *El puerto* y otros poemas, su primer libro, no se parecen a los de tu abuelo. Disiento totalmente de quienes afirman lo contrario. Los temas, la sensibilidad, el “enfoque lírico” son, sí, modernistas, como dije, pero no, respecto a su padre, la continuación de lo mismo. El primer Torres Bodet, por ejemplo, se asemeja indiscutiblemente más a González Martínez que el primer González Rojo. La producción posterior de tu padre – desde *Espacio* hasta sus poemas póstumos- objetiva una personalidad que no guarda ya ninguna relación visible con el modernismo y mucho menos con González Martínez. A ti te ha

ocurrido lo mismo. Pero no sólo respecto a tu abuelo sino respecto a su hijo. Has salido al safari de tu propia voz, pugnando al mismo tiempo por no parecerle ni a tu abuelo, ni a tu padre, ni, en realidad, y de ser posible, a nadie. Hoy en día, el viejo problema de la identidad, heredado de generación en generación, ha reaparecido en tus hijos. No es extraño que se les presente como hijos tuyos, o descendientes del tercer Enrique y ellos, como tu padre ante el suyo y tú ante el propio, se sientan despojados, por así decirlo, de personalidad. La terapia, sin embargo está, a la vista: necesario es que ellos se realicen, como lo están haciendo, en el mundo creativo que les corresponde, pues sólo así echarán por la borda la personalidad refleja que tanto incomoda a quien, en mayor o menor medida, tiene algo que decir y hacer en esta vida.

Si fuiste un bebé rollizo y de pelo rubio, pronto, cuando entraste a la pubertad, se modificó sustancialmente tu apariencia. El cabello, lenta pero inexorablemente, se te fue oscureciendo hasta adquirir la tonalidad de castaño oscuro que has sobrellevado siempre, aunque ahora, que tienes cincuenta y nueve años cumplidos, es un color que se halla, en la lucha feroz que mantiene contra las canas, condenado a la extinción, a la derrota. Tu cuerpo, también en la pubertad, pero sobre todo en la adolescencia, poco a poco fue enflaqueciendo, de tal modo

que siempre has sido delgado, quijotesco, como un trazo del divino Doménikos Theotokópulos. Durante la mayor parte de tus años, no sólo flaco sino esquelético, con la osamenta recubierta, por así decirlo, sólo con pinceladas de carne. De ahí que Henrique González Casanova te describa en los cincuentas del siguiente modo: “La figura luenga y huesuda de Enrique González Rojo, monstruosamente abultada por un portafolio cochambroso y empapelado”. Después, al transcurrir el tiempo, tu delgadez se fue haciendo menos exagerada, sin tantas concesiones a los huesos. El bebé gordo y de cabello rubio, se convirtió, por no sé qué artimañas de la naturaleza, en el individuo delgado, esbelto, de pelo café claro, que vive hoy en día en la ciudad de México – en este México cargado de smog, convulsionado por la crisis económica, asolado por la inversión térmica, agitado por un descontento social cada vez más perceptible- y que se encuentra en este instante pergeñando sus memorias.

No eres un individuo feo o desagradable. Tampoco, me parece, lo contrario. Ni Adonis ni Quasimodo. Las mujeres que han entrado en tu vida –Graciela y Mónica, Maricela y Laura- nunca te hicieron sentir que eras un hombre bien parecido. Quizás lo pensaron, a lo mejor te veían como tal, pero, quién sabe por qué, no te ayudaron a despojarte de la idea, que te acompañó durante lustros y lustros, de que, fundamentalmente por tu

delgadez, pero no sólo por ella, eras una persona, desde el punto de vista físico, mal conformada e insignificante. Alicia, tu compañera actual, el amor de tu vida, tuvo una actitud diferente: supo infundirte confianza en tu constitución física, te dijo, te repitió, que no eras una persona desagradable y acabó por crear en ti, no sé si equivocadamente o no, una opinión más optimista sobre tu presencia física. Si el tercer Enrique no puede ser caracterizado ni como feo sin más ni como indiscutiblemente guapo, tu padre y tu madre sí fueron, ciertamente, guapos y atractivos.

Tienes frente a ti una fotografía de él de 1926 y otra de ella de 1938. Y tras de contemplarlas detenidamente llegas al convencimiento de que se trataba, a decir verdad, de dos bellos ejemplares del género humano. Tu padre poseía un cabello castaño claro, casi rubio, suave y rizado. El de tu madre era castaño oscuro, casi negro, pero, aunque menos ondulado que el de él también excepcionalmente suave. La frente de tu padre era amplia y bien conformada. Más grande y bella que la de tu abuelo. La de tu madre, aunque menos extensa, era de bello dibujo, tersa y abovedada. Las cejas de tu padre repetían la forma de su cabello: casi rubias, finas y rizadas. Tu madre –al menos en la fotografía que tienes frente a ti- y siguiendo la costumbre del arreglo facial femenino de entonces, se ve que ha

sustituido las cejas (cuidadosamente depiladas) por dos trazos de lápiz oscuro. Los ojos de tu padre aparecen especialmente hermosos en la fotografía: con dos luces en el ojo izquierdo y una en el derecho. Eran ojos verdes, de vista ingenua y aterciopelada, inteligente y tierna. Los de tu madre, a la sombra de sus pestañas rizadas con esmero, eran igualmente hermosos –de color café claro- y con una mirada alegre y salpicada de dulzura. La nariz de tu padre era casi recta. La de tu madre sin el casi. La boca de ambos lucía pequeña, de labios finos. El rostro de tu padre era un tanto alargado. El de tu madre a punto de ser redondo. En estas fotos muy poco se puede ver de la vida interior de tus progenitores. Haciendo un esfuerzo de penetración psicológica, es dable advertir no obstante, que en el agraciado y bello rostro de tu padre aparece en primer plano una cierta expresión infantil, de entrega total, torpe y bondadosa, mientras que en el de tu madre, de similar belleza, hace acto de presencia una expresión reservada, ambigua, misteriosa.

ABUELO Y NIETO

Se podría decir que Enrique, el tercero, renació en 1939, con la muerte de su padre y la separación de su madre. Sus primeros años fueron algo así como una segunda existencia intrauterina: nueve meses tardó, en el seno materno, la primera; poco más de nueve años cumplió, en el seno familiar, la segunda. Su nuevo alumbramiento tuvo, entre otras, una evidente diferencia respecto al originario: mientras en el primero, por así decirlo, nació al vientre de la familia, al disfrute de un padre y una madre y al cobijo de una indudable seguridad; en el segundo nació a la orfandad, a una cierta soledad que identifica aún hoy -por la exigencia de tenérselas que ver consigo mismo- con un segundo y más radical nacimiento. Orfandad no sólo porque falleció su padre, sino porque su madre partió para EE.UU. tras de dejarlo bajo la custodia de su abuelo. Su madre creyó más conveniente, en lugar de retenerlo con ella, y encadenarlo a los problemas económicos y las limitaciones culturales que ello supondría, que él se quedara a vivir con su abuelo paterno. Tras de una conversación entre ambos, llevada a cabo inmediatamente después de muerto su padre, se convino en que el joven quedaría bajo el cuidado de su abuelo. Enrique nunca ha podido saber la causa por la cual este último, una vez realizado el convenio con su madre, en vez de llevarlo a vivir a su casa, lo

inscribió como interno en la escuela donde se hallaba estudiando la primaria (Colegio Franco-Español) durante seis meses: del 9 de mayo de 1939, fecha en que murió su padre, al mes de noviembre o diciembre del mismo año. Estos seis meses tienen, al parecer, una especial significación en su vida: implican no sólo la ruptura violenta con el estado anterior, con el entorno familiar, sino una etapa de transición hacia su vida en Mayorazgo 715 (hoy Adolfo Prieto) de la Colonia del Valle.

El internado representó, para él, la encarnación plena, tajante y sorpresiva, de su orfandad. Un padre muerto, una madre separada y un abuelo distante, configuraron abruptamente una circunstancia que le hizo entrever, de manera más o menos oscura, que su cordón umbilical se hallaba toscamente deshilachado. Saltando de la pubertad a la adolescencia, fue una etapa en que, voy a decirlo así, dio de repente de manos a boca consigo mismo. Aprendió el alfabeto de la soledad y, de la noche a la mañana, se halló a solas con sus ojos.

Muy pronto pasó, sin embargo, a vivir con su abuelo. Durante los últimos doce años de su vida, González Martínez fue su padre redivivo, además de su amigo, mentor y compañero. Entre él y el viejo poeta se produjo un convenio tácito: mientras aquél “ascendía” a ser el hijo fallecido del primero, éste “descendía” a ser su padre muerto. Este pacto, permanente ilusión

compensadora, se vigorizó cuando propuso el joven Enrique en uno de sus primeros poemas (editado como antesala de su libro inicial Luz y silencio) realizar la doble transferencia. Su abuelo acababa de escribir dos bellos e inolvidables poemas motivados por la muerte de su hijo: “El hijo muerto” y “Último viaje”. A éste pertenece la siguiente cuarteta:

***Lo llamo, lo persigo: ya no vuelve
el rostro a mí para decirme: “padre,
ésta es mi juventud, yo te la entrego:
éste es mi corazón y ésta es mi sangre”.***

En alusión a estos versos, a su clamor y amargura, el joven Enrique escribió, a los doce o trece años, un nervioso poema, al que intituló “Regreso”, y en el cual se lee: ***El árbol que los campos riega/ de frutos opulentos/ sin prever que los pájaros los hurtan,/es igual que tu espíritu/ que, como suerte venturosa, pudo/ en fruto humano convertir el sueño/ que un instante después,/ por la traición, otra ave/ dejó sobre tus brazos muerto.../ Pero la vida te ofreció más tarde/ un nuevo fruto que por siempre vuelve/ su ser a ti para decirte; “padre,/***

ésta es mi juventud, yo te la entrego:/ éste es mi corazón y ésta es mi sangre”.

Es de imaginarse la impresión que dejó en el abuelo este poema. No por su calidad artística o por razones estéticas, sino por las implicaciones emocionales, consanguíneas y heredo-literarias que traía consigo. Años más tarde, Enrique, el más joven, volvió sobre el mismo tema. Y tornó a él cuando (habiendo desaparecido su abuelo desde tiempo atrás), ocupó un departamento en la misma calle en que viviera con él y otros familiares. He aquí lo que escribió en La larga marcha: ***Su odisea retrospectiva/ fue de su actual gabinete/ a aquella vieja casa/ en que un abuelo/ decidió transmudarse en su propio hijo ausente,/ y un nieto en su propio padre desaparecido,/ resucitando uno al hijo muerto,/ el otro a su progenitor extraviado,/ e impidiendo a la muerte,/ al menos esta vez,/ decir esta fosa es mía./ Una sola calle ensartaba/ sus dos edades,/ porque su juventud y madurez/ pertenecían a la misma zona postal,/y porque la línea más corta entre dos puntos/ es una calle recta en la Colonia del Valle/ de la ciudad de México.***

A partir de la elaboración de su ya mencionado poema “regreso”, y del pacto tácito que estableció con su abuelo, la forma de dirigirse en la vida cotidiana a su antecesor no fue la de abuelo sino la de padre. González Martínez encarnó resueltamente la imagen paterna que requería su nieto, y aun teniendo presente que se trataba de una sustitución, y sin olvidar que entre ambos se hallaba la oquedad, definitiva y lacerante, del desaparecido, el joven Enrique no sintió nunca la ausencia del gesto paternal, la reconvención oportuna y el consejo afectuoso, sincero y eficaz. Tal vez no resulte inoportuno resaltar aquí que los padres en general, y con mayor razón los abuelos convertidos en padres, carecen de regazo. La caricia inesperada en el cabello, las frases cariñosas, las palmadas ocasionales en el hombro no pueden sustituir al regazo. Ciertamente es que la madre le escribía al joven poeta desde EE.UU. cariñosas cartas. Que le enviaba regalos inapreciables –entre otros, un excelente álbum de discos con cantos Gregorianos de Perosi y otros autores-, que volvía a México por cortas temporadas, lo que permitía que madre e hijo se hallaran juntos por poco tiempo; pero los años que nuestro poeta vivió con su abuelo fueron muchos y podemos estar seguros de que, aunque en esos lustros cruciales de la adolescencia, su abuelo desempeñó a la perfección todos los papeles (atención, educación, cariño), la ausencia de la imagen

materna fue un hecho que dejará su impronta en el alma del escritor en ciernes.

ALGO SOBRE SU NOMBRE

Usted, mi poeta, al llegar a este punto no puede dejar de mencionar una serie de circunstancias, actos y revelaciones que se relacionan con su apellido. En su acta de nacimiento se da fe que ha venido a este mundo un sujeto llamado Enrique González y Arthur, lo cual no deja de llamar la atención a quienes lo conocen como Enrique González Rojo (hijo) y a quienes saben que el apellido de su madre es Rice. En dicho documento debería de haberse estampado el apellido de González Rice; pero en lugar de ello aparece un extraño González y Arthur que causa, o puede causar, cierta perplejidad. Es evidente que lo inesperado del apelativo proviene del lado materno ya que si el González usted lo hereda de su padre, lo Arthur, o lo Rice, le viene de su madre. Contaré cómo ocurrieron las cosas. Su tía bisabuela, Ana María Contreras (ese ángel bienhechor al que usted de niño dio el nombre de “Nani”) decidió, Dios sabe por qué, cuando usted nació, revelarles a su sobrina o sea a la madre de usted, que el padre de ella, o sea su abuelo materno, no era el señor Rice, como su progenitora lo había supuesto siempre, sino un tal señor Thomas Arthur. La conversión de la noche a la mañana del padre en padrastro, acarreó la modificación del nombre de su madre, y con ello, de su segundo apellido, mi poeta. Ella ya no

era María Luisa Rice, como lo había sido durante toda su vida, sino María Luisa Arthur (de González Rojo) y usted ya no fue Enrique González Rice, como debería haberlo sido, sino Enrique González Arthur. La y aparece en su acta de nacimiento como una arbitraria aportación del juez por lo civil, aunque, a decir verdad, le añade a la extrañeza de su apellido un dejo aristocratizante que produce cierta hilaridad. Su madre, sin embargo, echó bien pronto marcha hacia atrás. ¿Por qué voy a considerar al Sr. Arthur mi progenitor –se dijo- si Papá Rice ha sido para nosotros (Rosa y yo) un verdadero padre: tierno y amoroso? Y a partir de esta reflexión, se modificaron de nuevo y de golpe los apellidos. Su madre renunció a su efímero María Luisa Arthur para volver al de siempre: al Rice que no ha vuelto nunca a abandonar. Conviene aclarar, por otro lado, que, siguiendo una tradición que arranca de su padre (el cual en un principio se firmaba Enrique González Martínez, hijo), sus primos y usted decidieron convertir los dos apellidos de su padre en uno solo, de ahí su nombre de Enrique González Rojo. Pero con esto sobrevino el caos, la confusión, una verdadera Babel onomástica. En ciertos documentos se llama usted Enrique González y Arthur o Enrique González Arthur (con la republicana supresión de la y), en otros Enrique González Rice y en no pocos Enrique González Rojo Arthur. Ante este desorden tomó usted la decisión de uniformar ante un notario su apelativo, teniendo como testigos a

Eduardo Lizalde y Eduardo Phillips. Enrique González Rojo Arthur constituye, su designación oficial.

Su madre le ha contado que, ya casada con su actual esposo (norteamericano) invitó al Sr. Rice –a “Papá Rice”, como dice- a que pasara unos días en Okland, EE.UU., donde ella vivía entonces. La convivencia con su padrastro, le dio ocasión a ella para soltarle a boca de jarro una serie de preguntas sobre su origen, su verdadero padre, su primera niñez. Cuál no sería la sorpresa de su madre al enterarse que el tan traído y llevado Sr. Arthur era hijo de nada menos que un presidente de los EE.UU. Papá Rice le contó a su madre que, al entrar en relación con Lupe Iturriaga (su abuela mexicana), ella tenía dos hijas del señor Thomas Arthur, dentista de profesión. Papá Rice relató que antes de casarse y para casarse, le puso a su bisabuela dos condiciones: que el Sr. Arthur no volviera a ver a sus hijas y que la madre de Enrique III (María Luisa) y su tía Rosa, no supieran nunca que él era sólo su padrastro. La primera condición se cumplió sin obstáculos y para siempre, la segunda, en cambio, fue violada – los secretos acaban por tener su talón de Aquiles- por la revelación de la Nani al momento de venir usted al mundo. Resulta, por consiguiente, que si desciende usted, por línea paterna, del gran poeta mexicano Enrique González Martínez,

proviene, por línea materna, mal que le pese, de uno de los presidentes de nuestro vecino del norte: Mr. Chester Arthur.

PUERTO O ESPACIO PARA HABLAR DE MI PADRE

Recuerdo, sí, a mi padre. Pero de manera borrosa y evanescente. Hay quien, al pensar en su progenitor, lo visualiza siempre con un gesto adusto, una mirada autoritaria y un admonitivo dedo en alto. Yo lo traigo a la memoria como la encarnación de la alegría, la complicidad, el jugueteo. Destacada de la vaguedad e incertidumbre de otras reminiscencias, tengo frente a mí la imagen nítida, en una mañana luminosa, de mi padre conversando conmigo, rasurándose y silbando despreocupadamente. Rememoro esa escena como un momento en que la presencia paterna, amén de satisfacer todos los requerimientos infantiles de la necesidad de un guía, un mentor, un compañero, me ubicó de golpe en la atmósfera de la seguridad, el optimismo y la complacencia. Rememoro ese instante y nada más. El combustible del recuerdo se debilita y en el cuarto oscuro de la mente no hay ni la rendija de alguna pequeña presunción. Por la razón que sea –la débil atención de mi padre hacia mí o la despreocupación de mí hacia él- en este punto se me quiebra la memoria y no puedo decir a ciencia cierta cómo era la voz de mi padre, cómo su manera de reír,

cómo su manera de andar, cuál era, en una palabra, su personalidad, su idiosincrasia. Esto no quiere decir que no tenga, que no se me haya ido formando una idea de cómo era González Rojo. Pero esta idea no surgió en lo fundamental de mi experiencia directa, sino que se ha ido esculpiendo, a lo largo de los años, con los recuerdos, apreciaciones y puntos de vista de quienes sobrevivieron a mi padre. Durante varios lustros la imagen que tuve del segundo Enrique fue el resultado de las conversaciones que sobre él entablé con mi abuelo, mi tío Héctor, mi madre, mi tía Josefina (la hermana de González Martínez y abuela de Salvador Elizondo) y otros familiares. El resultado de estas pláticas e “investigaciones” me arrojó las piezas anímicas fundamentales para armar el rompecabezas de la hipotética manera de ser de mi padre, muerto tan joven. Me sospecho, sin embargo, que la fisonomía caracterológica de González Rojo, elaborada por mi imaginación a partir de los datos familiares, fue adquiriendo paulatinamente un grado importante de idealización. Mi padre –el construido por la fantasía- representaba si no el centro de la perfección, por lo menos alguno de sus suburbios. Era bien parecido –el más guapo del grupo de Contemporáneos, como afirmaban en plena coincidencia Salazar Mallén y Elías Nandino-, simpático, culto, inteligente, buen poeta, optimista y seductor. Los defectos que aparecían a veces en este cuadro –un intelectualismo a ultranza,

una suerte de frivolidad consuetudinaria, un infantilismo incontrolado- eran asumidos como cualidades o integrados en la imagen paterna a través de los aspectos positivos que podían implicar. Esta idealización funcionó durante mucho tiempo; pero me estalló de pronto en las manos y me cuestionó la idea misma que me había hecho de mi progenitor. Apareció la duda y sentó sus reales en mi espíritu. La incertidumbre descompuso la figura del segundo Enrique en la mente del tercero y sustituyó el rompecabezas armado por una nutrida colección de piezas sueltas, sin orden ni concierto. Este desligamiento del hijo con el padre idealizado, ahora me parece natural. Todo hijo lo hace o tiene que hacerlo. El “retoño” ve al autor de sus días como un gigante, un coloso y hasta un dios, tanto desde el punto de vista corporal (cuando el niño tiene que volver los ojos hacia arriba para apreciar los lejanos límites de la cabeza paterna), como bajo un aspecto intelectual y empírico (cuando el infante se imagina que la respuesta a todas sus preguntas se halla en ese depósito de sabiduría que es el “jefe del hogar”). Pero el niño tiene que crecer física y espiritualmente. Y dicho crecimiento traerá consigo, de manera simultánea, el decrecimiento paterno. El padre tendrá que encogerse materialmente y sufrir una radical disminución de sus capacidades eruditas, hasta quedar reducido al tamaño que le corresponda. El hijo habrá de descubrir la humanidad del dios o los pies de barro del coloso. Y eso está

bien, porque representa la condición necesaria para que el muchacho, el adolescente, afirme su personalidad, se diferencie de su entorno y se conquiste a sí mismo. En mi caso la necesidad de ruptura con mi padre se vio obstaculizada por el hecho de que éste, fallecido, no era una realidad tangible a la que se le pueden descubrir las fallas, limitaciones o errores, sino una imagen que ocultaba, en su idealización, y de una vez para siempre, los defectos y torpezas, el claroscuro fatal de todo individuo. Mi padre fue durante años un coloso sin pies de barro. Pero crecí, y al hacerlo, si no pude registrar su decrecimiento material y espiritual en la experiencia concreta, porque mi padre ya no existía, sí me fue dable poner en tela de juicio la versión impoluta diseñada en el seno familiar. Afortunadamente tuve la suerte de gozar, con mi abuelo, de un padre redivivo, de realizar sin dificultades la transferencia de la imagen paterna y de llevar a cabo todo el proceso de subordinación-rompimiento-reencuentro con el primer Enrique. Hay quienes, por no disfrutar de una transferencia como la anterior, y habiendo perdido de niños o adolescentes a su padre, están incapacitados para advertir la humanidad del dios y para fincar, en este rompimiento, el espacio indispensable donde florezca su sí mismo. No fue mi caso. No sé cómo era González Rojo. Mi crecimiento no trajo consigo el correlativo decrecimiento de éste hasta quedar reducido a sus debidas proporciones. Por eso

pregunto tan insistentemente a quienes lo conocieron cómo era, qué pensaba, qué proyectos tenía el autor del Estudio en cristal. Por eso asimismo he pensado en escribir algún día un poema que, bajo el título de Viaje al padre, no sea otra cosa que el intento de encontrarme no con un titán, un atlante o una divinidad sino con el ser humano, demasiado humano, que fue el gestor de mi existencia.

LA AUTORA DE SUS DIAS Y SUS ANGUSTIAS

I

La mamá y la tía Rosa del poeta se quedaron sin padre y sin madre muy niñas. Su verdadero progenitor, el señor Thomas Arthur, fue reemplazado por “papá Henry”, el cual, como se dijo, le hizo prometer a su esposa (la abuela Guadalupe) que nunca revelaría a sus dos hijas que él no era su verdadero padre. En Argentina, a donde había ido el comerciante Rice, murió la abuela (y también su hija Lidia y una sirvienta) víctimas de la fiebre de tifoidea, y “papá Henry”, después de algún tiempo –e ignoramos si en Argentina o en México- contrajo nupcias con una española. A partir de entonces, la madre y la tía del joven poeta tenían no sólo un padrastro sino una madrastra. Por presiones de esta última (que decidió ceñirse el tradicional velo negro de la madrastra) su madre y su tía fueron enviadas por “papá Henry” al Colegio Saint Merry en Illinois. A la muerte, pues, de su abuela, su madre se supo y se sintió abandonada por su padre o al que tenía por tal. Vivió intensamente su orfandad y su abandono. Internada en ese colegio americano, su alma de pequeña recibió el sello indeleble del desafecto, la angustia y la inseguridad. Es

posible que sus problemas psicológicos posteriores, sus chantajes, su conducta manipuladora, se hayan incubado, como una defensa frente a un medio extraño, frío, hostil, precisamente en esos años. Se puede pensar también que cuando ella decidió, a la muerte de González Rojo padre, dejar a su hijo con el abuelo González Martínez, fue víctima y lo sigue siendo de un grave complejo de culpabilidad ya que se sintió arrojando en aquél el abandono que ella sufrió por obra y gracia de “papá Henry”. Estas páginas fueron escritas, como puede advertirse, cuando aún vivía la madre del poeta y cuando, como se verá más tarde, la relación entre ambos dejaba mucho que desear. La vida de su madre (acompañada de “Nani” –la tía abuela- y de la tía Rosa) fue extremadamente dura en los Estados Unidos y en México. Esta es una de las razones por las que, cuando conoció al segundo Enrique, y cuando se vio pretendida por él, pensó que todo, lo anímico y lo material, iba a cambiar para bien.. Pero la unión entre los progenitores del poeta fue lo que, en el eufemismo del lenguaje jurídico, se da en llamar un “matrimonio mal avenido”. Las bodas de una mujer ignorante, manipuladora y egocéntrica con un hombre, al parecer, pagado de sí, anidado e irresponsable no podían ser muy prometedoras. Mientras el padre vivía alrededor del arte, la elegancia en el vestir, la drogadicción ajedrecística, el culto a su padre y la conflictiva amistad con sus compañeros de generación (los “Contem-

poráneos”), la madre del poeta lo hacía alrededor de sí misma. Se trataba en verdad de los esponsales del agua y el aceite. Ninguno de ellos lograba advertir las cualidades del otro, y sólo vivían, o veían, o sufrían sus defectos. En una curiosa coincidencia, el tercer Enrique ha leído más o menos simultáneamente unas cartas que enviara su padre (que vivía en Roma hacia 1929) a su madre (instalada en Madrid en compañía del abuelo, entonces Ministro de México) y otras que mandara el segundo Enrique, desde su lecho de enfermo, a una prima que vivía en Sinaloa. Es interesante ver cómo estas epístolas documentan lo que el joven poeta (el tercer Enrique) llamó posteriormente la “curva de frustración” o la “tendencia a la entropía” que caracteriza, por regla general, a la relación de pareja. Si en las primeras cartas su padre dice, con su fervor de joven lírico, no poder vivir sin su esposa, en las segundas, con la desilusión a flor de pluma, afirma no poder vivir con ella.

En vísperas de sobrevenir su deceso, el hijo de González Martínez, que no esperaba la muerte, que no estaba preparado para esperarla, imaginaba en breve otro tipo de vida: con diferente mujer (su prima sinaloense) y un quehacer literario mejor encauzado. De lo primero nada dijo. Pero de lo segundo murmuró a su padre desde su lecho mortuario: “Ahora que me levante voy a escribir mi obra, mi verdadera obra. He pensado

mucho en ello, y ya sé cuál es mi camino y mi compromiso con la poesía”.

Si el matrimonio de su madre con su progenitor fue un fiasco, la unión de ella con George R. Topham, llevada a cabo mucho después, fue, en apariencia, un buen matrimonio. Los problemas económicos que habían acompañado permanentemente a su madre y a su padre (y que culminaron cuando, al fallecer éste, la autora de sus días se quedó “con diez pesos en la bolsa”, como gusta de decir) desaparecieron del todo. George, que acababa de perder a su primera esposa cuando conoció a Mary –la madre del joven poeta-, se entregó a ésta plenamente y sin reservas. Le resolvió sus problemas económicos y afectivos. Dada la interrelación entre ambos, o la compenetración simbiótica que al cabo de los años lograron, se puede hablar de que entre ella y él se creó lo que se podría llamar un paraíso neurótico o un islote parafrénico que nuestro protagonista no pudo entender sino más tarde.

La muerte de su padrastro el 9 de noviembre de 1985 fue dramática, pero benévola. Dramática para quienes lo rodeaban al momento de fallecer. Benévola para él. Gran amante de la comida y la bebida, murió repentinamente en un restaurante víctima de un paro cardíaco, con el paladar humedecido por un buen vodka y masticando un succulento trozo de carne.

La inmediata consecuencia de la muerte de George fue, para su madre, la pérdida definitiva de la estructura, al parecer armoniosa, en que se cifraba su estabilidad. Se le vino encima el desamparo. La soledad le caló los huesos. El sentido de la vida se le deshizo entre las manos. El paraíso (un paraíso neurótico, sí, pero sin dejar de ser paraíso) la arrojó de su seno. Es dudoso que George haya sido feliz con ella. A pesar de vivir en México más de veinte años, no pudo aprender nunca a hablar en español. Su nueva esposa, excelente traductora, era, entonces, su vinculación con los demás y la causa, al mismo tiempo, de que él no se viera en la necesidad de hacer el esfuerzo necesario para conquistar un nuevo idioma. Ella era su vinculación con los otros. Pero también el muro, el valladar que impedía la comunicación de George y su medio ambiente. De acuerdo con sus deseos e intenciones, la madre del poeta era la frontera abierta o cerrada de este buen hombre con el mundo exterior. Lo tenía en ascuas con un repertorio siempre enriquecido de supuestas enfermedades por ella padecidas. Compartía la tacañería con él. Los rasgos caracterológicos de la madre –mujer egocéntrica, exagerada, manipuladora, demandante e atención, sado-masoquista, etc.- se canalizaban esencialmente al interior de la relación sostenida con su esposo norteamericano. Esta situación –en la que la enfermedad real de su madre se compaginaba con la neurosis de George o en que la manipuladora por excelencia

había hallado al manipulable por antonomasia- no propiciaba en ella por entonces ninguna pretensión de interferir en la vida de su hijo poeta y de Alicia, por lo que la relación entre ella y ellos era bastante afectuosa y positiva. Pero una vez desaparecido George, todo cambió de manera radical, abrupta y sorpresiva. A partir de entonces, en el comportamiento de su madre, en la relación de ella con él, en el nexo entre su persona y el medio social que la circundaba, empezó a adivinarse cierto tufillo de tragedia griega.

Su madre aparecía frente todos, antes de la muerte de su consorte, como una persona agradable y simpática, cariñosa y tierna. Mujer cordial y excelente amiga, se sabía ganar la voluntad de su entorno y se puede decir que nadie la miraba con malos ojos, suspicacia o indiferencia. Después de muerto George, extravió muchas de sus cualidades anteriores –la alegría, por ejemplo, salió casi definitivamente de escena- pero adquirió o permitió que salieran a flote nuevas características que resultaban atractivas de algún modo para ciertas personas. Desarrolló una gran capacidad de seducción, por así decirlo. La gente, después de oírla, de tratarla, se sentía atraída por su personalidad, por su espíritu, por su manera de ser. No pocas personas, como es lógico, se compadecieron de una mujer que se había quedado viuda repentinamente casi peinando los

ochenta años. Y ella supo fomentar esta simpatía hacia ella con palabras, actitudes, llamadas telefónicas. Apariencias de bondad y simpatía, dulzura y debilidad.

No se puede ignorar, desde luego, los dolores y la angustia que acarrea, sobre todo a una edad avanzada, procesar un duelo, como dicen los psicólogos. Nuestro poeta supo y sabe de la desolación y la tristeza, la amargura y las lágrimas que en general trae consigo la desaparición de una persona querida. Pero en su madre, en términos de conducta, empezaron a aparecer indicios de que ocurría algo más grave que la normal reacción dolorosa ante la pérdida de la pareja. A partir de la muerte de su esposo, ella se dedicó, por ejemplo, a lo que podríase llamar una intensa campaña para capturar no sólo la atención y el afecto de los otros, sino la lástima ajena. Pese a disponer de un rico y variado guardarropa, se puso durante meses sus peores zapatos. El ideal de “la cenicienta” se adueñó de su mente. La bolsa que cotidianamente la acompañaba era vieja, raída, sucia. Su traje de siempre –de riguroso luto- se aproximaba sin exagerar a lo harapiento. A todo mundo ocultaba la relativamente buena situación económica en que la había dejado su cónyuge. Hay claros indicios, además, de que ella pretendió, quizás sin ser consciente de ello, y a lo largo de muchos meses, hallar en él un sustituto de su perdido esposo. O tal vez de su primer marido, el

padre del poeta. Su insistente demanda de que su soledad sólo podía ser eliminada con la presencia de su hijo (un hijo egoísta e ingrato que “no estaba con ella sino pocas y fugaces veces”), sus afirmaciones de que ahora, tras de la pérdida de George, ella dependía de él y que él debía considerarse su “nuevo dueño”, sus manifestaciones exageradas de llanto o de gozo cuando él dejaba su compañía o volvía a ella, su requerimiento en fin de que nuestro poeta solucionara, como su esposo norteamericano lo había hecho, todos los aspectos prácticos de la vida cotidiana, nos hablan profusamente de ese vago e inconfesable intento de sustitución. Junto a todo lo anterior se hallaba probablemente el deseo no tanto de que tornara el hijo pródigo –lo cual implica el regreso de alguien a quien se considera sin dificultades como hijo- sino de que tuviera lugar lo que podría llamarse el regreso de la vivencia pródiga de hijo. Deseo, sin embargo, sin posibilidades de satisfacción porque ni él era en realidad, desde los diez años, un hijo para su madre, ni su madre era tampoco, desde el momento en que enviudó por primera vez, una madre para él.

Para lograr esta doble finalidad –reencontrar a George en su hijo poeta y despertar en el hijo biológico el descendiente espiritual que no tuvo o no logró tener- su madre echó mano de todos los medios a su alcance: llantos, fingimientos, flirteos, mentiras,

chantajes. Repertorio siempre renovado. Dinámica emocional infatigable. La existencia de su madre comenzó a convertirse en una actuación teatral cotidiana. Ella, que se dice, se considera, se postula como “totalmente sincera”, siempre está representando un papel. Siempre se halla en busca, con su representación, de una respuesta de los otros. Fingir es tan natural en ella como respirar. Finge que se le va la memoria, que extravía objetos, que se torna prácticamente ciega, que la salud la abandona, que pierde la razón. Quien finge, sin embargo, que pierde la razón, ya, de algún modo, la ha perdido o empieza a perderla. No hay cuerdos que se finjan sistemáticamente locos. Este fingimiento lleva a una pérdida del sentido de realidad y a la ubicación del actor en la tierra baldía de la esquizofrenia.

A partir de la muerte del padrastro, las cosas fueron de mal en peor. Cuando, intentando reintegrarla a una relación familiar, se la llevaron Alicia y él a vivir con ellos, lo cual ocurrió alrededor de un mes, su madre se hallaba instalada en el estupor –en un estado de ánimo muy comprensible-, desorientada, perdida, sin saber qué hacer. Las alusiones a George eran reiteradas. La presencia del pasado inmediato, todopoderosas. Su subordinación a la dimensión proyectiva de la temporalidad, sus reiterados interrogantes sobre el porvenir, no habían predominado, como lo hicieron posteriormente, en su espíritu.

Cuando, poco después, se fue el poeta a vivir con ella, durante más o menos dos meses, al tiempo que las referencias a su perdido esposo fueron espaciándose hasta casi desaparecer, la pregunta insistente, machacona, insoslayable era la de: “¿qué voy a hacer con mi vida?”. “A ver, Enrique, ¿dime tú qué tengo que hacer”. “¿Oye, Alicia, cómo, dónde debo vivir? ¿No sería bueno que me internaran en una casa de ancianos? ¿No me convendría vender mis muebles e irme a alojar a un departamento pequeño que se hallara en un primer piso para no tener que subir tantas escaleras? Alicia y él trataban de responder con toda diligencia a estas preguntas. Se devanaban los sesos por hallar la solución. Analizaban las posibilidades y conversaban infatigablemente con ella sobre sus deseos. Pero era inútil. A ella le encantaban las preguntas pero le disgustaban las respuestas. Todavía más. Le fascinaba que hablaran de su porvenir, pero se irritaba cuando empezaban a tomar las medidas prácticas para llevar a cabo algo requerido por ella. Por otro lado, el hecho de vivir con él no la calmó, no le disipó sus inquietudes, necesidades y demandas. Su actitud pendular respecto a él –manifestaciones en extremo cariñosas que sucedían a muestras evidentes de odio y viceversa- se hizo más pronunciada. Como él no estaba todo el día en su departamento, ella se quejaba, se manera cada vez más angustiada, de soledad y abandono. Y aunque Alicia y él intentaron de nuevo atender a su

aparente deseo de hallarse acompañada –buscándole soluciones prácticas al problema- ella se hallaba cada vez más molesta, combinando, en su conducta, una extrema melancolía con una ira incontrolable. Por ese entonces, su hija Graciela le comunicó al poeta su deseo de dejar de vivir con su madre. Y a él se le ocurrió que posiblemente si vivieran juntas abuela y nieta podrían ayudarse mutuamente. Le comunicó su presunción a su hija y ella recibió con beneplácito la idea. Él volvió, pues, a su departamento de Adolfo Prieto y Graciela se fue a vivir con su abuela. Este cambio fue recibido por la autora de sus días con fingida condescendencia. Vistas las cosas a distancia, se puede decir, no obstante, que la permuta del hijo por la nieta no le hizo la menor gracia. Y que sus exigencias, sus protestas veladas, su inconformidad permanente fueron acrecentándose al grado de llegar a sus expresiones más exageradas y violentas, Fue entonces, en efecto, cuando intentó suicidarse por primera vez. La dosis de narcóticos estuvo bien calculada: ingirió las pastillas indispensables para demandar atención, preocupar a su entorno, arrojarlo al mundo de la culpabilidad, pero sin poner realmente en peligro su vida. Se trataba, por consiguiente, de un “suicidio” manipulador y chantajista. No dejó, sin embargo de preocuparles sobremanera a Alicia, a Graciela (su hija) y a él. Ya en vísperas de lo acabado de narrar, la convivencia entre Graciela y su abuela se había convertido en conflictiva. Su hija, que por aquellas fechas

atravesaba una fase depresiva, no podía oír, sin turbarse y conturbarse, las largas, fastidiosas y repetitivas tiradas de su abuela sobre la falta de sentido de la vida, el supuesto deseo de morir, la soledad eterna, la insinuación reiterada de que “lo mejor será que se me interne en un asilo de ancianos y dejar de ser un estorbo para ustedes”. Tras el intento de suicidio, que tuvo lugar el 14 de febrero de 1986 –día del amor y la amistad-, tomaron Graciela y él la decisión de intercambiar viviendas: ella se fue a su departamento y él volvió por segunda vez al lado de su madre. Sin lugar a dudas, con el regreso “del hijo pródigo” a casa, se inicia una de las peores etapas de la vida de su madre. Fase en la que, por así decirlo, ella, perdiendo todo límite y arrojándose a un mundo francamente esquizoide, da rienda suelta a un exuberante explosión de enojos, llantos, solicitudes, perversidades, incoherencias y, más que nada, al eje inconfesado de todo: un odio acerado por “el hijo incomprensivo, reencarnación del primer esposo y personificación, como éste, de la insensibilidad y el empleo, sin calor humano, de la razón”.

Aunque su actitud y la de Alicia fue nuevamente atender sus solicitudes –buscándole señoras que la atendieran, inscribiéndola en el Instituto Nacional de la Senectud, contratándole empleadas domésticas para que, además de no dejarla sola, le resolvieran los problemas de la alimentación y del

aseo de la casa –su madre, con la desesperación de no obtener lo “deseado” y angustiada, incluso, de no saber a ciencia cierta qué es lo que quería- se estrellaba, como pájaro ciego, en las barras de su jaula, de su patología, de su cerebro en llamas.

Por recomendación de Eugenio Chávez Rice (novelista y psiquiatra que no sólo es su pariente sino su amigo), tomó la decisión, por un lado, de que su madre fuera atendida por un médico (el Dr. Carlos Campillo) de reconocida solvencia y excelente persona (que encabezaba en Departamento de Psiquiatría del Sanatorio Español) y, por otro, respondiendo a otras sugerencias e inquietudes personales, de que tuviera pláticas con una psicóloga con la cual Alicia y él mantenían gran amistad.

Su progenitora ha estado sometida desde entonces a un tratamiento psiquiátrico. Las “pláticas de apoyo” no pudieron prosperar porque, después de la segunda, su madre se opuso tajantemente a ellas con la afirmación de que “aunque la psicóloga es muy simpática, buena y dulce persona, no me ayuda ni me sirve de nada”. Después de un amplio período en que intentó, auxiliado por Alicia, satisfacer las peticiones perpetuamente renovadas de su progenitora –fueron en pos de actividades recreativas y culturales que la pudieran distraer, investigaron qué “casas de retiro” le podrían agrandar y la

llevaron a conocerlas, le buscaron departamento, etc.-, y después de caer en cuenta de que en realidad no quería ninguna variación, decidió dejar las cosas como estaban. En su madre existía y existe, por consiguiente, esta paradoja: todo el día está demandando cambios, imaginando transformaciones, solicitando reacomodos; pero si se le toma en serio y, manos a la obra, se intenta llevar a cabo su requerimiento, tras de sentirse perdida, se hunde en la desesperación, la embarga la angustia y se vuelve con una violencia insospechada contra el que ha tratado de ayudarla. Pongamos el ejemplo de las “casas de reposo”. George era partidario de ellas. En sus últimos años hablaba de que, a partir de cierto momento, tanto él como su esposa deberían internarse en la que mejor conviniese a sus gustos e intereses. No tuvo oportunidad, sin embargo, de acudir a una de tales instituciones. Su muerte abrupta y sorpresiva se lo impidió. La madre del poeta compartía, al parecer, los proyectos de su esposo en el sentido de ir a vivir, a partir de cierto punto – momento vago e indefinido al que aludían los dos con la frase “cuando seamos verdaderamente ancianos”-, a un departamento o a una habitación de los expresamente diseñados por la iniciativa privada para la gente de edad. Una vez desaparecido George, la madre se puso a hablar, no circunstancialmente, sino de manera reiterada, no de vez en cuando, sino de modo sistemático, de la conveniencia y

necesidad insoslayable de dejar de una vez por todas el departamento en que vivía –al que caracterizaba como “costoso, sin elevador y en un cuarto piso, con un techo por el cual se filtra el agua de la lluvia”, etc.- e instalarse en una “casa de reposo para ancianos”. Al principio, con la renuencia típica, muy “a la mexicana”, por este tipo de soluciones y con la vaga sospecha de que su madre no deseaba en el fondo cambiar su departamento por una habitación en un asilo para ancianos, Enrique se opuso tajante y reiteradamente a dicha petición. Pero su madre insistió tanto en su solicitud, lo hizo de manera tan reiteradas y compulsiva –uniendo a la expresión machacona y cotidiana de su deseo de irse a vivir a una “casa de ancianos”, la sugerencia, cada vez menos velada, de que él era el principal obstáculo para la realización de su anhelo-, que el poeta tomó la decisión de darle gusto lo más pronto posible. Se dio a la búsqueda, entonces, apoyado como siempre por Alicia, de un lugar que satisficiera los requerimientos maternos. Pero cuál no sería su sorpresa cuando, después de visitar tres o cuatro lugares (en compañía de la madre y de Alicia) para ver si alguno le agradaba, ella le espetó: “resulta claro que lo que tú quieres, Enrique, es internarme en una ‘institución para gente de edad’ para deshacerte de mí”... Tras este comentario, malévolo e injusto, Enrique no volvió a tomar en serio la eterna cantinela de su supuesto deseo de ir a habitar “una casa de reposo para gentes de edad”. Este nuevo

hacerse oídos sordos a su petición, siempre renovada, de internamiento, fue el factor principal, en apariencia, para que se iniciara una etapa de relativa calma que se extendió aproximadamente del principio de julio de 1986 al final de agosto. Durante esos meses, sin embargo, ella no abandonó el ritornello de la queja, la búsqueda de atención, la cuidadosa confección de un mundo elaborado en todos sus detalles para despertar la conmiseración ajena. Dio en hablar, por ese entonces, de que Eugenio, su sobrino –que vive en EE.UU. y que siempre se ha preocupado por la salud física y mental de ella-, vendría a México a “salvarla”, porque él sí la comprendía, porque él sí entendía los requerimientos, vivencias y deseos reales que la embargaban, a diferencia de su hijo –el cual sólo “cumple” (entre comillas que ella graba nerviosamente con los dedos índice y medio de ambas manos) con sus deberes, su moralidad o su conciencia, pero sin poner en ello el afecto y el calor humano requeridos. Eugenio arriba a la ciudad de México en los últimos días de agosto. La madre del poeta se siente entusiasmada, con la exaltación de quien piensa que por fin ha llegado alguien capaz de resolver sus más hondos problemas existenciales. “Entre Eugenio y yo –gustaba decir, repetir con insistencia- hay una profunda corriente afectiva que se estableció desde que Gene era un joven adolescente, estudiante de medicina y escritor en ciernes. Recuerdo que en cierta ocasión, cuando Anita (mi

hermana) lo reconvenía por descuidar sus estudios y dedicarse a las letras y a la bohemia, yo, sin decir esta boca es mía, le tomé la mano, se la apreté en señal de solidaridad con su comportamiento y su vocación, mientras él elevaba sus ojos sorprendidos hacia mí como diciendo: “ah, Mary, tú sí me comprendes”. Las pretensiones de la madre del poeta de que el arribo de Eugenio la ayudara “a salir de la depresión” en que vivía permanentemente, pronto se le volvieron humo. Y la razón de esto estriba, al menos en parte, en que de buenas a primeras le dijo a Eugenio que él, que la comprendía, que era médico, que no podía permitir que siguiera sufriendo, debía proporcionarle una inyección con algún líquido letal para terminar de una vez por todas con el mundo infernal en el que se hallaba arrojada. La respuesta de Eugenio fue no sólo de un rechazo tajante de tal cosa, sino de continuar hablar de esa posibilidad. “Soy doctor en psiquiatría, mi querida Mary. Me comprometí, al recibirme, con el juramento de Hipócrates. Yo, ni ninguna otra persona de las que te rodean, podemos arrogarnos el derecho de atentar ni contra tu vida ni contra la de nadie. Por favor, por lo que más quieras, ya no sigas hablando de ello”. Mis ideas acerca de la muerte asistida han cambiado desde hace tiempo (escribo esto en 2007). Creo que en aquella época coincidí con Eugenio, hoy no me hallo tan seguro...Eugenio trató de ayudarla de otro modo. Le preguntó por su situación económica, ambiental,

afectiva. Y tras de investigar acuciosa y amorosamente cuáles eran sus deseos, llegó a la conclusión -tras de escuchar de los labios de su tía el “cuento de no acabar” de que deseaba irse a vivir a una “casa de ancianos”- de que lo fundamental era poner manos a la obra, dejarse de titubeos, y llevar a cabo el cambio, pero ya, a una de esas instituciones. Aunque el poeta había entrevisto, como dije, la permanente incongruencia entre lo que su madre decía y lo que de hecho deseaba, la verdad es que se dejó llevar por el pragmatismo de que hacía gala Eugenio y se sumó a su propósito, dada la inminencia de su retorno a EE.UU., de tratar de resolver la cuestión mencionada a la mayor brevedad posible. La madre de Enrique empieza entonces a ver con reticencias a su sobrino. “Eugenio tampoco me comprende”, empieza a decir. “Eugenio se ha pasado al partido de Enrique”, afirma encolerizada. A pesar de que el primo detecta el cambio de la madre, piensa que lo mejor es acelerar los trámites para que deje el departamento en el cual vivía, y sigue viviendo, y se hospede en “Villa Azul”, una casa de reposo para gentes de edad que habíamos visitado por entonces y que, al parecer, había resultado del gusto de la autora de los días del tercer Enrique. La madre se sentía, supongo, como alguien a quien se ha cogido con los dedos en la puerta: había insistido tanto en que su deseo mayor era el de vivir en un asilo para ancianos que, al momento en que se le presentaba tal posibilidad, no podía retractarse,

argüir que mejor no, afirmar que había estado diciendo desear algo que no correspondía a lo anhelado en su fuero interno. Los trámites para irse a habitar a “Villa Azul” estaban, empero, muy avanzados. Lo único que faltaba, al iniciarse el día 29 de agosto, era hacer el examen médico que la institución requería para todos sus nuevos clientes. Eugenio, que estaba viviendo en el departamento de su tía, le dijo a Enrique, al llegar éste por la mañana del día en cuestión, que su tía Mary se había despertado sumamente enfadada, nerviosa, colérica. Y que la razón no era otra, creía, que la amenaza inminente del cambio. Controlándose, sin embargo, hasta cierto punto, la madre invitó a su hijo a tomar una taza de café, mientras ella y el primo se desayunaban. Enrique aceptó de buen grado. Y se puso a conversar en la mesa del comedor con Eugenio mientras ella preparaba el café prometido.

Entonces ocurrió algo extraño y sorprendente que Enrique no podrá olvidar jamás: la autora de sus días y sus desvelos, con un gesto enigmático, se acercó a él tendiéndole un pequeño plato en el cual reposaba, arrastrando una aromática y espesa nubecilla, la taza con el famoso café. Como él se hallaba distraído, Eugenio hizo el ademán de tomar el pequeño plato que la madre ofrecía a Enrique; pero ella lo separó rápidamente de su sobrino y lo

puso prácticamente en la mano de su hijo. Al momento de tocarlo, Enrique se dio la quemada del siglo, como se dice. Ante el gesto de dolor, y la acción de dejar precipitadamente el plato en la mesa, Eugenio, sorprendido, llevó sus dedos a éste y al sentir, al igual que el primero, el dolor de la quemadura, espetó a su tía: “¡Pero Mary, el plato que le has dado a Enrique está ardiendo!”, a lo que respondió ella: “¡qué crees tú que yo no me venía quemando?”. Esta anécdota, en apariencia irrelevante, se vuelve, sin embargo, extremadamente reveladora: con quién sabe qué grado de lucidez la madre quiso quemar a Enrique con un plato que previamente se había calentado en exceso entre las parrillas de la estufa... La respuesta que dio ella a la interpelación indignada de Eugenio, muestra que no todo ocurrió en el nivel del inconsciente. Es una historia que evidencia que en el ánimo de la progenitora se había ido construyendo, no se sabe cuándo, un intenso odio por el hijo “rebelde e incomprensivo, frío e incontrolable”, por el hijo que estaba a punto “de internarla en un asilo de ancianos”. Ese mismo día, al quedar solo con ella, ésta empezó a dirigir a Enrique un discurso orientado hacia lo que supuestamente deseaba que se hiciera con sus bienes materiales en el caso de que llegara su última hora, “el día menos pensado”. Hacia las 13 horas, cuando finalmente se despidió el poeta de su madre, ésta, con tono lúgubre preñado de sugerencias y amenazas, le sentenció: “adiós Enrique, ya

verás lo que va a suceder”. Él se fue a casa de Alicia, pero no pudo eliminar de la mente ese “verás lo que va a suceder”. En la tarde vio a Eugenio, le reveló sus inquietudes y coincidiendo ambos en que había nubarrones en el cielo y huracanes en el horizonte, volvieron al departamento de la madre, para encontrarla ya inconsciente tras de ingerir una nueva y al parecer más fuerte dosis de pastillas. Se trataba del segundo intento de suicidio.

¿Cómo explicar el comportamiento de mi madre? ¿Será la psicología o la sociología quienes me ayuden a entenderlo? A decir verdad, no puedo responder satisfactoriamente al interrogante de: ¿qué debe la conducta de María Luisa Rice Iturriaga a su carácter o a su medio ambiente? ¿Será esencialmente uno de estos factores (o los dos) el que ha determinado sus actos en la fase postrera de su vida? Es cierto que las circunstancias que habitualmente la acompañaron en el discurrir de su existencia, no fueron ni son amables y tranquilizadores; pero en términos generales condiciones ambientales como las que la han rodeado, y aún peores y desoladas, son asumidas con mayor entereza o menor patología por otras personas. Mi madre, en cambio, quizás por su fragilidad y desamparo, por su carácter sensible o su necesidad enfermiza de afecto y reconocimiento, ha respondido a ellas de

modo que se antoja incomprensible, enfermo, desproporcionado. Es obvio que, al escribir estas páginas, me hallaba bajo la impresión inmediata de los problemas de mi madre y de sus contradicciones conmigo. Hoy veo las cosas de otro modo: con mayor serenidad e intentando comprender a mi madre y sus acciones a la luz de su difícil e ingrata biografía. Debo confesar, o confesarme a mí mismo, que no estoy seguro de haber conservado siempre la ecuanimidad. Los arrebatos de mi madre, sus pobres astucias, sus iniquidades de siempre, están destinados, no puedo ignorarlo, a producir en mí cierto efecto. Y la verdad es que no pocas veces ha logrado y sigue logrando su objeto. Por más que he pretendido trazar una raya que me separe de ella, por más que hago “votos de frialdad” y trato de cerrar filas con la indiferencia, no puedo permanecer al margen del problema. A veces me enojo, me inquieto, me desespero. Mi madre querría de mí –o al menos en ese sentido va en apariencia una de sus demandas más insistentes- un hijo amante, tierno, cariñoso. Y yo no soy, no puedo ser, no me es dable serlo, un tipo de hijo tal. Habiendo discurrido mi vida, desde los diez años, sin la presencia materna, de pronto me cayó una madre –y qué madre- de los cielos, y no sé qué actitud asumir frente a ello.

Suicidios frustrados o fingidos. Amenazas de autoaniquilamiento frente a mi incapacidad, resistencia o frialdad para responder afectivamente en el nivel requerido. La historia vuelve a las andadas. Levanta el castillo del eterno retorno. Graciela, mi ex esposa, atentó contra su vida dos veces. Y yo era el culpable. Maricela fingió llevar a cabo otro tanto en innumerables ocasiones. Y yo era el motivo de ello. Mi madre tiene en su haber un par de intentos, sin contar la amenaza permanente de repetir su propósito. Y yo soy es el responsable.

No sé qué le reserva el futuro a mi progenitora. Ni tampoco, por consiguiente, qué me reserva a mí. Estoy convencido, sin embargo, que no es nada bueno, ni tranquilo, ni consolador...

III

Las páginas precedentes fueron pergeñadas no hace mucho tiempo. Después de los puntos suspensivos con que finaliza la última frase del escrito, descansó la pluma. Hoy la retomo, y la retomo condolido y lacerado. Hace exactamente una semana que falleció mi madre. Murió el 27 de octubre de 1987. Al menos en apariencia, logró finalmente su propósito: dejó la existencia como resultado de la injerencia de una dosis elevada de barbitúricos. Sustrajo las pastillas del lugar donde Nancy –una amiga norteamericana que estaba viviendo con ella- las había escondido. A Alicia y a mí nos hizo creer que, en compañía de Nancy, partiría a Taxco a pasar el fin de semana. A la enfermera que la cuidaba le dijo lo mismo. A Nancy le dio una distinta versión: que se iría con una amiga. Resultado: creo las condiciones para quedarse sola y poder atentar contra su vida. Los fármacos no fueron, sin embargo, la causa directa de su deceso. Al parecer, la dosis exagerada de somníferos y el instinto de conservación hicieron, respectivamente, que se recostara inicialmente en su lecho y se levantara después. Su lucha por la sobrevivencia le dejó marcada a lo largo del cuerpo varias heridas que denotaban su pugna por erguirse desde el lugar del

suelo al que cayera y quizás solicitar ayuda. Finalmente quedó tirada en el piso entre la pared y una lámpara. Así la halló Alicia.

Cuando la internamos en el Sanatorio Español, nos enteramos que la sobredosis de pastillas no representaba un serio peligro para su salud; pero que el hecho de estar expuesta al frío durante tres días, le había hecho contraer una neumonía en extremo severa. Los antibióticos que le dieron para combatir esta infección pulmonar surtieron efecto y una semana después de hallarse en el hospital la neumonía cedió del todo. El peligro parecía haber desaparecido. El médico internista pensó desde el 26 de octubre darla de alta. Pero hacia las 8 de la mañana del 27, y estando acompañada por dos enfermeras y por mí, sobrevino el desenlace. A poco de preguntarle cómo había pasado la noche y leer en sus labios: “la pasé muy mal” –sus últimas palabras-, percibí en su rostro un color amarillento y le sentí las manos heladas. Salí precipitadamente a la búsqueda del médico de guardia. El internista llegó en ese instante. Y el grupo de terapia intensiva inició su trabajo. Pero todo fue inútil.

Murió tranquilamente, sin aspavientos ni estertores. Es cierto que se fue como un Santo Cristo, con heridas por todos lados, con un cuerpo en el que no habían cerrado aún los labios las cicatrices. Pero murió sin darse cuenta; rápidamente; saltándose, por así decirlo, la agonía.

Durante sus últimos días –del 19 al 26 de octubre de 1987- se vio incapacitada para hablar. Emitía sonidos bucales, pero no se le escuchaba. Movía incesantemente los labios. Casi me atrevería a afirmar que nunca habló tanto mi madre como en aquellos días. Hablaba y hablaba. No sé qué tanto quería decir. Intentamos descifrar lo que murmuraba, lo que nos deseaban comunicar –si ése era su deseo-, pero en general no la entendíamos. Estaba en extremo molesta, adolorida, cansada de las sondas y la camarilla de oxígeno. En una de las noches en que me quedé a acompañarla, se estableció, para darle algún nombre, una verdadera batalla campal entre mi madre y yo: ella pugnaba denodadamente por arrancarse las sondas y bajarse de la cama y yo por no dejarle hacer ni una ni otra cosa. A cada instante frustrado, me lanzaba una inolvidable mirada de odio. En esa lucha entre ambos, he creído ver un símbolo de la relación que, durante los dos últimos años, mantuvieron el que esto escribe y su progenitora.

En el acta de defunción, el médico hace notar que mi madre, a más de la neumonía que padeció, y de la embolia que terminó con su vida, sufría de una arterioesclerosis cerebral de por lo menos cinco o más años. La tomografía que se le tomó en esos días revelaba tal padecimiento.

Este diagnóstico explica, en buena medida, la actitud de mi madre. El deterioro de las arterias que irrigan el cerebro –y la escasez de sangre a ello aparejada- puede aclarar la razón de sus obsesiones, olvidos, miedos y depresiones. Puede esclarecer, asimismo, ciertos problemas de conducta que de otra manera permanecerían oscuros e inextricables. Pero no lo explican todo. Tal vez por mi lejana vinculación con la filosofía existencial y con su afirmación rotunda y decidida de la libertad ontológica del hombre, me he resistido siempre, y sigo resistiéndome, a considerar a los individuos –aun muchos de los enfermos mentales- como desprovistos totalmente de libertad y reducidos a actuar, de modo necesario, en la forma en que lo hacen. Salvo casos extremos, creo, estoy convencido de que, en medio de tales y cuales condicionamientos físicos y sociales, el hombre posee un margen de libertad, de opción, de responsabilidad. El comportamiento de mi madre se explica por las difíciles circunstancias en que discurrió su vida y por la arterioesclerosis que la fue invadiendo hacia los últimos años de su existencia; pero ciertas actitudes, perversidades, manipulaciones, son obra, me parece, de su libertad, su decisión, su querer que fueran así las cosas. ¿Qué se trataba de una decisión condicionada o de una “libertad en situación”? No lo dudo. Pero la libertad por condicionada que esté sigue siendo libertad.

Por lo que acabo de escribir, se podrá comprender que el “procesamiento del duelo” de la muerte de mi madre me ha resultado, y me sigue resultando, especialmente difícil. Máxime en una época en que, por carecer de conocimientos psicoanalíticos, me hallaba incapacitado para entender no sólo la conducta perturbada de mi progenitora, sino mi reacción ante ella. A veces pienso que tal o cual acto de mi madre, por negativa que fuese, por cargada de odio hacia mi persona que apareciera, respondía a su situación, a su condicionamiento físico, a su deterioro cerebral. Pero en otras ocasiones pienso que esa misma manera de actuar, o alguna de las muchas análogas, se generaba en su decisión, su cálculo o su perversidad. ¿Qué le debía el comportamiento de mi madre a la necesidad o al libre albedrío? No lo sé. No lo sabré nunca. María Luisa Rice Iturriaga fue una gran manipuladora. Identificaba su yo con el centro del mundo o el ombligo del cosmos. Nada le importaba en el fondo sino su persona. Y cuando volvía los ojos hacia sí misma se hallaba, me imagino, con una gran oquedad, un vacío sin límites, una pequeña nada envuelta en su cada vez más enflaquecido envoltorio corporal. El fin de su vida, durante sus dos últimos años de existencia, no consistía en pasarla lo mejor posible, evitar el dolor, buscar el verdadero cariño, disfrutar, en la medida de lo posible, la buena salud y la nada desdeñable posición económica en que se hallaba, sino en llamar la atención,

despertar lástima, sentirse (apoyada por la conmiseración ajena) la persona más triste, golpeada, infeliz de todas las que han advenido a este valle de lágrimas. Si este era el fin, el objetivo – consciente o no- de su vida, los medios para obtenerlo eran todos aquellos actos, palabras insinuaciones que indujesen a los otros a la aprehensión del propósito citado. Mi madre se presentaba como una mujer muy enferma, víctima cada día de nuevas y peores dolencias. Se fingía pobre, sin un centavo en la bolsa. Y lo peor de todo, lo más desgarrador e impresionante: se mostraba ante los otros, además de pobre y enferma, de viuda y anciana, como una mujer odiada por su hijo, regañada, incomprendida, vejada y hasta robada por él.

Después de fallecida mi madre, me he enterado plenamente – digo plenamente porque ya tenía, desde luego, una vaga idea de ello- de la labor de desprestigio de mi persona que llevó a cabo entre la mayor parte de sus amistades o de las personas que la frecuentaban. A tal grado llegó esta actividad, que el día del velorio y el sepelio de mi progenitora, me llegó el rumor, corroborado por la experiencia, de que varias de sus más “íntimas” amigas habían tomado la decisión de no darme el pésame como protesta del trato cruel, inmisericordioso e incomprensivo del hijo. Esta “huelga de pésames” que

organizaron tales personas, verdaderos buitres que se alimentan de la carroña de la maledicencia, las pinta de cuerpo entero. Pero como esto pertenece a “la historia universal de la infamia” lo voy a dejar de lado...

REFLEXIONES SOBRE EL ACTO DE PERGEÑAR UNAS MEMORIAS Y LA COMEDIA DEL YO.

Tratar de ocultar el propio corazón

será siempre un mal sistema para leer

en el corazón de los demás.

J.J. Rousseau

En diversas ocasiones, he sentido el deseo de escribir mis memorias. Varias son las razones que, hasta este momento, me habían impedido llevar a cabo este proyecto que –de manera más o menos oscura al principio, y de modo más nítido después– fue incubando gradualmente en las anfractuosidades de mi cerebro. La necesidad de dar término a mi poemario Para deletrear el infinito, mis textos de filosofía, mi actividad política, mis clases y conferencias, mis recitales o simplemente los avatares cotidianos, son algunas de las causas más visibles que me habían impedido hasta ahora levar anclas y zarpar al viejo sueño. Pero encima de estas ocupaciones y preocupaciones, hay una razón, de mayor peso, que me retenía la mano a la hora en que ésta intentaba una y otra vez tomar la pluma, asediar la hoja

en blanco y dar inicio a mi autobiografía. Se trata de la falta de claridad que he tenido respecto a la esencia del género en cuestión. Las memorias, en efecto, han representado un problema, arduo e inextinguible, para mí. Se supone que el que va a relatar su vida, se dispone a realizarlo con plena veracidad o, al menos, guardando cabal fidelidad a la idea personal que posee o que ha acabado por hacerse de sí mismo. Pero ¿hasta qué punto se puede y se debe decir la “verdad”? Escribir la verdad, toda la verdad, lo que ha ocurrido ciertamente, o lo que se ha pensado, creído, supuesto sobre lo que ha ocurrido, tal vez es imposible. Sería un acto cínico, desvergonzado o enfermizamente ingenuo. La literatura de un demente o un Robinson enloquecido. O quizás el testamento de alguien que desea despedirse del mundo con un estruendoso portazo.

El tercer Enrique carece de esos tamaños. No se siente capaz ni convencido, entonces, de la necesidad de soltar, a todo pulmón, la “verdad entera” sobre él, su familia, su compañera, sus amigas, sus amigos, su medio ambiente. Además, decir la “la verdad toda”, si ello es posible, y no lo es, carece de sentido porque hay verdades y verdades: verdades escabrosas pero irrelevantes y verdades esenciales e imprescindibles que interesa destacar por múltiples razones.

Mi decisión de poner manos a la obra descansó en el hecho de que, finalmente, adquirirí o creí adquirir cierta claridad de lo que a mi entender debe plasmarse en un libro de memorias. Hablar con la verdad, sí; pero rehuir las confidencias inútiles y las revelaciones de mal gusto.

...

El escenario el mundo y el elenco de la humanidad son las dos piezas fundamentales de la comedia. El globo terráqueo es el espacio en el cual discurre nuestro tiempo. Cada uno de nosotros, tras de ser arrojado a la realidad, se ve en la obligación de desempeñar un papel y desmenuzar un parlamento. Pero un papel que no ha sido escrito con anterioridad, sino que, en esencia, debe ser concebido y actuado a medida que se desenvuelve. Cada individuo es, así, el comediógrafo y el comediante de su propia comedia.

Hay, sin embargo, comedias y comedias. La Divina parece ser, antes que nada, un viaje de ultratumba, una odisea de las almas, la travesía hacia la salvación. Pero esta dimensión del poema se encuentra acompañada, por obra y gracia del símbolo, de un contenido más terrenal e inmediato. De ahí que Francesco de

Sanctis escriba que: “El otro mundo es figura del mundo moral. El infierno es figura del mal y del vicio; el paraíso del bien y de la virtud, y el purgatorio es el tránsito del uno al otro estado mediante el arrepentimiento y la penitencia...La representación del otro mundo es, pues, en sustancia, la historia moral del hombre, del modo como la encuentra cada uno, aquí abajo inclusive, en el fondo de su propia conciencia. Cada hombre tiene dentro de sí mismo su infierno y su paraíso”.

Al parecer, Dante escogió el nombre de Comedia –el adjetivo de Divina es obra, como se sabe, de uno de sus editores- para diferenciarla de Tragedia. En tanto, en efecto, la Tragedia comienza bien y termina mal, la Comedia comienza mal y finaliza bien. Es importante subrayar, por otro lado, que, además de su aspecto escatológico y de su simbolismo moral, la Divina Comedia presenta otro elemento que me interesa destacar: la presencia de un guía (Virgilio en el infierno y en el purgatorio, Beatriz en el paraíso). Probablemente escoge Dante al poeta mantuano como su guía por tres razones: porque Virgilio es, para la Edad Media prerrenacentista, la más alta expresión de la poesía filosófica de la antigüedad, porque el autor de las Églogas y la Eneida era considerado como un puente entre el paganismo y el cristianismo y por el amor que ambos poetas tenían por

Roma: por el Imperio romano fundado por julio César el primero; por la gran ciudad italiana del siglo XIV el poeta florentino.

Balzac torna al tema de la Comedia. Pero la Comedia humana implica la secularización de todo viaje. La obra de Balzac –el haz de novelas en que se retrata toda una sociedad- es hija de la modernidad, el elan romántico, el realismo. También, desde luego, del capitalismo en ciernes. No solamente hay en la producción del gran realista francés un desplazamiento del más allá por el más acá, sino del sistema ecuménico de la cristiandad y sus implicaciones morales, por la concepción del individualismo decimonónico y de la lucha de todos contra todos. Balzac ya no ve la Comedia desde la perspectiva de una concepción providencialista y de una ética universal fincada en la revelación, sino desde un enfoque estrictamente humano, desde un punto de vista que, independientemente de los prejuicios ideológicos del novelista, coloca en primer término lo terrenal, los intereses contrapuestos, el rejuego del poder, las clases sociales, los sentimientos que adornan o envilecen a las criaturas. Para Balzac, para el novelista que deja en casa sus opiniones, para el escritor que decide reproducir en el papel lo que ocurre en el escenario de la realidad, ya no existe un allende contrapuesto al mundo y válido para todos, ni una moral que dicta sus imperativos desde el risco de la universalidad, sino un estado de

cosas en que chocan las concepciones del mundo que traen consigo los individuos y entran en colisión las motivaciones mortales y los intereses particulares de los hombres. No hay entonces un viaje al más allá ni un seguro itinerario moral, sino que hay tantos viajes como hombres existen. Y lo mismo hay que decir de la ética: hay una explosión de la moral universal y una aparición de multitudes de morales fraccionadas. Pero hay otra diferencia con el autor de la Divina Comedia. Para Balzac el viaje terrenal que conlleva la vida de cada quien, se hace sin una guía, sin un Virgilio. O, mejor: se hace teniendo cada uno como guía a su propia responsabilidad, a su libre arbitrio o, lo que tanto vale, a los prejuicios, fines e intereses que impulsan, en un contexto social determinado, a los hombres.

Mis memorias quieren ser de nuevo una comedia. Pero no una comedia vista a partir de lo trascendente, como en Dante, ni a partir de los hombres o de la sociedad, como en Balzac, sino a partir de mí mismo. Dejémonos de circunloquios: decidirse a escribir un libro de memorias es arrojarse de lleno, literariamente hablando, al universo del egocentrismo. Pretendo redactar, entonces, una suerte de tercera comedia, tenérmelas que ver con la tercera posibilidad de enfrentar la comedia. Se trata de vociferar en primera persona. La comedia del yo guarda distancia –una distancia infinita, indeletreable- con respecto a la

Divina Comedia. Es una comedia en que no aparecen ni la divinidad, ni la moral cristiana, ni un guía, ni, en fin, un proceso dramático que comienza mal pero termina bien: con las fanfarrias de la salvación y la luz eterna de la beatitud. El yo de mi comedia es un yo más cercano al de Stirner, de Nietzsche, de Marx o de Freud que al de San Agustín y su *Civitas Dei*. Un yo que es el único y su propiedad, una conciencia rodeada por ese mundo de pulsiones insospechadas que es el inconsciente, un ser arrobado, en una palabra, por la lucha de clases y el combate contra el poder. Pero es una comedia en que tampoco prevalece el hombre o la sociedad. Este libro no tiene pretensiones sociológicas. Sólo aparezco yo. Un yo que ese roba la escena. Pero también, de algún modo, porque resulta insoslayable, mi circunstancia. Y mis vacilaciones. Mis torpezas. Mis aciertos. Mis deseos y mis temores,

DOS

PRIMER AMOR

Graciela, su primer amor, entró en su vida cuando eran muy jóvenes. Primero lo hizo como mujer –en el doble sentido de la mujer ideal vislumbrada por su platonismo y de la mujer de carne y hueso vivida por el quíntuple balar de sus sentidos- y después, o simultáneamente, como la restitución de la presencia materna, la ternura y el regazo. Así como en algunas telas de Mantegna o Giotto, de Rafael o Rembrandt se descubre con el tiempo que, detrás de la realización artística, hay otra pintura, velada por la creación definitiva, y a la espera de que la complicidad de un ojo con el tiempo la revele, fue advirtiendo en Graciela que detrás de la mujer (como idealidad o deseo) se hallaba, agazapada en su apariencia y escondida en sus entrañas, la imagen materna. Fueron novios durante seis años. Como dos chiquillos que sólo tomados de la mano deciden internarse en un bosque repleto de venturosas promesas y de oscuras amenazas, creyeron en la santísima dualidad y emprendieron la marcha. En un claro del tiempo hallaron, antes que nada, la presencia seductora y serena, nerviosa y apasionada, de la música. Y en

una alianza, constantemente renovada, de ojos, manos y oídos, se dedicaron de tiempo completo a hacer excursiones a Bach y Händel, días de campo a Haydn, Mozart y Beethoven, veladas a Schumann, Wagner y Brahms. El Concierto en mi menor de Mendelsohn le desordena todavía las entrañas. Esta época quedó plasmada en los siguientes versos:

Este primer amor
surgió, no se me olvida,
en medio de una hermozart
sonata para piano.

Maduró en un allegro vivaldísimo
y creció al descubrir que
Claudio Aquiles
escribía su música,
la nuestra,
en clave de luna.

Y este otro:

Recuerdas nuestras citas
con el Reloj de Haydn concertadas.
Recuerdas los paseos
en busca de un cucú y un ruiseñor
(sobre el órgano verde de un encino)
en los Pinos de Roma?

¿Recuerdas esas piezas,
canciones sin palabras,
para piano y silencio, para piano
y una cantante muda a la derecha?

También concertaron sus almas en la literatura. Inter-cambiaron libros, emociones, imágenes y palabras. Ella fue su inicial lectora y crítica. Los primeros ojos ajenos que caían siempre sobre sus requiebros, torpes y desaliñados, a las musas. Él no recibió de herencia una casa en el Pedregal o las Lomas. Tampoco una

cuenta bancaria. En el testamento de su padre, si es que lo hizo, no hubo una sola cláusula que le permitiera ir robándole centímetros a los demás desde la torre de su superioridad económica. Recibió de herencia únicamente un manojo de palabras. Heredó, por ejemplo, la palabra “llueve” y el verbo “mover”; recibió el vocablo “naturaleza” y el sustantivo “tristeza” Y un día, su mente infantil, que apenas había rebasado los diez años, barajó de tal manera estas alocuciones que resultó:

Lloro...llueve.

Suspiro... y el viento

se mueve.

¿Por qué esta imitación, naturaleza?

¿Quieres ser el espejo

de mi tristeza?

El milagro estaba hecho. Adquirió conciencia de su vocación. Gustaba de encerrarse, por qué no, en la recámara que ocupaba en la casa del abuelo y, aislado de todos, sacar sus criaturas, sus imágenes y secretos y empezar a llenar la alcoba de palabras. Los primeros juegos de éstas, que más bien deberían llamarse sus

iniciales juguetes, eran la ingenuidad misma: palabras enamoradas unas de otras al grado de cohabitar en las más vulgares rimas. Pero después se fueron haciendo perspicaces, astutas e intencionadas y perdieron la inocencia. Lo que más le ha alejado de la niñez ha sido en ocasiones no la edad sino ciertas palabras. Y no se refiere sólo a la literatura, a la poesía, o al hecho de deletrear tal o cual imposible. Habla de vocablos con los que nos mentimos, manipulamos, mordemos. Las palabras nacen diciendo, diciéndonos la verdad; pero después se retuercen, adquieren autonomía y consistencia, astucia y mala intención. Su conciencia, con un lápiz sobre la oreja, se pasaba horas y horas frente a su retorta de palabras. Usaba una cuchara gigantesca y las movía lentamente, cocinándolas a fuego lento. Arrojaba a continuación ideas, sentimientos, experiencias a la enorme cacerola. Después se dedicaba a revolver de nuevo la pócima y una vez cumplida esta faena, la brujería estaba consumada. Y salía un poema, un poema breve, del tamaño del dedo meñique, o un poema largo, casi epopéyico, que requería lectores que viviesen siglos. Graciela era en extremo paciente con este aprendiz de brujo.

Te casaste con Graciela unos días después de muerto tu abuelo (1952). Fue un matrimonio civil, no religioso. Aunque Graciela

era muy católica cuando la conociste y en los primeros meses de tu noviazgo, las lecturas que realizaron, las conversaciones interminables que sostuvieron, y una sensibilidad mucho más estética que religiosa, provocaron en ella un radical alejamiento de sus creencias infantiles y una plena coincidencia con tu indiferencia en materia religiosa y hasta con los devaneos jacobinos que te caracterizaban. Cuando te decidiste a pedir su mano, llegaste a casa de tus suegros pertrechado de una argumentación más o menos preparada en el siguiente tenor: “Don Guillermo vengo a solicitarle la mano de Graciela. Si no hay inconveniente, desearíamos su hija y yo, casarnos por lo civil y no por lo religioso. Ni Graciela ni yo somos creyentes; un matrimonio por la iglesia se llevaría a cabo no de acuerdo con nuestras más íntimos pensamientos, sino tomando en cuenta consideraciones sociales, convencionales o de otra índole. Respetamos de tal manera las creencias de la iglesia que no estamos dispuestos a actuar frívolamente y prestarnos al tradicional juego de burlarnos de la esencia de un sacramento y desacreditarnos moralmente al actuar, en el plano de los principios, en contradicción con nuestras convicciones”. Nunca podrás olvidar la impresión que causó en el ánimo de tu futuro suegro una tirada semejante.

La doble significación de Graciela, la ambigüedad que representaba para las partes oscuras, enlamadas y húmedas de tu espíritu –ser la mujer y la madre reencontrada-, se te quebró a lo largo de los años.

Mónica llegó encarnando toda ella a la mujer, a la contraparte femenina del varón, al polo emotivo y sensorial de la pareja. Tu tacto, adormecido, sufrió un sacudimiento. A la postre, el encuentro con un espacio amoroso despojado de transferencias, con la mera atracción de los imanes, hizo que, en tu lenta “esquizofrenia”, la mujer quedara del lado de Mónica y la madre transferida del lado de Graciela. Cuando la relación de Mónica se te vino abajo (porque no te sentiste capaz de derribar los muros de los prejuicios), rompiste en tu interior también con Graciela, y se inició, así, una larga marcha: la del infante pródigo que, con un cordón umbilical invisible, y con una mochila cargada de sentimientos de culpabilidad, parte hacia su propio encuentro.

OPINIONES DE MI ABUELO SOBRE MIS PRIMERAS POESIAS

Mi vocación poética, muy tempranamente aparecida, se vio afianzada involuntariamente por mi abuelo. Recuerdo con toda claridad que una tarde nos hallábamos conversando él, mi tío Héctor y yo, que andaba por los dieciocho años, en torno de una mesa que se encontraba al centro de la biblioteca. Como era habitual entre nosotros, probablemente tocábamos el tema literario. Eran frecuentes, en efecto, nuestros comentarios sobre escritores, corrientes, libros. Unamuno, Azorín, López Velarde, Carlos Pellicer, etc., aparecían recurrentemente en nuestras pláticas. Nunca escaseaban mis preguntas. Por esas conversaciones sé de las opiniones íntimas de mi abuelo. Su amor por la literatura francesa y los clásicos españoles. Por estos diálogos, que lindaban con la confidencia, me enteré de sus “simpatías y diferencias”. En eso estábamos cuando, recordando que tenía no sé qué compromiso, me levanté, dejé sendos besos de despedida en las mejillas de mi abuelo y mi tío, y salí de la biblioteca hacia la sala. Decir sala es atenerme a una convención familiar, porque en realidad, atestada como estaba de libreros, no era sino la continuación de la biblioteca. Al entrar, pues, a la sala, no sé por qué de pronto me atrajo la atención un libro (no

recuerdo cuál) que se hallaba a la mitad de un anaquel. Lo tomé, y para hojearlo cómodamente me senté en un sofá –uno de los tres sofás color vino que constituían el mobiliario fundamental de la sala- cuyo respaldo ocultaba mi presencia ante mis familiares. Mi abuelo, suponiendo que yo había ya partido, enderezó la conversación con mi tío hacia mí. Yo levanté la antena, y escuché las siguientes palabras: “Este Quique se interesa apasionadamente por la poesía y la cultura en general. Sus poemas, titubeantes, en proceso de búsqueda, revelan indudable talento. Creo que sus versos muestran que está mejor orientado en el sentido de su vocación y estilo, que yo, cuando contaba con la misma edad. No lo dudo ni un momento: mi nieto ha heredado la ponzoña lírica”. En este instante, me levanté ruidosamente, pleno de satisfacción, y mi abuelo interrumpió sus observaciones sobre mi vocación literaria. Durante muchas veces en mi vida he dudado de mi capacidad creativa, la incertidumbre ha ganado con frecuencia zonas vitales de mi espíritu; pero esa conversación de mi abuelo con el hermano de mi padre, la forma en que se llevó a cabo, el tono entusiasta en que se hizo, me ha servido en diversas ocasiones para readquirir la confianza en mí mismo, restañar las heridas y seguir adelante.

LOS JUEVES LITERARIOS

Durante la época en que viví con mi abuelo, los jueves constituían un día especial. González Martínez fue invitado por un grupo de amigos para impartir una vez por semana una serie de charlas, que a veces se convertían en verdaderas conferencias, sobre los más diversos tópicos literarios. Tengo entendido que antes de tener lugar estas pláticas en el hogar de la familia Helguera –sitio en que acabaron por hallar su recinto definitivo, acogedor y entusiasta-, hubo sesiones en otra u otras casas a las que asistía también mi padre.

En la época en que, ya fallecido este último, yo vivía con mi abuelo, Ignacio Helguera propuso su casa para que todos los jueves, aquél impartiera en ella sus cursillos de literatura. González Matínez, como si fuera el médium de una sesión espiritista o el salvoconducto para atravesar las fronteras entre la tierra y el cielo, hizo que en esas veladas de los jueves, de manera inolvidable, se materializara frente a nosotros la galería de sus fantasmas literarios más queridos: Hugo, Balzac, Stendhal,

Verlaine, Baudelaire, Mallarmé, Valery y tantos otros, para no mencionar sus amados clásicos españoles. Buena parte de mis gustos de ahora, de mis valores, criterios y preferencias, se me infiltraron no sólo por las conversaciones personales con mi abuelo, sino por esas sesiones de los jueves. ¡Cuánto en verdad les debo a esos momentos! En estas sesiones no sólo se conocían los juicios del conferenciante o, mediante un intercambio de ideas, las de los asistentes a la charla, sino que era la oportunidad para entrar en contacto con la simpatía, el gracejo y las ocurrencias de mi abuelo. Recuerdo con claridad, para poner un ejemplo de ello, que un día se presentó en la casa de los Helguera una entusiasta señora que portaba un desbordante barroquismo desde la vestimenta hasta las palabras. Iba acompañada de un muchacho imberbe, pálido y ojeroso. La señora, queriendo presentar a su acompañante y amigo como un joven poeta admirador de mi abuelo, se acercó a éste y le dijo: “Doctor, quiero presentarle a su hijo”. Me resulta inolvidable la cara de mi abuelo, la picardía reflejada en sus facciones, el movimiento nervioso de sus pupilas. Como si se le hubiera agarrado infraganti, vio de izquierda a derecha, y preguntó rápidamente: “¿y quién es la madre? Todavía no se disipaban las risas provocadas por la ocurrencia, cuando la señora, que no se consolaba del rigor invernal, relató a todos que afortunadamente no padecía de frío por las noches ya que tanto

ella como su esposo se metían en unos sacos que, dotados de cremalleras, los cubrían de los pies al cuello. Mi abuelo no se pudo contener –creo que durante un rato se estuvo mordiendo la lengua- y le soltó: “Con razón, mi buena señora, no ha tenido usted hijos”.

Más que las salidas en sí, lo verdaderamente atractivo de las ocurrencias de mi abuelo era la oportunidad y la gracia con que las decía. Después de la velada, el poeta, sus amigos más cercanos y yo nos íbamos a cenar a un buen restaurante. Esta culminación gastronómica de las tertulias literarias, me hizo conocer y paladear –allá en el tiempo en que mi estómago se hallaba fuerte, animoso y optimista- varias cocinas: la francesa, la china, la argentina, la árabe y, desde luego, la mexicana. Nada más agradable, a decir verdad, que platicar de Mallarmé, López Velarde o Jorge Guillén –ya que nuestra conversación sobre literatura (con la voz cantante de mi abuelo) continuaba- al mismo tiempo que asediábamos un pato en salsa agridulce, nos lanzábamos al abordaje de un chamorro o le robábamos los secretos a la penumbra cálida y dulce del mole de guajolote. Pero, volviendo a las veladas literarias, me gustaría indicar que, a medida que fui creciendo, manifestando mis gustos por la lectura, revelando mi entusiasmo por la generación del 98 –en

especial por Miguel de Unamuno, José Ortega y Gasset y Ángel Ganivet, en realidad precursor del grupo- y haciendo público mi interés cada vez más acusado por la poesía y las cuestiones estéticas, González Martínez, de manera más y más frecuente, me brindaba la alternativa, me pasaba la capa y la muleta y me empujaba a sustituirlo en las charlas literarias. Con esto, mi abuelo me hizo entrar en contacto con uno de mis grandes amores: el magisterio. Vocación heredada, creo, más que de mi padre y mi abuelo –que fueron circunstancialmente maestros- de mi bisabuelo paterno José María González que dedicó su vida, con especial cariño y entusiasmo, a la educación. Pronto descubrí que hablar en público no me costaba demasiado trabajo y que constituía para mí un verdadero placer. Después de desaparecido mi abuelo, Ignacio Helguera creyó conveniente que continuaran las veladas literarias de los jueves, para lo cual me otorgó el “nombramiento” de algo así como conferenciante principal y coordinador de conferencias. Este último cargo consistía en invitar a algunos de los escritores jóvenes más importantes del país, a cambio de una módica suma compensatoria, a dar una charla literaria. Por ahí pasaron, si mal no recuerdo, Juan José Arreola, Juan Rulfo, Alí Chumacera, Ricardo Garibay, Eduardo Lizalde, Marco Antonio Montes de Oca y muchos más. Me resulta memorable, por lo que se verá, la conferencia que nos dio Ricardo Garibay. Versaba sobre su

propia obra. “Mi producción tiene un personaje central, dijo. Un personaje central que no es otro que el tiempo, el devenir. Poseo una inspiración heracliteana. Mis cuentos, por ejemplo “Mazamitla”, están salpicados de verbos, que encarnan el cambio, y más que nada de gerundios, el alma misma de la transformación, como volando, viniendo, yendo, cuando”...Como advirtiera Ricardo la perplejidad de su auditorio ante el último ejemplo, se envalentonó y dijo: “sí, y cuando, que casi es gerundio”...

VOCACION MAGISTERIAL

Si en la casa de los Helguera descubriste tu afición por el magisterio, en los cursos temporales de la UNAM, que se impartían en la Facultad de Filosofía y Letras, se te hizo patente cuál era tu vocación profesional. En la época en que fungía Antonio Castro Leal, gran amigo de mi abuelo, como director de estos cursos, o sea la década de los cincuentas, impartiste varios cursillos de literatura mexicana y española, como lo había hecho tu padre con anterioridad. Pero tuvo más importancia para el descubrimiento y consolidación de tu actividad profesional el hecho de que fuiste invitado en 1956 para dar una clase en la Escuela Nacional Preparatoria. El Lic. Pous Ortiz, director de la Preparatoria en aquellos años, llegó un día a la Facultad de Filosofía y Letras (donde estudiabas, desde 1954, la carrera de filosofía) y solicitó al director de la Facultad algunos maestros para ocupar las cátedras filosóficas de la Preparatoria. El director de la Facultad le hizo ver que no había ni maestros recibidos ni pasantes disponibles; pero que probablemente la solución podría ser echar mano de los alumnos que, habiendo cursado por lo menos la mitad de su carrera, tuvieran buenas calificaciones. Si te revelaste como un alumno lamentable en la primaria y en la

secundaria -a pesar de la ayuda que te brindaba heroicamente tu tío Héctor- y poco aprovechado en la preparatoria, fuiste muy estudioso en la carrera de filosofía –en la que te sentías cual pez en el agua- como lo demuestra el diploma de altas calificaciones que por ahí conservas. Esta fue la razón por la que, después de un convenio entre el director de la Facultad de Filosofía y Letras y el director de la Escuela Nacional Preparatoria, te viste convertido de la noche a la mañana en maestro de la Preparatoria sin ser ni siquiera pasante. La Preparatoria Núm. 5, de Coapa, fue el recinto, en efecto, donde impartiste tu primera cátedra. Se trataba de una clase de lógica, una materia que siempre me interesó y que no me ofrecía muchas dificultades. El libro que se te sugirió que utilizaras como base de tus cursos –en aquellos “años dorados” del neokantismo preparatoriano- era la *Logica de las ciencias* de Francisco Larroyo y Miguel Ángel Cevallos. La primera clase que diste, ante un auditorio que contaba con algunos alumnos de tu misma edad, no fue otra cosa que unas páginas del libro de Larroyo y Cevallos aprendidas de memoria, memorizadas a un grado tal que en tu intervención no dejabas de lado ni siquiera expresiones como “por ende”, “empero”, “de facto”, etc. Tu primera clase en la Preparatoria fue, en verdad, un tour de force nemotécnico encaramado en un inocultable temblor de piernas.

Hacia fines de 1959, poco después de haberte recibido con el grado de maestro en filosofía y de haber obtenido un postgrado en lógica, fuiste invitado como profesor de tiempo completo al Colegio de San Nicolás de Hidalgo en Morelia, donde (como asentó un maestro moreliano) tus clases derivaban invariablemente en mítines políticos.

En 1962 tornaste a la ciudad de México y te dedicaste a dar clases en varios planteles de la Escuela Nacional Preparatoria, en la Escuela Nacional de Agricultura de Chapingo y algunas más. Cuando se te preguntaba ¿maestro, en dónde da usted clases? Recuerdo que respondías: ¿En dónde no? Hubo un momento en que impartías nueve materias distintas, y en que, sin poseer entonces automóvil, ibas en camión de un extremo de la ciudad a otro o te veías en la necesidad de tomar un autobús o un transporte “guajolotero” para dirigirte a Chapingo. En esta escuela -en el departamento de economía- expusiste cuatro materias distintas: economía III (dedicaste todo el tiempo al tercer tomo de El capital), sociología agrícola, introducción a la filosofía de la ciencia y reflexiones sobre la revolución mexicana. Era extraño en verdad hallarte explicando en una hora la epistemología kantiana o la filosofía dialéctica de Hegel y a la

hora siguiente las andanzas de Doroteo Arango, el gran Pacho Villa, o de la lucha y los ideales del inolvidable Emiliano Zapata. Incluso en alguna clase te esforzaste por descubrir la conexión que existía, si es que existía, entre la introducción a la filosofía y la revolución mexicana, entre Hegel y Pancho Villa, y recordaste que si para el autor de la Ciencia de la Lógica Napoleón era el “Espíritu absoluto a caballo” ¿por qué no suponer que el Centauro del norte era alguna emanación del mismo Espíritu cabalgando su “siete leguas?”.

Además de las cuatro cátedras que ofrecías en diversos planteles de la Escuela Nacional Preparatoria y de las otras cuatro que exponías en Chapingo, aguijoneado por los problemas económicos, aceptaste dar una clase de filosofía y literatura a un grupo de señoras acaudaladas, a quienes allá en tu fuero interno les dabas el nombre –de hecho muy ceñido a la realidad- de “las gordas”. La dueña de la casa donde tenían lugar estas charlas – especie de curiosa reedición de las tertulias de los jueves de mi abuelo en casa de los Helguera- te enteró, desde la primera plática que tuviste con ella, de las características, condiciones y límites que deberían tener tus charlas. “Maestro, no se trata de clases en sentido estricto. Por lo que más quiera, no nos vaya a

hacer preguntas o a tomarnos la clase. Lo que le pedimos es que usted venga, exponga su tema y se vaya”.

La invitación te gustó. El pago no te pareció desdeñable y las señoras te resultaron simpáticas. Las reuniones fueron más de tu gusto cuando, después de dos o tres sesiones, advertiste en qué consistía el ritual de cada una. En primer término, al llegar tú, esto es, un maestro que, dada su flaca silueta, su cierta palidez de rostro -por lo menos entonces- y más que nada, su aureola de ser hijo y nieto de ilustres portaliras nacionales, eras visto por las “gordas” como “nuestro romántico profesor y poeta”. A continuación te sentabas en una especie de pupitre lleno de plumas, lapiceros, hojas de papel y gomas de borrar, mientras las señoras iban ocupando las sillas reservadas al auditorio. Como detrás de ti se encontraba una pequeña ventana abierta, invariablemente una de las señoras –en esto había una especie de cuidadosa rotación- se encaminaba presurosamente a cerrarla. Después, en empezando tu exposición –lo más engalanada, divertida e interesante que te era dable pergeñar, poco a poco fuiste advirtiendo cuáles eran los gustos de tu perfumado y elegante auditorio. Más Safo que Píndaro, más Aristófanes que Esquilo. En cierta ocasión en que hablaste de la Odisea y de cómo Ulises, habiendo perdido su embarcación,

luchó cuerpo a cuerpo contra el mar y la tormenta, hasta que a fuerza de valor, astucia y vigor pudo arribar a una playa donde se recostó fatigado, desnudo, cubierto tan sólo por una débil ropa interior de espuma...Volviste lo ojos a tu público y te cercioraste de que tu descripción no sólo había sido un éxito, sino que dejó a las señoras un sí es no es excitadas y nerviosas. A partir de entonces, por esa ruta encaminabas en general tus exposiciones. Al final de tu intervención, irrumpía un mozo, levantaba todos los “artefactos académicos” que llenaban el pupitre, extendía sobre él un mantel blanquísimo y lo convertía en una mesa que se colmaba de sándwiches, pasteles, dulces, café, té y no sé cuántas delicias más. Y a comer se ha dicho. Mens sana in corpore sano. No puedes dejar de recordar con placer aquellas clases de literatura y filosofía en la que del lado del auditorio se hallaban las “gordas” (y su voracidad física más que intelectual) y del otro un individuo delgado y nervioso que ejercía apasionadamente su entrañable vocación.

Algo que no dije cuando escribí lo anterior, es que todo lo que cuento sucedió en los últimos años de 1960. El movimiento del 68 tuvo lugar por entonces, y no me es dable olvidar el miedo que, día a día más pronunciado, sobrecogía a estas buenas señoras burguesas. Sólo volvieron a la calma después de la

matanza de Tlatelolco y la muerte de no sé cuántos estudiantes las reconcilió con la vida.

CONFIDENCIA

Quiero dejar sentado, con todas sus letras, que no soy un “humanista” abstracto, desde el punto de vista filosófico. El humanismo (ese himno coral ideológico en el que las diferencias se enmascaran, las contradicciones se esfuman, los antagonismos se evaporan) tiene en mí un enemigo recalcitrante. El humanismo teórico nunca me ha entusiasmado, quizás porque no soy religioso. A lo más, lo veo como proyecto e ideal, una utopía en el mejor sentido de la palabra. Cuando alguien habla del Hombre o de la naturaleza humana en medio de las guerras, la lucha de clases, la pugna por el poder, el machismo rampante, la discriminación racial o de otro tipo, me parece un farsante, un tramposo o un demagogo. La única forma de luchar por la utopía humanista, pero humanista en serio, es reconocer la ausencia del humanismo en el pasado y en el presente y denunciar su carácter ideológico y manipulador. Tal vez escribí estas frases anti-humanistas influido por la penetrante manera en que el Marx adulto analiza, descompone y des-vela el carácter del humanismo burgués. La forma en que concibo en lo anterior el humanismo, me parece demasiado

académica y “rigurosa”. En la vida cotidiana se habla de humanismo de otra manera: humano es aquel que se ocupa y se preocupa por todo lo que le ocurre a la especie a la que pertenecemos y, de ser posible, por los individuos con que nos tropezamos, de los que sabemos o que forman parte de nuestra circunstancia. En este sentido, más restringido y cotidiano, ¿cómo voy a negar el humanismo?

Mas, hablando en otro nivel, en los problemas del amor, me he caracterizado por ser flexible y de manga ancha. Encarno lo que podría llamarse un erotismo humanista y puedo poner los ojos (para no hablar de las manos) en mujeres que pertenecen a las más diversas condiciones. Recuerdo que un día, hace muchos años, me enfrasqué en una cruda discusión con una amiga norteamericana de mi madre sobre el problema racial en el vecino país del norte. Ella, encolerizada por mis argumentos, materialmente sacada de sus casillas, acudió al subterfugio manido, tan falso como vulgar, de inquirirme tontamente: “pero dime, Henry, ¿te casarías con una negra? Vi en ese momento a mi esposa Graciela, de piel blanca y ojos claros, y respondí con presteza e intencionadamente: “me casé con Graciela a pesar de ser blanca”. Esto era, desde luego, una salida; pero una salida en que se manifestaba mi repudio a constreñir los gustos al parámetro de las razas o las clases. Si he de hablar con la verdad,

he de decir que en general he gozado del gusto y de la anuencia amorosa de mujeres de diversa índole y he repudiado con fervor toda suerte de sectarismos.

...

Durante años la monogamia me pareció una elocuente metáfora de calabozo. El matrimonio, en el sentido judeo-cristiano, y la pareja hecha con los muros de la fidelidad –al principio consentida y después forzada- acaban por convertirse en cárcel o claustro e indefectiblemente llevan a cabo la operación quirúrgica de cortarnos a mujeres y hombres las alas, cercenar los pies, dejar ir lo diferente. ¡Qué difíciles las relaciones de pareja! No es la primera vez que hablo de las tres formas esenciales que asume: la del medallón, la de la casa chica o el encornamiento y la de la mariposa concupiscente.

En la primera, la fidelidad es la que lleva las riendas de la relación. Cada quien tiene en un medallón al otro y lo adora. Toda inquietud, todo deseo extramarital es sacrificado en aras del medallón. El mandato bíblico “y serán una sola carne” se toma al pie de la letra y los anhelos escondidos hacen oídos sordos al canto de sirena del “pecado”. La monogamia es amurallada por los celos y la posesividad por partida doble sienta en aquélla sus reales.

La casa chica o el encornamiento nos habla del amasiato, del amor en las catacumbas de la clandestinidad. El hombre o la mujer se cansan de un solo alimento y vuelven los ojos a manjar distinto. Al principio, el varón infiel o la mujer transgresora, sienten o pueden sentir que aquí, con su cónyuge, carecen de libertad y que allá, con su amiga o amigo, han roto los muros de la cárcel. Pero esta casa chica o este encornamiento puede convertirse en pendular. Si el varón ya no congenia con su esposa, o la hembra ya no soporta a su marido, y ambos se hacen de una amante, puede invertirse la situación: el hombre, fatigado, puede hastiarse de su amante y otro tanto puede ocurrirle a la mujer. Se trata, pues, de una suerte de “bigamia” en que no es rara la transmutación de papeles.

A la mariposa concupiscente –que puede ser masculina o femenina- no le es dable detenerse en el amasiato, ni mucho menos en la monogamia, sino que su carril realizador no es sino la poligamia o la poliandria.

He de confesar que la monogamia, salvo al inicio de una relación, jamás pudo satisfacerme. Ni siquiera cuando creí estar enamorado. La inquietud que nace (o nacía) de mis entresijos era rebelde e indomesticable. Y eso me llevaba más que a la bigamia, a una actitud, cómo ocultarlo, que guardaba cierta similitud con un nomadismo erótico-afectivo. No obstante esta tendencia a la

variación, a la aventura, al descubrimiento de nuevos mundos sensoriales, la conducta sedentaria, el medallón y la pareja me requerían y doblegaban, de ahí mis largas relaciones (de años) con diversas compañeras, para no hablar de Alicia, mi bienamada. Para qué insistir, sin embargo, en esta confidencia si mi poesía, que es indiscreta como la que más, no es sino la cronista de este “secreto” dicho a voces.

SU AMOR POR LA DOCENCIA

Fue maestro de educación media y superior durante varias décadas. Profesor de la Preparatoria, del Colegio de Ciencias y Humanidades (donde ejerció el cargo de Coordinador del área del método histórico-social del Plantel de Vallejo), de la UNAM y de la UAM (en que formó parte de la planta docente desde su fundación hasta el momento en que decidió jubilarse). Es, pues, un viejo maestro. Un viejo lobo de mar. Alguien que, en lo que se refiere a la práctica magisterial, se las sabe de todas todas, o casi. Su actividad docente no se ha limitado, por otra parte, a la práctica universitaria o académica. Se ha extendido también a la política. Si algún papel ha realizado en esta última ha sido el de coordinador, ponente, expositor en círculos de estudio de la izquierda mexicana. Tiene en su haber alrededor de treinta años de trabajo en círculos de estudio. Al parecer, y según lo afirman sus amistades, no abandona su carácter de maestro al salir de las aulas o al terminar su labor en los círculos. No se desprende de esta peculiaridad como si fuese un abrigo que se deja colgado en una percha. Hay quien afirma que hasta en la vida cotidiana no puede ocultar su vocación. Que conversa de manera demasiado ordenada. Que en ocasiones imparte clases sin percatarse de

ello. Que su manera de exponer las cosas., en fin, que es, para bien o para mal, maestro por los cuatro costados.

...

Si vuelvo los ojos al pasado y hago un rápido recorrido por mi larga actividad docente, hay algo muy satisfactorio para mí: nunca tuve problemas de disciplinas con mis alumnos. Jamás, o casi, me vi en la necesidad de interrumpir la clase para llamar la atención de un estudiante que estuviera entorpeciendo con su conducta el curso de la exposición. Ahora, ya viejo, he perdido en medida importante mi facilidad de palabra y la fluidez que caracterizaba mi exposición. El enemigo: el entorpecimiento de la memoria. Tengo mucho que decir, que aclarar, que poner en juego, pero mi facultad asociativa se ha averiado y de repente advierto que, aunque no ignoro el nombre de un autor, una teoría, un nexo entre dos hipótesis, siento de pronto que mi mente está en blanco y ya no puedo impartir charlas y conferencias con la seguridad con que lo hacía hasta hace relativamente poco. Lo peor que puede pasarle a un maestro es dedicar buena parte de su clase, o su clase entera, a amonestar a sus alumnos, quejarse de su comportamiento, regañar a los

distraídos, condolerse de la holgazanería de sus educandos y echarle toda la culpa al sistema educativo que impera en el país. El buen maestro es el que, ganándose la atención de los muchachos, sabiéndolos interesar, pasándoles el fuego del conocimiento, volviéndoles accesible lo que puede ser árido de por sí, no necesita apelar habitualmente a la coerción disciplinaria o la reconvención fastidiosa y degradante. Nunca fui un maestro autoritario, de esos que colocan un smog de prohibiciones en la atmósfera del salón de clases. Nunca impedí la entrada al que llegaba tarde a clase o la salida al que se iba antes de tiempo. Nunca pasé lista ni prohibí que se fumara en el salón o que, sin interrumpir mis palabras, se hicieran comentarios en voz baja. Como partidario del método participativo y dialogal, siempre me pareció esencial que los alumnos intervinieran, preguntaran, cuestionaran. Nada más absurdo que la actitud del Dr. Eduardo Nicol –un gran expositor por lo demás- al que cualquier intervención estudiantil lo ponía nervioso y lo sacaba de sus casillas. Nicol impartía en los cincuenta una espléndida clase sobre los presocráticos, a la que yo asistía como alumno regular, y Eduardo. Marco Antonio y Arturo –mis compañeros poeticistas- como oyentes. Arturo González Cosío tuvo la osadía de levantar la mano a la mitad de la exposición que sobre Heráclito, Parménides o Empédocles llevaba a cabo el filósofo. Éste se hizo el que la virgen le habla y

siguió imperturbablemente su exposición. Pero si Nicol era obsesivo, Arturo no lo era menos. El resultado fue un duelo entre un maestro que supuestamente ignoraba al estudiante “entrometido e irrespetuoso” y un brazo que subía y bajaba demandando del maestro la posibilidad de tomar la palabra. Nicol fue vencido. Y Arturo, tartamudeando, empezó a pergeñar con toda valentía no sé qué pregunta. Nicol lo oyó con impaciencia desde la atalaya desdeñosa de sus años, sus conocimientos y su experiencia, y soltó esta frase inolvidable: “Siéntese, compañero. Usted no tiene aún edad para preguntar nada”.

Tampoco me sucedió nunca algo parecido a lo que le ocurrió, según supe, a Jaime Labastida también en la Facultad de filosofía y letras. Este último, como le molestase sobremanera el arribo retrasado de los alumnos, dejó establecido tajantemente que no podía entrar al salón quien llegara diez minutos después de la hora en que debía empezar la clase. Un día llegó Labastida, se sentó en el sillón del maestro, ordenó sus libros sobre la mesa, y comenzó a explicar, en la forma que le es típica, grandes “novedades” teóricas (como la de que el marxismo no es mecanicista porque es dialéctico o que la estructura y la superestructura no hay una rígida causalidad sino acción

recíproca), cuando se oyó un golpeteo en la puerta (cerrada por dentro). Todos los alumnos oyeron el ruido y tornaron los ojos al maestro. Éste se concentró en lo que estaba diciendo, aunque no pudo ocultar en el rostro el rictus producido por el desagrado. Continuó hablando: “las tres leyes de la dialéctica, esto es, la unidad y lucha de contrarios, la conversión de la cantidad en calidad y la negación de la negación, demuestran”... Y cuando iba explicar a sus alumnos qué es lo que demuestran esas leyes, nuevamente se oyeron los golpes en la puerta, pero más fuertes y atrevidos. Los estudiantes no pudieron dejar de sonreír. Volvieron nuevamente los ojos al profesor y advirtieron que éste, sin darse por enterado de nada de lo que ocurría, prosiguió su plática, aunque alzando la voz, moviéndose en la silla y mostrando una evidente nerviosidad. Los golpes se reiniciaron. Y en el cerebro de Jaime imperó una sorda furia por el que, contraviniendo sus disposiciones, se atrevía a tocar la puerta e interrumpir, después de haber pasado con mucho los diez minutos de tolerancia, la exposición del catedrático... Jaime se levantó de golpe de su asiento, recorrió a grandes zancadas el espacio entre la tarima y la entrada al salón, abrió violentamente la puerta y se halló con una niña pequeña, menuda, con la mano extendida y que le dijo: “papá, dame un peso”. Se trataba, en efecto, de la “Cocosa”, la hija menor del severo maestro. Los estudiantes soltaron la carcajada y durante un buen rato

festearon la situación. El autoritarismo, por lo menos esta vez, tuvo que retirarse, ante tamaño ridículo, con la cola entre las patas.

Cuando, a pesar de mis intenciones y de la forma de exposición empleada, uno o varios de los alumnos conversaban ruidosamente o hacían algo que podía distraer y molestar a todo el grupo, escogían generalmente dos caminos. El primero consistía en dejar de dirigir la exposición a todo el grupo para orientarla a quien o quienes se hallaban actuando de manera inconveniente. Si, por ejemplo, Alguien se encontraba haciendo ruidosos y constantes comentarios al fondo del salón, me levantaba de mi asiento, bajaba los escalones del estrado, me encaminaba por el pasillo y me detenía frente al infractor de la paz académica. Me detenía frente a él, pero no lo regañaba, no le llamaba la atención, no aludía a lo que estaba haciendo. Continuaba hablando. Pero impartiendo la clase, por así decirlo aparentemente, a él y sólo a él. Diciéndole, verbigracia: “y sabes, compañero, que Max Weber opinaba...”. El efecto de este procedimiento era sumamente eficaz e interesante. La atención del muchacho se revinculaba al hilo de la exposición y su falta afloraba en su conciencia; yo volvía a mi pupitre, dirigía la explicación nuevamente a toda la clase y aquí no ha pasado nada. En otras ocasiones, y este era mi segundo camino, al

infractor le preguntaba algo que tenía que ver con el tema que se estaba desarrollando en el momento en que su acción perturbaba el buen funcionamiento de la clase. Independientemente de que respondiera atinadamente o no a mi pregunta, y después de darle mi opinión sobre sus palabras, le anunciaba que dentro de un momento volvería a hacerle otra pregunta respecto a lo que se vería más adelante. A veces cumplía mi “amenaza”, a veces no. Pero, por lo general, el temor a ser interrogado producía el efecto requerido: el alumno fijaba la atención hasta el final de la clase se mordía la lengua y el problema se superaba. Viejo lobo de mar. Maestro que se las sabe de todas todas.

Mi viejo y reiterado afán de compartir mis conocimientos o de adquirirlos en compañía, no sólo se realizó durante los treinta y tres años en que impartí clases en las más diversas universidades y escuelas, hasta que me jubilé en..., sino que también hizo acto de presencia en una de las labores significativas que llevé a cabo en mis prolongadas correrías por la izquierda: la de ser coordinador de o tener a mi cargo círculos de estudio de los clásicos del socialismo en general y del marxismo en particular. La bibliografía que leíamos y estudiábamos fue modificándose, como es de suponer, con mis vuelcos teórico-políticos y las variadas organizaciones por las que me llevó mi política

inquietud itinerante. Al principio leíamos a Marx, Engels, Lenin y... Stalin. Ni modo, cuando ingresé al PCM –en 1956- teníamos que leer – y lo hacíamos acríticamente- al triste célebre dictador georgiano y a no pocos de sus seguidores. Después leíamos a Mao y a los maoístas. Más tarde a Trotsky, Mandel y otros militantes de la IV Internacional. Y posteriormente, prácticamente a todas las corrientes del pensamiento socialista...

Aunque he tenido un sinnúmero de alumnos, no se puede decir que, en sentido estricto, haya poseído lo que suele considerarse un discípulo o continuador de las propuestas teóricas que he hecho. Algunos compañeros en la militancia política parecieron coincidir conmigo, suscribir mis planteamientos y hasta aplicar a diversos campos las tesis que campeaban en mis escritos; pero fue sólo una tarea inconclusa o un espejismo. Una compañera, por ejemplo, asumió –o creyó haberlo hecho- mi tesis de la existencia de una clase intelectual y hasta escribió un texto (para obtener un grado magisterial) en que intentaba con lucidez llevar la mencionada tesis a la interpretación de la práctica pedagógica. No obstante después volcó toda su atención a la obra del sociólogo francés Pierre Bourdieu y olvidó sus preocupaciones precedentes. Algo semejante sucedió con un compañero de lucha que escribió su tesis de maestría bajo la influencia de mis

planteamientos pero que más tarde encontró en el militante italiano Toni Negri la verdadera fuente de su inspiración teórica.

MÁS DE MÍ COMO MAESTRO

Siempre me sentí como pez en el agua explicando las ideas de los grandes pensadores. O las mías propias. Soy, supongo, una persona ordenada para pensar y exponer lo que pienso. Intelijo, hablo y escribo claramente. Si a la claridad y distinción le atribuyo gran importancia en la filosofía y literatura la juzgo esencial en el magisterio. Al principio del ejercicio de mi profesión, ponía el acento en lo que escribían los pensadores y hacía abstracción, al menos en parte, de mis propias opiniones. Después les fui dando cabida poco a poco a mis puntos de vista. Hacia el final de mi carrera de maestro –cosa que ocurrió en 1984- centraba mi exposición en hipótesis, tesis y teorías que habían nacido, una noche en una árida montaña, de las lucubraciones de mi loco e inquieto cacumen.

En mis clases me gustaba aludir a la vida cotidiana para que los alumnos captaran más fácilmente el sentido específico de ciertas generalidades. Algunas veces, al estar explicando que, de acuerdo con el materialismo histórico, no es, en general, la conciencia de los hombres la que determina el ser social sino que, al revés, es la vida de ellos la que genera su forma de pensar

y actuar, se me ocurría orientar la explicación por este lado: supongan, les aducía, que entran ustedes a una tienda de autoservicio. Caminan con su carrito por la tienda, buscan las latas, los dulces, los vinos, la fruta que desean adquirir. A medida que van hallando las mercancías requeridas, las colocan en su manuable aparato de locomoción. Si caen en cuenta, de pronto, que les falta allegarse un queso tipo Camambert, medio kilo de jamón serrano o un disco de jazz-rock, dejan el carro y parten a la búsqueda del satisfactor olvidado. No les importa dejar solos sus víveres, sus artículos de consumo. No temen un robo, una sustracción, un desfalco, porque las otras personas, poseyendo, como poseen, la posibilidad de tomar sus mercancías de los anaqueles en los cuales se exhiben, no tienen por qué echar el gato a retozar en las adquisiciones ajenas. El ser social que impera al interior de la tienda determina, pues, cierto tipo de conducta. Pero imaginémonos, proseguía, que llegamos a la caja, pagamos el precio de todo lo adquirido y nos encontramos con dos grandes bolsas, una bajo cada brazo, repletas de las viandas y objetos recientemente adquiridos. En esta situación, ya no podemos abandonar las bolsas, ya que existe el peligro de que un ladrón, de los que tanto merodean a la salida de las grandes tiendas, aproveche la circunstancia y nos deje con las manos vacías. Y ello es así porque, a partir de las cajas, del pago de las mercancías, el ser social se ha modificado y la conciencia

aparejada a él ha sufrido también un cambio. Al interior de la tienda el comportamiento es uno. Al exterior, otro. Al interior predomina la confianza, al exterior la inseguridad. Al interior imperan condiciones tales que pueden ser comparadas con una organización plenamente comunista. Al exterior dominan circunstancias, en cambio, que tienen que ser identificadas con el capitalismo. El comunismo es, valga la comparación – terminaba por decirles- como la ampliación de una tienda de autoservicio a toda la sociedad, ya que el principio fundamental de distribución de la riqueza en el comunismo será: “a cada quien según sus necesidades”. Al llegar a este punto, mis alumnos entendían finalmente por qué la conciencia social no es invariable y por qué responde, de manera dialéctica, a los cambios históricos de su base material.

EN CIERTA OCASIÓN

Los invitados se fueron y a su espalda quedó una gran humareda de tabaco jugando con el espacio. Lucía y él permanecieron un poco más, con la dueña de la casa, para apurar las últimas copas. Cuando la anfitriona se retiró por unos momentos al baño y los dejó por un momento solos, él se aproximó a Lucía y, sin decir agua va, la besó apasionada y golosamente. La sensación lo sorprendió: sintió su masculinidad electrizada y supo que sus manos hubieran recorrido los más prometedores vericuetos del cuerpo complaciente si no hubieran escuchado los pasos, deliberadamente sonoros, de la amiga que abandonaba el baño. Llegó la hora de despedida. Cada quien tomó su automóvil.. Pero él la siguió velozmente hasta que le dio alcance unas pocas cuadras después y se le quebró un poco para no dejarla pasar, Bajó de su coche y se subió abruptamente al suyo. No hubo lugar para explicaciones. La interrumpida escena erótica fue reanudada: los besos no se limitaron a su boca, sino que se aventuraron a su cuello, a su espalda y a sus brazos. La técnica de la moderna sociedad industrial vino entonces en su ayuda. Lucía movió no sé qué palanca y los asientos se hicieron hacia atrás convirtiéndose sorpresivamente en camas. Le encantó verla,

vivirla apasionada, resuelta y sin prejuicios. En menos que canta un gallo, Lucía se desabrochó los pantalones, se bajó la ropa interior y dejó que apareciera ante los ojos y el tacto del hombre el mechón suave, sedoso y deslumbrante de su pubis. Por aquellos días él había leído el famoso libro en que Master y Johnson explicaban cómo, a base de experimentos, arribaron a la conclusión de que mientras el clítoris es una zona orgásmica, de alta sensibilidad, la vagina no puede considerarse del mismo modo. Influida por esas ideas, y condicionado por las dificultades materiales para llevar a cabo en ese sitio, a esa hora y en esa postura, un coito como Dios manda, se limitó a buscar el claro del bosque, a frotar suave y pacientemente la más bella de sus exóticas plantas y a cosechar, vibrátil y jadeante, el clímax femenino. Pero no sólo una vez, sino otra y otra, y es que, como lo reveló en su poema “Mingitorio para duendes”:

Según Master and Johnson

no es un cuento de hadas

Blanca Nieves y los siete orgasmos.

Lucía era secretaria de no recuerdo qué dependencia oficial o privada; pero no era la típica burócrata de clase media. Muy fina

espiritualmente, arrastraba consigo la montura de una voluminosa humanidad. Era algo así como una matrona acojinada por sí misma. Mas era de una gordura proporcionada. No de esa obesidad obsesa con la circunferencia que disuelve las formas y convierte a las personas en sacos de grasa.

DOS MANERAS DISTINTAS DE MORIR

Los fallecimientos de mi bisabuela materna Feliciano Martínez en 1904 y de su hijo (mi abuelo González Martínez) en 1952, tuvieron distinto carácter y significación. Ella murió, en consonancia con las creencias que había mantenido de por vida, en el seno de la Iglesia católica. Él, como libre pensador, al margen de toda religión dogmática e institucional. Mi abuelo fue educado, como lo relata en *El hombre del búho*, dentro de los más severos principios de la ortodoxia cristiana. Pasó varios años en el seminario y fue un convencido feligrés de la religión familiar. Sin embargo, al terminar la adolescencia, y por influjo de algunas lecturas de contenido científico y naturalista (Darwin, Spencer, Haeckel, Le Dantec, etc.) abandonó la fe cristiana y se instaló, no sin dificultades, en una posición que podría ser calificada de agnóstica. La mutación espiritual de mi abuelo, mortificó sobremanera a su progenitora, la cual no cejó durante toda su vida (y para lo cual empleaba todos los métodos: desde las discusiones teológicas hasta los chantajes emocionales) en su afán de influir para que tornara al redil la oveja descarriada. Tal pasión evangelizadora no cesó ni siquiera en el lecho mortuario. Mi abuelo cuenta del siguiente modo los últimos momentos de mi bisabuela: “pidió mi madre ella misma, con su entereza de

siempre, los auxilios espirituales. Confesó y comulgó con devoción, pero serena y sin lágrimas. Demandó la extremaunción y me buscó con los ojos mientras duró la breve ceremonia. Al no verme, me mandó llamar. Llegué reprimiendo mi llanto a su cabecera: me atrajo hacia ella y me besó corta y fatigosamente. Luego, me dijo: 'Mira cómo se muere en paz cristianamente'...Hizo un esfuerzo por sonreír, cerró los ojos y poco después entró en agonía”.

Mi abuelo no se deshizo fácilmente de la religión. Durante mucho tiempo su espíritu fue el escenario donde luchaban cuerpo a cuerpo y de manera feroz la religión materna y la certidumbre científica. En alguno de mis libros he denunciado el atropello que cometen los padres de cualquier religión al introyectar en sus hijos, en una fase de la existencia en que las criaturas carecen de la menor coraza defensiva, creencias irracionales (presentadas como la verdad definitiva) apuntaladas por una fe dispuesta a asimilar los mayores absurdos y que en general acompaña a los individuos toda la vida o es abandonada después y sólo después de una crisis dolorosa.

En ocasiones, habiendo tomado la plaza de las convicciones de mi abuelo el espíritu moderno plenamente (al menos en apariencia), resucitaba el sentimiento religioso, el pavor al arcano o la duda de si el derrotero emprendido era el justo. No obstante, en los últimos años de su vida, González Martínez se aferró con tal seguridad y decisión a su punto de vista de pensamiento libre que nos dijo (a mi tío Héctor y a mí) que si él, al aproximarse el momento de la muerte, llegaba a solicitar los auxilios espirituales de un sacerdote, hiciéramos oídos sordos a su requerimiento.. “Les pido esto –nos dijo- porque si hago tal demanda quiere decir que no estoy en mis cabales. Ahora, en cambio, en pleno uso de mis facultades intelectivas les digo que quiero morir en armonía con mis más profundas convicciones espirituales”. Cuando llegó el momento de su muerte, el 19 de febrero de 1952, mi abuelo no solicitó ningún sacerdote. Ni se acordó de ello. La educación familiar cristiana, los prejuicios inveterados, la muerte “ejemplar” de su madre y el temor a tener una recaída en las creencias ya superadas, no hicieron acto de presencia. Mi abuelo falleció con una lucidez impresionante: se fue, tomándose el pulso. Antes, había logrado conversar con sus hijos, nietos y otros familiares,

nos había dado consejos, había hecho bromas, había emitido opiniones políticas (“lástima –dijo- que no voy a ver la caída del

capitalismo”), había externado comentarios, observaciones sugerencias, y al final, con su vieja actitud de médico, murió tomándose el pulso y diciendo serena, grave, hermosamente: “ya se les va su viejo”. Años más tarde, en mi pequeño libro de poemas intitulado Viejos (que obtuvo un premio literario) hice referencia al deceso de mi abuelo en los siguientes términos:

Antes de escuchar las eses
que esparce por el aire la guadaña
y subir al cadalso
de la agonía
el viejo bardo
serena
digna
conscientemente
escuchó la obertura
del canto del cisne
volvió los ojos a sus hijos
a sus nietos
a sus amigos y amigas.

Dijo algo de su partida
y sus ojos se perdieron
en el infinito.

Yo

desde entonces

me quedé soñando:

Quiera Dios que esa forma de morir
sea hereditaria.

LA OBRA POÉTICA DE GONZÁLEZ MARTÍNEZ

Mi abuelo es, como se sabe, uno de los poetas mexicanos más nobles, señeros e influyentes. Su producción lírica (que se extiende de 1903, en que ve la luz su obra inicial Preludios, a 1952, cuando publica su libro postrero El nuevo Narciso) ocupa un sitio especial en las letras patrias del presente siglo. Sitio especial significa aquí ámbito propio, continente habitado por una personalidad poderosa e inconfundible, mundo regido por los principios emocionales y las reglas estéticas de una idiosincrasia armoniosa y meditativa. Para ubicar a Enrique González Martínez dentro de la poesía mexicana, para allegarnos a su universo lírico, para solicitar la entrada en su "casa con dos puertas", pasear por sus linderos, degustar de sus flores y probar de sus frutos, se requiere hablar previamente del litoral poético en el que, por razones históricas, debe ser localizado: hago referencia al modernismo.

La descolonización poética de América Latina se retrasó casi un siglo —por una serie de razones socioeconómicas y culturales que no viene al caso tratar aquí— respecto al movimiento de independencia política de las naciones latinoamericanas. El modernismo es un acto de independencia cultural. Estoy de

acuerdo con José Emilio Pacheco cuando muestra que es necesario definir al modernismo "no como escuela literaria sino como una completa renovación del idioma, una reforma total de la prosodia española, una nueva estética de libertad opuesta a la tiranía didáctica de la Academia que erige en norma del presente la obra maestra del pasado" . Aunque hay una serie de precursores mediatos e inmediatos de esta insurgencia lírica — entre los últimos podemos destacar al colombiano José Asunción Silva, a los cubanos José Martí y Julián Del Casal y al mexicano Manuel Gutiérrez Nájera—, el movimiento modernista adquiere la hegemonía literaria en nuestros países a partir de la gran figura de Rubén Darío y de las enormemente significativas de Leopoldo Lugones, Julio Herrera y Reissig, Ricardo Jaimes Freyre —uno de los introductores del verso libre en la literatura latinoamericana— y una pléyade nutrida de escritores, de diverso temperamento y carácter, entre los que se halla en México (además de Salvador Díaz Mirón, Amado Nervo, Luis G. Urbina, Efrén Rebolledo, Rafael López y el primer José Juan Tablada) Enrique González Martínez.

El acta de independencia modernista responde, a no dudarlo, a la necesidad imperiosa de los escritores americanos de habla española y portuguesa de afirmarse y conquistar una identidad frente a las letras españolas y portuguesas. En estos literatos se

deja sentir, por eso mismo, la exigencia de diferenciación y rescate de la realidad que les ha tocado vivir. Pero conviene subrayar que esta lucha por la independencia, la reafirmación y la conquista de sí mismo, tuvo que hacerse con el auxilio de la poesía y la literatura europea en general y francesa en particular. De nuevo Francia. De la misma manera que los enciclopedistas galos influyeron en el diseño y puesta en marcha de las revoluciones de independencia latinoamericanas en las primeras décadas del siglo XIX, los simbolistas y parnasianos (Baudelaire, Verlaine, Rimbaud; Sully-Prudhomme, Heredia y Catulle Mandes entre otros) prestaron, con su originalidad literaria y sus innovaciones formales, una vigorosa ayuda para conformar, en el concierto de la literatura castellana, las voces diferentes (de timbre americano y entonación desconocida) que trajo en su bagaje el modernismo. De ahí que diga José Emilio Pacheco: "Síntesis de las artes que arranca de un impulso wagneriano, el modernismo une la solitaria rebeldía romántica, la música de la palabra aprendida en los simbolistas y la precisión plástica tomada de los parnasianos". El modernismo no es sólo, como hemos asentado, independencia y deslinde, afirmación y búsqueda de la identidad, sino también, por la fuerza con que se realizó, y por la decadencia poética que caracterizaba a las letras españolas de entonces, inversión radical de los factores de influencia: con el advenimiento de los modernistas, ya no son la

literatura y la poesía españolas las que repercuten en la fisonomía central de las latinoamericanas, sino que éstas, y de modo cada vez más acusado, quienes determinan el curso fundamental de la literatura y la poesía cultivadas en la vieja España. La influencia de la literatura francesa en los poetas renovadores de América Latina es patente tanto en el gran iniciador del americanismo poético (Rubén Darío) como en el que puede ser considerado, por paradójico que parezca, como el "canto del cisne" de la escuela modernista (Enrique González Martínez). Si el secreto de los gustos literarios de Rubén Darío está en ese bello y extraño libro que es *Los raros*, el de González Martínez (final autocrítico de la insurgencia modernista) se halla objetivado con toda claridad en *Jardines de Francia*, de 1915.

La polémica de si el autor de *Los senderos ocultos* (1911) es el último de los modernistas o el primero de los posmodernistas, carece, a mi entender, de verdadera importancia. Desde cierto punto de vista, González Martínez continúa siendo modernista (su lenguaje no se divorcia totalmente del empleado por esta escuela, su maestría como versificador coincide no pocas veces con las innovaciones técnicas de Darío, Lugones o Díaz Mirón, su temática no rompe del todo con la prevaleciente tanto en la primera generación de modernistas como en la segunda. etc.).

Desde un punto de vista diverso, nuestro poeta traza, de manera consciente y deliberada, una línea de demarcación entre su poesía (a partir de su libro *Silenter*, de 1909) y la poesía modernista en boga (se interesa más por lo esencial que por lo fenoménico, más por el contenido —informado— que por la mera envoltura formal, más por el drama humano que por lo puramente decorativo, etc.). ¿Cuál es la razón, a mi modo de ver las cosas, por la cual algunos han enfocado a González Martínez como el último de los modernistas y otros como el primero de los posmodernistas? Creo que ésta: González Martínez es un poeta de transición o, lo que viene a ser lo mismo, un escritor cuya producción lírica, en lo que tiene de personal y única, se revela, al mismo tiempo, como modernista y posmodernista. En su obra inciden, articulados, lo viejo y lo nuevo, el presente y el futuro. Afirmar que González Martínez es el último de los modernistas resulta tan erróneo y parcial como asentar que es el primer posmodernista. Algunos, como Octavio Paz, han querido exaltar al segundo Tablada o a López Velarde en detrimento de González Martínez, con el argumento de que mientras ellos rompen con el modernismo, este último, pese a sus declaraciones poéticas e intenciones literarias, prosigue siendo modernista. Aún más. Al despojar al modernismo de sus elementos externos, aleatorios y superficiales, viene a ser algo así como el verdadero modernista, el modernista

quintaesenciado. Yo creo que esta manera de interpretar y evaluar la figura del "hombre del búho" es falsa. La peculiaridad, la influencia, la importancia de González Martínez no estriba en que sea modernista (como Nervo, Urbina o Rebolledo) o posmodernista (como López Velarde, Tablada o Pellicer) sino en que, como poeta de transición que es, articula ambos aspectos y abre la posibilidad de pasar de un momento literario a otro con paso firme, eficacia y profundidad. González Martínez, por otro lado, no se reduce a ser un extraordinario poeta de transición, sino que busca trascender y trasciende los límites y condicionamientos que acarrearán las corrientes literarias y poéticas en sus partidarios y portavoces. Explico esto. Todo gran artista se relaciona con su época, pero excede a su época. Es indiscutible que Beethoven, Goethe o Delacroix se hallan condicionados por un régimen social en el que la burguesía, en proceso ascensional, afirma su existencia de manera cada vez más contundente. Pero los tres artistas mencionados no pueden ser calificados, como lo hace un cierto sociologismo vulgar, simplemente como burgueses. No. Son artistas vinculados a su época; pero que (dadas las excelencias y el carácter de su producción) sobrepasan ese condicionamiento y se realizan dentro de los cauces de la especificidad natural de su quehacer estético. Lo mismo hay que decir de las relaciones existentes entre un poeta y la corriente a la que pertenece o con la que

mantiene un cierto grado de coincidencia. González Martínez es un poeta de transición entre el modernismo y posmodernismo. Es eso. Pero es, asimismo, algo más que eso. Se trata de un poeta que se relaciona con su momento histórico y al mismo tiempo lo trasciende. Es, igualmente, un escritor que se halla ubicado en un estadio particular de la historia de la poesía mexicana y al mismo tiempo va más allá de dicha localización. En este sentido, conviene poner de relieve que el poeta jalisciense es autor de dos poemas, dos sonetos en alejandrinos, que conllevan el espíritu, la tensión y el impulso de un manifiesto lírico: "Tuércele el cuello al cisne" (de *Los senderos ocultos*) y "Mañana los poetas" (de *La muerte del cisne*, de 1915). "Tuércele el cuello al cisne" es un manifiesto principalmente de ubicación generacional. Con él, González Martínez pretende situarse crítica y autocríticamente frente a la opción poética predominante. El resultado de ello es un simultáneo hallarse fuera y dentro de la corriente de Díaz Mirón y Nervo, Urbina y el primer Tablada. Este encontrarse fuera y dentro es lo que hace de González Martínez un poeta de transición, un lírico modernista y posmodernista. "Mañana los poetas", soneto incluido precisamente en el libro que da ya por hecho el cisnecidio, es también un manifiesto; pero no de ubicación generacional, sino supra-generacional: "Mañana los poetas cantarán en divino/ verso que no logramos entonar los de hoy", nos dice el poeta. Y prosigue: "Mañana los

poetas seguirán su camino/ absortos en ignota y extraña floración. / Y al oír nuestro canto, con desdén repentino/ echarán a los vientos nuestra vieja ilusión". Parece que nos dice: mañana vendrán los Estridentistas, los Contemporáneos, el grupo de Taller, el de Tierra Nueva, la Espiga Amotinada, etc., y al oír el canto de los altos y viejos líricos se alzarán de hombros y, desdeñosamente, echarán a los vientos la vieja ilusión de los poetas que, siendo profundos e intensos, no recorren sin embargo los inéditos caminos y los novedosos jardines donde germina, exuberante, la "ignota y extraña floración". **"Y todo será inútil, y todo será en vano, / será el afán de siempre y el idéntico arcano / y la misma tiniebla dentro del corazón"**. El poeta, el verdadero poeta no puede distanciarse de los grandes, imprescindibles, eternos problemas humanos. **"Y ante la eterna sombra que surge y se retira, / recogerán del polvo la abandonada lira / y cantarán con ella nuestra misma canción"**. González Martínez hace un llamado, en este manifiesto suprageneracional, a trascender toda escuela literaria para afirmar ciertos valores universales del arte. Y bien que lo consigue, como lo pueden ilustrar a la perfección sus poemas "nobles y sentimentales" sobre la vida, la muerte, el amor, la alegría, la angustia, la paz y tantos otros temas que emergen, acendrados, de la pureza azulnegra de su tinta. La lírica de Enrique González Martínez es, en general, una poesía de originalidad

inconfundible. Originalidad no en el sentido de novedad a ultranza, de recorrer caminos inhollados y mundos desconocidos, o en el sentido del que desea sorprender a como dé lugar con la pirotecnia del lenguaje desarticulado y artificioso del vanguardista profesional o del farsante. La originalidad de González Martínez reside en su capacidad para volcarse todo él en la página en blanco. Consiste en la autenticidad, la personalidad, el arrojo de quien posee una concepción del mundo, algo que ofrecer, una visión de las cosas y de sí mismo que desea compartir con sus semejantes, y la aptitud artística y la experiencia literaria indispensables para hacerlo. Y la forma fluida, impecable, nítida y exacta en que lo realiza, constituye el testimonio franco e irrefragable del nacimiento, desarrollo y consolidación de una compacta personalidad lírica en la historia de la poesía mexicana. La poesía de González Martínez no es sólo la objetivación del genio —del hombre que se atreve a dialogar con las estrellas y tutearse con el infinito—, sino del ingenio —del que sabe, cuando se lo propone, hallar las conexiones imprevistas y las relaciones invisibles que producen el eco espiritual de la sonrisa. Su dominio de la forma es tal que ninguno de sus pensamientos, vivencias y emociones se vio nunca incapacitado para materializarse, volverse estrofa, desatarse en canto. ¿Qué opinaban los críticos de González Martínez antes de que falleciera en 1952? En la imposibilidad de

comentar y aun citar a la mayoría, hago referencia a algunos de los más representativos. El gran polígrafo dominicano Pedro Henríquez Ureña, en el "Prólogo" a Jardines de Francia, menciona los seis dioses mayores que, a su entender, conformaban el parnaso de la poesía mexicana en la segunda década del presente siglo: Gutiérrez Nájera, Manuel José Othón, Salvador Díaz Mirón, Amado Nervo, Luis G. Urbina y Enrique González Martínez. Y dice: "Cada uno de los grandes poetas anteriores tuvo su hora. González Martínez es el de la hora presente, el amado y preferido por los jóvenes que se inician"... Anteriormente, Ricardo Arenales, en una nota bibliográfica escrita a propósito de Silenter en 1909, dice que González Martínez "forma, con Rubén Darío, Guillermo Valencia, Salvador Díaz Mirón, Víctor M. Londoño, Jaimes Freyre, Leopoldo Díaz, Amado Nervo y Lepoldo Lugones, el verdadero escuadrón de los grandes poetas modernos de Hispanoamérica". Enrique González Martínez era considerado, entonces, por los más renombrados críticos y poetas de la época (con la excepción de los estridentistas) no sólo como uno de los "dioses mayores" de la poesía mexicana, sino como perteneciente al "escuadrón de los grandes poetas de Hispanoamérica". Al acusar recibo de uno de los libros de González Martínez (probablemente de Los senderos cultos) Antonio Machado escribe la siguiente nota (inédita hasta hoy) que muestra el interés y la gran estimación literaria que el

gran poeta sevillano sintió por el de México: Exmo. Señor Don Enrique González Martínez México. Mil gracias por el hermoso libro con el tesoro de sus rimas, que tuvo usted la bondad de regalarme. Mucho me duele haber ignorado hasta hace pocos días que hubiera en Méjico un tan gran poeta como usted, honra de todas las Españas. Lo he leído y releído con deleite. Sólo deploro que no me asista el derecho a reimprimirlo en edición de bolsillo, para llevarlo conmigo a todas partes. Si usted lo hace alguna vez, no me olvide. De usted sincero admirador, lector entusiasta y lejano amigo. Antonio Machado.

Muchos otros escribieron, desde diversas posiciones y enfoques distintos, sobre González Martínez durante más de cinco décadas. Desde Victoriano Salado Álvarez hasta Alfonso Reyes, Antonio Castro Leal y Alí Chumacero, pasando por los excelentes estudios de Luisa Luisi ("La poesía de Enrique González Martínez") y Pedro Salinas ("El cisne y el búho"). En casi todos estos ensayos se pone de relieve la armonía, característica de nuestro poeta, entre el contenido y la forma, la concepción profunda y renovadora de lo que se dice y el material técnico con el cual se materializa. Por eso López Velarde escribe: "González Martínez, siempre sincero, parece descubrir el más hondo seno de su psiquis cuando pide a un cuerpo desnudo y a un alma sin

ideas, sus ojos, para ver con ellos la vida; cuando quiere dar la ingenuidad de sus asombros al sol, al aire y a las rosas; cuando anhela que lo punce el espino, que la hoguera del día lo consuma, que un viaje de azoramientos le dé ocasión de contemplar todo en un pasmo primitivo".

Tiempo después sobre todo a partir de su muerte, ha ido cambiando la opinión de algunos de los críticos influyentes sobre el significado de la obra de González Martínez. Octavio Paz es el primero en abrir fuego contra el autor de *Silenter* y *Los senderos ocultos*. En *Las peras del olmo* podemos leer, entre otras afirmaciones, la siguiente: "La severidad de González Martínez, la ausencia casi de todo elemento imprevisible, sal de la poesía, y el didactismo que tiñe parte de su obra, han hecho que se le considere como el primer poeta hispanoamericano que rompe con el modernismo: al cisne enfrenta el búho. En realidad, González Martínez no se opone al modernismo: lo desnuda y deshoja, al despojarlo de sus adherencias sentimentales y parnasianas, lo redime, le otorga conciencia de sí mismo y de su oculta significación. González Martínez asume la originalidad mexicana del modernismo, esto es, lo convierte en una conciencia y lo enlaza a una tradición. Así, no es un negador, sino el único poeta realmente modernista que tuvo México..." No

vamos a comentar aquí las afirmaciones de que en González Martínez se da "la ausencia de casi todo elemento imprevisible" o de que muestra un didactismo que "tiñe parte de su obra", porque nos parecen, en el mejor de los casos, exageradas e incomprensivas, producto no de una aprehensión correcta de lo que ocurre en la obra del poeta en cuestión, sino de los prejuicios, la lectura precipitada, la necesidad de autoafirmarse o el cambio de sensibilidad del autor de *El arco y la lira*. Pero sí nos interesa poner de relieve que si la sustitución del cisne por el búho determina, como quiere Paz, que González Martínez, cuando "desnuda y deshoja" al modernismo, cuando lo despoja "de sus adherencias sentimentales y parnasianas" se torna "el único poeta realmente modernista que tuvo México", entonces ya no es el cisne el que representa al modernismo y sus limitaciones sino que lo es ahora el búho. El cisne es, de acuerdo con Paz, el representante superficial y fenoménico del modernismo. El búho (la "conciencia de sí mismo y de su oculta significación") el símbolo profundo y esencial de la corriente. Paz traiciona, pues, la intención de González Martínez. Invierte el significado que nuestro poeta asigna a las aves contrapuestas y adjudica al "hombre del búho" exactamente lo contrario de lo que éste se propone realizar. He aquí los extremos a que puede llevar el terrorismo crítico de los amantes de la paradoja y del previsible didactismo de sus ocurrencias. El búho no es, en

González Martínez, la expresión de un modernismo esencial, consciente de sí mismo y que se diferencia del modernismo externo de los cisnes, las princesas tristes, los vizcondes rubios y los abates jóvenes, sino que encarna el acto de trascender las modas literarias, incluyendo el modernismo, para instalarse en el terreno de la "misma canción", esto es, de los valores eternos del arte. González Martínez identifica el cisne con lo relativo, y el búho con lo absoluto. Hay libros de Rubén Darío, como Cantos de vida y esperanza, que no están escritos en el tenor de lo relativo, circunstancial y perecedero, sino en y desde lo trascendental y absoluto. A decir verdad, en Rubén Darío hay poemas escritos bajo el signo del búho, así como en González Martínez —sobre todo en su época inicial— hay poesías estructuradas bajo la influencia del cisne. Paz no entendió las cosas. Lo ha tergiversado todo. La "pasión crítica" se ha vuelto en sus manos "crítica pasional".

Pasemos a las opiniones de Carlos Monsiváis. Este último, en su "Prólogo" a La poesía mexicana del siglo XX (1966), repite esencialmente los puntos de vista y las confusiones interpretativas de Paz sobre nuestro poeta. Hay, sin embargo, una novedad: un cierto intento de exégesis sociológica de la producción lírica de González Martínez. Nos dice, en efecto, de éste: "Provinciano, miembro de una clase media, entonces como

ahora absolutamente indefensa y resentida, quizá eligió los senderos de una poesía grave y reflexiva, para desafiliarse del fulgor porfiriano, de la retórica opresiva" . No me cabe la menor duda de que González Martínez, pese a sus ideas políticas de entonces, decidió desvincularse de manera consciente y deliberada de la retórica opresiva del fulgor porfiriano. Pero su poesía no se basa en el deseo puramente negativo, de no ser como..., sino en la intención, claramente positiva, de conformar una obra específicamente poética, esculpida en los litorales de lo trascendente. González Martínez no sólo quiere ir, en su poesía, más allá de las circunstancias, modas y corrientes literarias, sino también de las banderías y partidismos inmediatos. Y ello es así porque nuestro poeta intuye que la verdadera poesía, como la verdadera música y todo arte auténtico, si se halla condicionada por la lucha de clases y el entorno social, no está mecánicamente determinada por dichos factores. Monsiváis dice: "Como más tarde los poetas sociales, González Martínez advierte el poema como un acto extraliterario..." , lo cual, aunque tiene su parte de verdad (porque González Martínez no sólo no se identificó con el parnasianismo, sino que tampoco lo hace con las tesis artepuristas del abate Henri Brémond y las producciones de Girodoux, Mallarmé y Valéry) sugiere algo erróneo: que el contenido "moralizante" de su astro desvirtúa la calidad formal de sus creaciones. En González Martínez —y en su momento lo

reconocieron todos los críticos importantes— hay un envidiable equilibrio entre lo que se comunica y la forma precisa., impoluta y económica en que se dice. Lo "extraliterario" de González Martínez, si queremos usar este término, no es otra cosa que la realidad que nos circunda (el mundo natural, la sociedad y el espíritu humano) filtrada a través de su vigoroso temperamento artístico. Monsiváis se halla influido, asimismo, por la definición que hace Paz de nuestro poeta como un "simbolista moralizante" o bajo la sombra de la siguiente afirmación: "González Martínez simboliza la prudencia clásica: nacido, poéticamente, en el mediodía del modernismo, lo interroga y le injerta una conciencia moral" . Pero conviene hacer dos precisiones: en primer término, que la poesía del autor de Babel no es, en realidad de verdad, moralizante. Su intención no es nunca inducir a un cambio de conducta, sino a una comprensión del mundo que nos rodea y de nosotros mismos. La lírica de González Martínez se acerca más a Platón, Kant o Hegel que a Marco Porcio Catón, La Rochefoucauld o La Bruyère. Su preocupación es más filosófica (aunque creemos que no debe ser calificado como poeta filosófico en virtud de que, si hace un llamado a conocer, no pretende poseer ya el conocimiento) que propiamente moral. La utilización del imperativo en su poesía no es un sermón o un gesto admonitivo, sino una invitación a conocer o intuir la realidad y a identificarse con ella . En segundo lugar, la poesía

que exige, más bien insinúa, ponerse en contacto con el ser de las cosas, es sólo una parte mínima de la producción de González Martínez. Ciertos críticos se limitan a comentar únicamente algunos libros del poeta (por ejemplo Silenter, Los senderos ocultos, La muerte del cisne), otros sólo algunos poemas de esos libros (por ejemplo "Irás sobre la vida de las cosas", "Busca en todas las cosas...", "Psalle et sile", "Cuando sepas hallar una sonrisa", "Mañana los poetas") y otros más exclusivamente un soneto ("Tuércele el cuello al cisne"). González Martínez es muchísimo más que eso. Finalmente, y en relación con Monsiváis (quien empieza su análisis de González Martínez con la "broma" de que "De no existir Agustín Lara, González Martínez sería el último modernista") no podemos rehuir la tentación de dejar sentado, muy en serio, que "de no existir Clavillazo, Carlos Monsiváis sería el último de los humoristas populacheros del país". Después de las apreciaciones de Paz y Monsiváis, sobreviene la gritería de un tal José Joaquín Blanco. Si Paz abre la guerra contra González Martínez, este señor Blanco lo vuelve todo negro. Monsiváis le reconoce ciertos méritos a González Martínez ("Pero los momentos afortunados de González Martínez —aduce— son grandes momentos poéticos"). Blanco lo trata como perro muerto. Habla, con el dedo de la pedantería en alto, de que nuestro poeta tuvo "un prestigio desmesurado", que poseyó un culto a una serenidad "programática y

completamente prefabricada". Asienta tontamente que "el problema es que el pensamiento de González Martínez nunca fue variado ni inteligente". Se atreve a llamarlo "demagogo de la bondad y el ensueño" y llega al punto de afirmar, con la insensibilidad a flor de piel, que "ni la muerte de sus parientes más próximos ni su propio terror a la muerte... lograron darle cierta tensión dramática" . No vale la pena detenerse en este aprendiz de brujo. Si Monsiváis es, en el fondo y la superficie, un repetidor de Paz, este señor (autor de un presunto análisis riguroso de la poesía mexicana) es una caricatura de Carlos Monsiváis.

Entre la legión de detractores de González Martínez, de los cuales hemos destacado sólo algunos, vamos a aludir, de pasada y por último, a Emmanuel Carballo, quien, en su Poesía mexicana del siglo XIX , no sólo repite las tesis sabidas y consabidas de Octavio Paz y Carlos Monsiváis, sino que llega al extremo de confiscarle a González Martínez nada menos que el siglo en que vivió y donde creo la inmensa mayoría de sus obras de más grande significación e influencia, con lo cual queda reducido a ser uno de los poetas del siglo XIX. ¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué este cambio violento de los críticos? ¿Por qué a la etapa del aplauso insistente y el elogio sin reserva ha sucedido la fase del

silenciamiento y la subestimación? ¿Por qué la imagen de Enrique González Martínez, que era "todo orgullo con la cumbre" ha sido condenada a volverse "todo pavor con el abismo"? ¿Se trata de un cambio de gusto, de sensibilidad en el público lector? ¿El tiempo, como en tantas ocasiones, ha hecho de las suyas y se ha burlado de los juicios y prejuicios de la crítica que predominó en el país durante varias décadas? La historia del arte conlleva, inexorablemente, modificaciones en lo que al gusto, el interés y la sensibilidad de los artistas y su público se refiere. Una corriente sustituye a otra, un poeta viene a continuación de su antecesor, un estilo novedoso hace pasar a segundo plano al pretérito. Pero esto no impide que, cuando se apaciguan los forcejeos generacionales, cada quien quede en su sitio y los lectores —ese Argos de múltiples necesidades y visión multifacética—reconozcan, degusten y hagan suyos, en la tensión del más pleno entusiasmo, a los autores de las más diversas épocas, tendencias y géneros. La existencia de la música dodecafónica no nos impide amar a Chopin y Berlioz. La presencia del grupo de los "Immatériaux" en el Centre de Création Industrielle du Centre Georges Pompidou, y la resonancia que ha tenido, no invalida las manifestaciones plásticas y literarias del pasado. Ciertamente que algunos autores famosos en un momento dado, son víctimas, en otro, de las tarascadas del olvido y caen en el infierno de lo demodé y

envejecido. Pero cuando una obra presenta ciertas excelencias que pueden conmover y entusiasmar prácticamente a todas las generaciones; cuando, como en el caso de González Martínez, el poeta se coloca más allá de las modas y de ese ir y venir de "posturas vanguardistas" a cuál más fastidiosa e inoperante, el artista no puede ser soslayado y encerrado a cuatro llaves en el gran ropero de los trajes vetustos y empolvados. Si la causa fundamental del declive de la imagen de González Martínez no reside, al menos en lo fundamental, en un cambio del gusto y la sensibilidad de los lectores, ¿cuál será su razón primordial? Contamos, al parecer, con esta respuesta: el cambio ha sido provocado por ciertos críticos, por ciertos escritores que, formando parte de los diversos grupos de poder literario que pululan en el país, y a los que se les suele dar el expresivo nombre de mafias literarias, tienen capacidad de influir en otros y crear el espejismo de un cambio radical en la situación poética de México. En un escrito denominado "Prolegómenos a una sociología de la mafia literaria" decía, entre otras cosas, que: "Dada la base material de que dispone (subvencionada de modo directo o indirecto por el Estado capitalista) la mafia dominante ejerce, además, la censura dominante. Su `apreciación crítica' deviene, de hecho, la discriminación entre `lo que vale' y debe ser propalado a los cuatro vientos y `lo que no vale' y carece de derecho a la existencia. La mafia censura, discrimina, prohíbe. Se

hace pasar por la historia y lo hace no sólo respecto al presente (en que el puñado de escritores elegidos hace cola para ingresar a la eternidad, mientras los otros son condenados al infierno de la nada) sino también respecto al pasado de nuestra literatura. Se ejerce la censura hacia atrás y hacia adelante. La arbitrariedad mafiosa decreta quién es quién en la cultura nacional. Es de subrayarse que esta 'revaluación del pretérito', como la 'apreciación crítica del presente', no está basada en ninguna consideración crítica seria, objetiva, con sólidos fundamentos, sino que se sustenta en los gustos de la mafia o, lo que es peor, en las opiniones personales del dirigente de la misma". En esta cita hallo la razón esencial, creo, para entender por qué González Martínez no sólo ha pasado aparentemente a un segundo plano en la consideración estimativa de ciertos críticos nacionales, sino que, excluido sorpresiva e incomprensiblemente de la antología *Poesía en movimiento* por los autores de la misma —con Octavio Paz a la cabeza—, se ha pretendido hacerlo desaparecer sin más de la poesía mexicana del siglo XX.

La poesía de González Martínez puede ser dividida en dos grandes etapas: la fase modernista (representada por sus dos libros primeros publicados en 1903 en Sinaloa) y la posmodernista (que se inicia con *Silenter*, de 1909, y termina con

El nuevo Narciso, de 1952). Pero este segundo período presenta, a su vez, tres sub-etapas: una, que va de 1909 a 1921, y que comprende **Silenter, Los senderos ocultos, La muerte del cisne, El libro de la fuerza, la bondad y el ensueño, Parábolas y otros poemas y La palabra del viento**. En esta época González Martínez es un poeta en el que, aun ubicándose en el terreno transicional del modernismo-posmodernismo, predomina, por el tono, lenguaje y espíritu general de sus producciones, más lo modernista que lo posmodernista. La segunda sub-etapa, que se extiende de 1920 a 1924, comprende *El romero alucinado* y *Las señales furtivas*. En este período González Martínez es un escritor en el que, sin dejar de ser un poeta de transición, prevalece más lo posmodernista que lo modernista. Luis G. Urbina, en el "Prólogo" a *Las señales furtivas*, dice: "Y de pronto, en la edad madura, esta alma púdica y grave, que ha logrado arropar en velos emblemáticos la pena, y atenuar, dentro de un arte armonioso, los gritos de la angustia y el desconsuelo; esta alma, de tan agudizada naturaleza, que se siente inquieta por el caer de una hoja, por el lloro de una fuente, por el trino de un pájaro, baja de su torre de silencio, se pone a mirar las cosas a ras del suelo, y comienza, dulcemente, a sonreír. Le ha invadido una ironía piadosa. Una burla exquisita juguetea intencionadamente, con el símbolo, y lo empuja, por instantes, hasta los límites de lo grotesco trascendental. Los símiles adquieren

una gracia, por lo espontánea, casi infantil. Son caricaturas humorísticas, traviosos dibujos del regocijo, diseños en el vidrio del ensueño". González Martínez ha aprendido, pues, a sonreír. Pero no sólo eso. Ha incursionado en la metáfora moderna y en el lenguaje coloquial. Ha cambiado temas, Ha adornado a su musa con algunos afeites de "ignota y extraña floración". Basta leer "La perniquebrada", "La pareja" o "La niña de la escuela" de El romero alucinado para darse cuenta del cambio que ha tenido lugar en su poesía. "La pareja" es, por ejemplo, un poema, tan ligero como sus protagonistas (los pies), donde predomina la frescura, el ingenio, la inteligencia. No es un accidente que Leopoldo Lugones se lo supiera de memoria. En la misma obra, en el poema "Misa negra", nos hallamos con comparaciones sorprendidas como la siguiente:

La silueta de la parroquia
finge una mano haciendo cuernos
con el meñique y el índice en alto
y en flexión el anular y el medio.

O la observación del poeta, ante el trabajo de las hormigas (en "Liliput"), de que:

Dan ganas de arrancar un pétalo
y enjugarles la frente sudorosa..

Y esta otra, igualmente brillante (en "Invierno"):

Llovió toda la noche...
Despertó legañososa la mañana de invierno...
Una bruma densa y grisácea
empaca en algodones los navíos del puerto...

O su deseo (en la "Balada de la loca fortuna" de Las señales furtivas) de vender las aguas del mar:

con un cuentagotas
a todo el que quiera llorar.

Y este "poema sintético" (de Las señales furtivas):

Telegrafía

sin hilos...

¿Qué va a ser de los pájaros

que anotan la música en los caminos?

O, por último, éste, del mismo libro:

Agua clara, tan clara,

que una lágrima mía la enturbiara.. .

Hay en estos ejemplos, a no dudarlo, cierta coincidencia con Jules Laforgue, Lugones y Herrera y Reissig. También con los "poemas sintéticos" de Tablada. Tablada publicó *Un día* en 1919 y *El jarro de las flores* en 1922. Es posible, por consiguiente, que haya influido en la renovación lírica de González Martínez, el cual

empieza a redactar *El romero alucinado* hacia 1920. Pero la influencia de un artista en otro no es en demérito del segundo si éste, al asumirla, la procesa de acuerdo con su personalidad; en una palabra, si la recrea a la luz de sus inclinaciones, su idiosincrasia y su temperamento.

La tercera sub-etapa, que comprende de 1935 a 1952 (año en que fallece el poeta), incluye ***Poemas truncos, Ausencia y canto, El diluvio de fuego, Tres rosas en el ánfora, Bajo el signo mortal, Segundo despertar y otros poemas, Vilano al viento, Babel y El nuevo Narciso***. En el último periodo de González Martínez pienso que existe un equilibrio franco entre el modernismo y el posmodernismo. No predomina lo viejo sobre lo nuevo, como en la primera sub-etapa, ni lo nuevo sobre lo viejo, como en la segunda. Pero eso no es lo característico e importante de los nueve libros finales de González Martínez. He hablado con anterioridad de que, en nuestro poeta, hay el intento (y no pocas veces la realización) de conducir sus pasos, su proyección lírica, guiado por la esencia y no la apariencia, por lo universal y no lo singular, por lo absoluto y no lo relativo. Esta es la razón por la cual aparecen, de manera reiterada, tanto en la primera subetapa como en la segunda, una serie de poemas que me gustaría llamar esenciales por las razones antes dichas: poemas

que se desembarazan de las corrientes y los estilos, y se adueñan estéticamente de su objeto en el nivel de lo trascendente. Si bien estos poemas esenciales hacen su aparición aquí y allá en la primera y segunda sub-etapas del segundo período de González Martínez, se convierten en el factor dominante y la producción hegemónica de la tercera sub-etapa. En verdad, González Martínez recorre un camino en el que su poesía se va decantando poco a poco hasta llegar, cimera, a la óptima purificación del poema esencial. ¿Cuál es el motivo central de que ello ocurra? Hay una razón objetiva y otra subjetiva. La primera, de índole social, es la aproximación, el estallido y las secuelas de la segunda guerra mundial. La segunda, de carácter personal, se basa, por un lado, en la muerte de dos seres amados entrañablemente (la esposa del poeta en 1935 y la de su hijo mayor, el poeta Enrique González Rojo, padre, en 1939), y por otro, en el surgimiento, apasionado y dulce, de un nuevo amor.

Los acontecimientos mundiales conmovieron de tal modo a nuestro escritor que dos extensos poemas (*El diluvio de fuego*, de 1938, y **Babel**, de 1949) dan testimonio de sus preocupaciones al respecto. Un ave simbólica preside, agitando la desesperación de sus alas, la elaboración de ellos. Ya no es el búho ni, mucho menos, el cisne. Se trata de la paloma, es decir, el sueño, la ilusión, el reclamo de impedir el estallido de la

conflagración mundial o de que, una vez iniciada, cese de inmediato o, por último, de que la tregua se transforme en verdadera paz. El subtítulo de Babel, "Poema al margen del tiempo", nos habla nuevamente del constante deseo del poeta (del "hombre del búho", del lírico que rastrea "la misma canción", del escritor que logra cuajar poemas esenciales) de ir líricamente más allá de las circunstancias condicionantes y de la relatividad de lo inmediato, para abarcar el tiempo sin tiempo del acto creativo en su inmanente universalidad. La muerte de su esposa Luisa y de su hijo Enrique llevaron a González Martínez a crear algunos de los más intensos y bellos, desolados y memorables poemas de toda la lírica del siglo XX en lengua española. Otro tanto debe decirse respecto al resurgimiento del amor (provocado por una persona tan bella por dentro como por fuera) que se plasmó intensamente, sobre todo, en Segundo despertar y otros poemas de 1945. Sus sonetos, como el que se intitula "Dolor" de Poemas Truncos, el que se llama "Aniversario" de Ausencia y canto, o el que se titula "Suspensión" de Segundo despertar, son de una factura a toda prueba, de una fluidez inmejorable. Son sonetos que se codean, si se nos permite decirlo de este modo, con los sonetos de Góngora, Lope de Vega, Quevedo y Sor Juana Inés de la Cruz. Hay, sí, un rehuir los espejismos de la novedad por la novedad y de la ruptura por la ruptura. Pero lo que logra González Martínez con ello es

convertirse, a mi parecer, junto con Carlos Pellicer y algún otro poeta, en uno de los sonetistas mexicanos más importantes en lo que va del siglo.

Para tener una idea nítida de la significación de González Martínez como escritor, es necesario no sólo tener presente su poesía, sino también su prosa. Sus cuentos (“Una hembra”, “La chiquilla”, “A vuelo”), sus ensayos, sus discursos, sus artículos periodísticos, sus notas bibliográficas y, muy especialmente, su autobiografía. González Martínez publicó en 1944 la primera parte de sus memorias con el nombre de *El hombre del búho*, y en 1951, un año antes de morir, la segunda parte de ellas con el de *La apacible locura*. En la edición de la editorial EOSA –en la cual colaboré- se ha optado por encabezar la autobiografía en su conjunto con el nombre de *Misterio de una vocación*. Esta denominación, que originalmente aparecía como el subtítulo de El hombre del búho, me pareció conveniente porque muestra con toda claridad qué tipo de autobiografía es la que cae en manos del lector. George May escribe, en La autobiografía, que “si tantas autobiografías de escritores parecen merecer más el título de Historia de mis obras que el de Historia de mi vida se debe en parte a que, en el nombre o en la mujer de letras, una no siempre se distingue de la otra, pero también porque la autobiografía es con frecuencia concebida por ellos como la

coronación de ambas". Algo semejante ocurre con González Martínez. Su autobiografía lo es fundamentalmente de carácter literario. Es, desde luego, un libro de memorias, con sus implicaciones sociales, políticas y culturales; pero es, más que nada, el repaso, la historia del "misterio de una vocación", de la vocación de un hombre de letras, de un poeta. He reservado la designación de El hombre del búho para la primera parte de su autobiografía y la de La apacible locura para la segunda, porque, con esas denominaciones, González Martínez quiso expresar claramente dos ideas: en primer término, y a eso responde el nombre de El hombre del búho, la asunción definitiva de una estética: una concepción del arte fundada no sólo en el propósito y la auto-exigencia de "torcerle el cuello" a los elementos puramente decorativos y externos que, con el virus de la superficialidad, tienden a hacer acto de presencia en un cuerpo lírico que gozaba o podría gozar de salud, sino también en la deliberada identificación que expresa simbólicamente la demanda de no detenerse en la epidermis de las cosas y de uno mismo sino de lanzarse al safari de la esencia y la pesca de lo absoluto. Este nuevo tipo de hombre conlleva un nuevo tipo de poeta. Y este poeta tiene que emitir un canto diferente, distinto en su entonación y volumen, en su texto y melodía, a la vieja canción que se regodeaba en la gracia de lo puramente ornamental.

En segundo término, *La apacible locura* es este nuevo modo de cantar. La apacible locura, guardada en la cárcel del corazón, no es sino la poesía del hombre del búho. Pienso, por eso mismo, que la vocación poética y su misterio es el hilo invisible que atraviesa tanto la primera como la segunda partes de la autobiografía de González Martínez. De ahí que hayamos decidido la editorial y yo englobar ambos libros bajo la denominación común de Misterio de una vocación. La prosa de González Martínez es una prosa que se coloca en un claro y preciso justo medio, ni frialdad exagerada ni entusiasmo en demasía, ni predominio de la frase corta y su estructura telegráfica, ni exaltación de la frase larga y su canalización de lo torrencial y abigarrado. Es una prosa exacta y elegante, que sabe guardar distancia, cuando resulta indispensable, frente a su significado, pero que gusta de conturbarse y cambiar de ritmo cuando así lo exige la temática. Villaurrutia escribió, respecto a El hombre del búho, que este libro revela "una virtud sencilla y clara pero no por ello fácil de alcanzar y, sobre todo, de guardar. Nos referimos a la adecuación natural de la prosa al pensamiento y al sentimiento del hombre que recuerda y que escribe no para escribir mejor, sino para mejor recordar". He dicho que las memorias de González Martínez tienen esencialmente un

carácter literario. Pero tal afirmación no debe interpretarse en el sentido de que los otros aspectos de su vida -el familiar, el profesional, el político, el diplomático, etc.- no juegan en esta autobiografía un papel importante. Carlos González Peña escribe, respecto a ***El hombre del búho***: "Si se me preguntara qué parte del libro, gustándome todo, me gusta más, yo diría que la primera: las páginas consagradas al hogar, a los tiernos años. ¡Qué desfile de figuras que se deslizan sin ruido! ¡Qué integración del ambiente por obra del pequeño detalle! ¡Qué oportuno intervenir del símbolo para esquivar la confesión indiscreta! ¡Qué naturalidad y espontaneidad del relato! ¡Qué sabroso sesgo el de la salida irónica! ¡Y qué arte magistral el del relato!".

Las páginas que dedica González Martínez a su participación en la política y en la vida pública del país, también resultan de sumo interés por la sinceridad con que se llevan a cabo y la forma impecable que revisten. Un botón de muestra (donde González Martínez, en ***La apacible locura***, comenta la invitación que se le hizo a colaborar con el gobierno de Victoriano Huerta y que desafortunadamente acabó por aceptar) es el siguiente: "claro que pude obrar en forma diversa echando mano de mis reservas morales, que había dejado incólumes la pasión; claro que la ocasión era única para aprovecharlas y lavar viejas culpas con un

ademán de entereza civil. Pero no lo hice, y cien días de grave culpa no han podido borrarse con cuarenta años de sincera contrición". No obstante lo anterior, creo estar en lo justo al subrayar que la autobiografía mencionada es sobre todo una autobiografía literaria. De ahí que Villaurrutia asiente también que "tanto como la historia de una vida en que los tormentos y las tormentas no han sido nunca excesivos y en que las aventuras no tienen carácter novelesco ni, mucho menos, picaresco, las memorias de Enrique González Martínez son la historia de una vocación poética" .

El hombre del búho termina en el momento en que sale de la imprenta *Silenter*, libro publicado en Mocolito en 1909 y en que mi abuelo creyó oír en sus versos, por vez primera, su propia voz. La apacible locura abarca el período que va desde la publicación de *Silenter* hasta la edición de Babel en 1949. Especialmente interesantes resultan, tanto en la primera parte de la autobiografía como en la segunda, los párrafos, inquietantes y vívidos, incisivos y armoniosos, en que nuestro poeta nos relata cómo se fue desarrollando el misterio de su vocación, la gestación de sus obras y las opiniones sobre su entorno literario: las imágenes de Justo Sierra, Victoriano Salado Álvarez, Amado Nervo, Luis G. Urbina, José Juan Tablada, López Velarde y tantos otros aparecen enfocadas con la iluminación del juicio certero y

generoso, comprensivo y esencial. La figura poética de González Martínez tendrá que ser revaluada. Las gesticulaciones, los gruñidos y el rechinar de dientes de sus detractores no podrán impedirlo. Pero también deberá releerse la prosa de nuestro poeta porque, siendo de factura magistral, intensa y de altos vuelos, además de poseer una importancia histórico literaria indudable, no podrá ser ignorada por los lectores sagaces y los críticos inteligentes. Imposible será acallar su resonancia.

UN RASGO MÁS DE SU AUTORRETRATO

El tercer Enrique, desde adolescente, se enamoró del buen éxito. Soñaba con salir del anonimato y “ser alguien”. Que sus contemporáneos lo reconocieran. Que la fama no fuera indiferente a sus requerimientos. Quería dejar su huella en algo valioso para sus contemporáneos y, de ser posible, para la Señora posteridad, como la llamaban. Se sentía cabalmente pertrechado para ser algo significativo. Su primera ilusión era devenir, desde luego, poeta de relieve. Pero digo mal. No sólo poeta de relieve, sino gran poeta, lírico imprescindible. El poeticismo fue su primer sueño de ir más allá de la poesía en boga para conquistar un lenguaje propio en el cual pudiera encarnar su singularidad. Pero no sólo cifró sus ansias de realización en el ejercicio de la poesía, sino también, aunque en posteriores etapas, en su trabajo teórico (filosófico, político, estético, etc.) en su labor docente y en algún sentido, en su actividad militante. Ha sido, por consiguiente, durante toda su existencia, un ser ambicioso en extremo. Amante de un reconocimiento que jamás a llegado y que, al menos mientras viva probablemente nunca llegará, con frecuencia intenta explicarse las razones de su situación poco envidiable dentro de las letras mexicanas. Es, en efecto, muy dado a preguntarse por qué los críticos, sus colegas escritores y el público en general no

lo consideran el vigoroso poeta que a veces cree ser o por qué los filósofos y los lectores de filosofía no reparan en las aportaciones que al respecto piensa haber realizado, o porqué, finalmente los teóricos de la política y los aficionados a esta disciplina no han aquilatado sus obras e hipótesis. Hay inobjetable respuestas. Unas aluden a su posición política: su actitud independiente (comunista) ha sido la causa de la marginación en que se le ha tenido y se le seguirá teniendo. Otras hacen referencia a su autonomía frente a las mafias literarias y filosóficas: su renuencia a pertenecer a cualquier “grupo de poder cultural” ha determinado su exclusión de la lista de poetas y filósofos relevantes del país. Otras se basan en su carácter personal: su incapacidad y rechazo a “rendirle pleitesía al Estado o a ninguno de los mandarines de la cultura nacional, lo cual a traído como consecuencia el relevamiento al que se le ha arrojado y al que sin duda se le seguirá arrojando. Quizás, se dice a sí mismo, la razón fundamental de que se me trate como un poeta del montón, un filósofo entre otros o un ensayista político insignificante, se deba, simultáneamente, a las tres causas enlistadas: su posición política, su autonomía frente a los grupos y su carácter personal. Tiene espléndidas respuestas, como puede verse. Pero... Pero cabe la posibilidad de que ni sea el poeta que cree ser, ni el filósofo que pretende, ni el teórico político que presume. Cabe la posibilidad. Y al reconocer esto, se

descubre muy cambiado y diferente respecto a lo que fue en la juventud: entonces sólo veía hacia dentro y no hacia fuera, descubría sus alas y su apetito de espacio, pero no vislumbraba – no podía hacerlo- los obstáculos que acompañan al vuelo. Las mujeres que lo han acompañado en su vida no le ayudaron, por otro lado, en la pugna por conservar la confianza en sí mismo. En ellas se presentaba el siguiente proceso: en un principio admiraban lo que hacía, confiaban en él, desdeñaban las críticas que se enderezaban en su contra o la indiferencia que se coagulaba en su entorno; pero después –ante la permanente hostilidad o marginación en que se le tenía- acababan por desconfiar en su fuero interno de su actividad y producción. Todas, o casi, creyeron en él. Pero después pasaron a la duda o quizá la indiferencia. Después de cumplir ochenta años, algo cambiaron las cosas. Se le han hecho varios homenajes y la estimación por su obra se ha manifestado en diversos puntos. Lo más interesante de todo es que se ha ganado el aprecio de un grupo más o menos amplio de jóvenes -¡Sobre todo de jóvenes!- que con frecuencia lo detienen en la calle, le manifiestan su admiración y le demuestran que su labor no ha sido en balde. En general, en cambio, sus compañeros de letras se muestran respecto a él con desdén, repudio o indiferencia. Como poeta se le considera demasiado politizado, pedagógico, optimista; como filósofo, ortodoxo en demasía y con planteamientos obsoletos y

fuera de lugar. Por otro lado no se lo lee. Alrededor de él se han cristalizado algunos prejuicios y se parte de ellos para justificar su rechazo o su alzamiento de hombros. Claro que González Rojo Arthur no es el único escritor mexicano al que le ocurren cosas como las descritas. Muchos hay en similares circunstancias. Pero el caso del tercer Enrique es emblemático dada la larga trayectoria creativa e investigadora que lo caracteriza.

LA BIBLIOTECA DE LOS TRES ENRIQUES

Al nacer, dije al principio, más que ver la luz vi una biblioteca. Estoy seguro de que mis ojos recién nacidos se entretenían menos con el juego de las luces y las sombras, la geometría de las paredes y los rincones, las escalas de Jacob en miniatura de las virutas de polvo que con la juguetería fantástica de los libros. No me cabe la menor duda de que mis pupilas se enseñaron a ver en y por los libros. Los diferentes tamaños, colores, formas, de estas creaturas empastadas o a la rústica fueron, estoy convencido, la primera alegría de mis ojos. En realidad, e influido por mis primeras miradas y mis primeros pasos, no puedo detenerme en ningún sitio sin que crezcan a mi alrededor, como si fueran hongos, libros y más libros.

Mi abuelo poseyó varias bibliotecas. Cuando tuvo que partir, en la carrera diplomática, primeramente a Chile y después a España, perdió buena parte de su biblioteca original. Pero al tornar a México empezó a rehacer la que sería su postrera colección de libros. A ésta se fueron aunando los volúmenes comprados por mi padre, bibliófilo también como el que más, de tal modo que se pude decir que la biblioteca de mi abuelo, en la época en que me fui a vivir con él (a los diez años), no era otra cosa que la reunión de los libros adquiridos por los dos Enriques. El tercero

no hacía, en esta etapa más que admirar y en ocasiones usufructuar las preciosas adquisiciones de sus predecesores.

Poco antes de su fallecimiento, mi abuelo nos mostró a mi tío Héctor y a mí una hoja de papel escrita a máquina que contenía una serie de disposiciones. Entre estas figuraba una que me atañía expresamente. Decía más o menos: “Deseo que la biblioteca pase a manos de Enrique ya que él es, de mis descendientes, quien se dedica a la literatura”.

Después del entierro de González Martínez acudimos algunos de sus deudos al escritorio de puerta plegadiza (donde mi abuelo guardaba sus papeles) en búsqueda de esta carta en que se hallaban expresados, según nos constaba a mi tío Héctor y a mí, los últimos deseos del primer Enrique. Pero por más que hurgamos en el mueble, por más que rascamos sus entrañas, no dimos con el escrito. Al sobre largo que contenía el papel escrito a máquina, “le salieron alas” como se dice y nunca supimos de su paradero.

La biblioteca de mi abuelo constaba de tres grandes secciones: la de literatura francesa (europea y norteamericana en general), la de la literatura española y la de la literatura hispanoamericana (incluida la mexicana). Poco tiempo después del sepelio de González Martínez –en la rotonda de los hombres ilustres- sus herederos directos, esto es, mi tío Héctor, mi tía María Luisa y yo

(mi padre había fallecido hacía mucho tiempo), intercambiamos opiniones sobre el destino de la biblioteca, de una biblioteca que sin tener las dimensiones de la de Alfonso Reyes, José Luis Martínez, Castro Leal o Ali Chumacero, era tan variada como selecta. Dado que en el testamento de mi abuelo no había ninguna disposición sobre ella, y como las “instrucciones” por escrito desaparecieron como por acto de magia, tomamos la decisión de común acuerdo de dividir la biblioteca en tres lotes (que correspondían a sus tres secciones): uno, conformado por la literatura francesa, fue a parar a manos de mi tía María Luisa; otro, integrado por la literatura hispanoamericana, correspondió a mi tío Héctor; y un tercero, compuesto por la literatura española, pasó a ser propiedad mía. A mi modo de ver las cosas, los tres lotes eran igualmente importantes, aunque por diferente razón: las secciones francesa y española eran menores que la hispanoamericana, pero contenían libros más finos y lujosamente empastados. La sección hispanoamericana estaba formada por libros esencialmente a la rústica; pero comprendía un conjunto de obras de gran interés literario y sentimental porque se hallaba integrada en gran parte por libros relevantes (de Lugones, Gabriela Mistral, Horacio Quiroga, etc.), enviados por los autores a mi abuelo y precedidos por animosas y significativas dedicatorias.

Una vez que dividimos la biblioteca en tres lotes, mi tío Héctor declaró que él me otorgaba su lote, ya que le constaba que su padre tenía la intención y el deseo de que la biblioteca pasara a mis manos (una biblioteca que además había sido adquirida, recuérdese, no sólo por mi abuelo sino por mi padre), decisión ésta que fue la causa por la cual heredé las dos terceras partes de la biblioteca de González Martínez, o lo que es igual, de una biblioteca integrada en lo esencial por las secciones de literatura hispanoamericana y literatura española. Mi tía María Luisa se llevó a su casa el lote de la literatura francesa.

Pasó el tiempo. Mis aspiraciones, mis ignorancias, mis angustias celebraron varios cumpleaños. Mi corazón peinó canas. La biblioteca adquirió cuerpo, embarneció, echó carnes. En un principio estaba formada por unos nueve mil volúmenes; ahora posee alrededor de veinte mil.

II

Si al recibir en herencia la biblioteca de mi abuelo, se encontraba integrada principalmente por las secciones de literatura española, mexicana e hispanoamericana, fue adquiriendo nuevas áreas: filosofía, ciencias sociales, historia, etc. Cuando el tercer Enrique impartía clases en la Facultad de Filosofía y Letras, y se sentía especialmente orgulloso de sus libros, supo de la presencia, entre sus discípulos y discípulas, de una especie de Afrodita escolar que bebía, por así decirlo las palabras salidas de su boca o de sus gises. Su rostro parecía sacado de algún lienzo del Tintoretto o el Veronés. No era una muchacha alta. Pero poseía un cuerpo macizo y espléndidamente proporcionado. Ni tardo ni perezoso la invitó –en la época en que se le daba a su escuela el nombre de Facultad de cafetería y letras- a tomar una tasa de café. Ella aceptó inmediatamente. Y él, que quería:

saber a qué atenerme,

no dar un beso en falso.

Porque no hay nada peor

que creer que uno tiene

la dirección del júbilo,
y al extender los brazos hacia un cuerpo
abrazar solamente su rechazo,

se dedicó durante la primera parte de su plática, a “echarle” unos perros sumamente elípticos y disfrazados de intereses culturales. Mas ella lo paró en seco y desvió la conversación hacia rumbos que a Enrique le resultaron sorprendidos. Entre ellos se desarrolló, entonces, este diálogo:

--Maestro, me temo que usted es un farsante.

--¿Por qué dices eso?

--Porque usted dice una cosa y hace otra.

--¿A qué te refieres?

--Usted se dice comunista. No hay clase en que no despotrique contra la propiedad privada, en que no cante loas hacia la socialización, en que no ponga por los suelos a todo tipo de monopolio y usted goza en propiedad privada de una excelente biblioteca.

--¿Qué dices?

--Sí, usted tiene una biblioteca para disfrute personal. Una biblioteca sustraída al público, una rica colección de libros que no pueden ser consultados sino por usted, su familia y sus amistades.

González Rojo Arthur intentó defenderse. Y aunque lo hizo con calor, no convenció ni a su interlocutora ni, a decir verdad, a sí mismo.

En la noche tuvo un diálogo socrático con su almohada. Sufrió lo que podría llamarse una “crisis de propiedad”. “Mi alumna tiene razón”, se dijo. “Es injusto que posea una biblioteca, que podría ser de uso colectivo, en usufructo individual”. Y hacia la madrugada, tomó la decisión de donarle a la UNAM su biblioteca.

En su cráneo hubo una explosión de sueños. Se imaginó que no sólo la antigua calle del Chopo cambiaba su nombre por el de Dr. Enrique González Martínez –lo que ya había tenido lugar- sino que el mismo Museo del Chopo (que pertenece a la UNAM) se transformaba en Museo González Martínez. Fue de la idea, asimismo, de que la biblioteca de su abuelo, trasladada a dicho

museo, podía ser la base para una biblioteca pública especializada en literatura, filología, lingüística, etc. Una vez concebido tal proyecto, y apoyado férreamente en su “crisis de propiedad” se dirigió a la Dirección General de Difusión Cultural e hizo partícipe al entonces director de esa dependencia universitaria (hablo del año de 1975) de sus deseos e intenciones. Se le dijo que sería deseable que entraran en la donación no sólo las dos terceras partes de la biblioteca que estaban en su poder, sino también la tercera parte restante que se hallaba en manos de su tía María Luisa, así como la correspondencia, la iconografía y todos los papeles de su abuelo. La idea le pareció atinada, aunque de difícil realización. No obstante, puso manos a la obra y convenció a la familia de su tía Mará Luisa (ella ya había fallecido) de que agregara el lote en su poder a la donación. Lo mismo hizo con su tío Héctor, el cual aunque se había desecho a su favor de la parte que le correspondía, conservó para sí la primera edición de los libros de su padre y de su hermano, así como una serie de obras que aludían a los dos Enriques, amén de la correspondencia y de las fotografías de éstos. Los herederos de González Martínez se pusieron de acuerdo en entregar a la UNAM la biblioteca, los libros encuadernados, la correspondencia y las fotografías de González Martínez, pero así como Don Quijote dio de manos a boca con la inquisición, ellos tropezaron con la burocracia

universitaria. La biblioteca González Martínez estuvo esperando casi un año a que la UNAM la recogiera. Por más que el tercer Enrique se entrevistó en repetidas ocasiones con el director de difusión cultural, por más que se diseñaron planes y se generaron promesas, los libros nunca fueron trasladados al museo del Chopo. Pasaron los meses hasta que un día a González Rojo Arthur se le hizo añicos el altruismo académico que lo había embargado, y sus familiares y él tomaron la decisión de conservar la biblioteca y atrincherar su bibliomanía dentro de los más sólidos prejuicios del egoísmo cultural. Esto ocurrió hasta que años después...